

HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón

Al son de tu amor

Catherine Spencer

Al son de tu amor (1994)

En Harmex: Mi querida maestra

Título Original: Dear Miss Jones (1991)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 659

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Bennett Montgomery y Maggie Jones

Argumento:

Maggie Jones sabía cómo vivía la otra mitad, ella había sido uno de los "ricos y famosos". Pero la vida que había experimentado como la antigua esposa de uno de los hombres más ricos de Norteamérica la había dejado emocionalmente aterrada.

Ahora estaba satisfecha con su nueva vida como una maestra en un pequeño pueblo de la costa Oeste.

Y nada la satisfacía más que estar en los brazos de Bennet Montgomery. Maggie y Bennet no habían sido capaces, y no habían querido, luchar contra la atracción física que los había unido.

¿Pero era su pasión suficiente para curar las heridas que los prevenían de volver a abrir sus corazones?

Capítulo 1

La luz del sol se reflejaba en los cristales de las ventanas y por unos momentos la cegó por completo; las losetas del suelo estaban cubiertas por una fina capa de musgo. De pronto, vio que se ladeaban los abetos y desaparecían de su campo de visión; algo la golpeó con fuerza en la parte posterior de la cabeza. Luego, vio una explosión de estrellas de color rojo brillante y sintió que alguien respiraba muy cerca de su cara. Abrió los ojos lentamente y se llevó la mano a la dolorida cabeza. Levantó la mirada y vio unos ojos amarillos, una larga nariz, un pelo negro y unos grandes colmillos.

Miró a aquel horrible monstruo atemorizada y cerró los ojos. Oyó entonces los pasos de un ser humano que se acercaba y se preparó para enfrentarse a Eric, que probablemente se reiría de ella mientras intentaba tranquilizar a los Rottweilers que trataban de soltarse de sus cadenas.

—¡Quieto, *Beau*! —gritó un hombre. Era una voz distinta a la de Eric.

Volvió a abrir los ojos, aturdida. Otra cara se había unido a la primera; aquella vez los ojos eran grises, no tenía tanto pelo y no tenía colmillos. En cuanto a la nariz, parecía heredada del mismo César. Un momento después sintió que la ayudaban a levantarse. El mundo volvió a girar, pero aquella vez, en lugar de desplomarse sintió que se elevaba. Quienquiera que fuera aquel hombre, era mucho más alto y fuerte que Eric. La cogió en brazos como si fuera una niña.

—Se ha hecho un buen chichón —observó mientras subía unos escalones y cruzaba una puerta que rechinó sobre sus goznes—, y usted es la única culpable. Al menos, por supuesto, que no sepa leer.

Respiró aliviada. ¡Así que el tiempo no le había jugado una mala pasada! Por un momento había tenido la sensación de haber retrocedido unos años.

—Si se refiere al letrero de «Prohibido el paso», pensaba que no se refería a mí.

—Pues estaba equivocada —la llevó a una habitación situada a la izquierda del vestíbulo—. Soy un hombre que aprecia su intimidad por encima de todo, y me desagradan especialmente las personas que se presentan aquí sin haber sido invitadas —la dejó en un sofá—. No se mueva, voy a buscar el maletín de primeros auxilios.

—Estoy bien —le aseguró ella, pero cuando intentó levantarse, se mareó y tuvo que agarrarse al brazo del sillón.

—¡Le he dicho que no se mueva! No quiero que manche de sangre la tapicería

—se detuvo al llegar a la puerta y la miró, con una mezcla de

inquietud y exasperación—. Supongo que le sentará bien una taza de té para tranquilizarse.

—Sí —respondió Maggie, un poco molesta por el tono burlón en el que la habló—. Creo que es lo menos que puede hacer por mí, después de lo que ha ocurrido.

—¿Ah, sí? No sé por qué tengo que hacer nada por usted —replicó él, arqueando las cejas y mirándola con frialdad.

—Usted me ha invitado a venir aquí.

—¿Yo…? —preguntó, sorprendido—. ¿Usted es la señorita Jones, la maestra?

—¿Quién creía que era? —preguntó ella. Si era uno de esos hombres anticuados que pensaban que todas las maestras eran viejas solteronas aburridas, aquél era un mal comienzo.

— *Beau* ha debido confundirla con la cartera —dijo él con un deje de diversión en la voz—. Supongo que es por su forma de vestir.

Maggie se preguntó, indignada, cómo era posible que confundiera un diseño exclusivo con el uniforme de los carteros. El hombre sonrió.

—A decir verdad, no lo digo tanto por su ropa como por el saco que lleva colgado del hombro.

—Es mi bolso —respondió ofendida.

—¡Santo Dios! —exclamó perplejo, y miró hacia el techo—. ¿Cuál es entonces su idea de una maleta?

Tenía una voz muy agradable, demasiado profunda para confundirla con la voz aguda de Eric. Además, era muy atractivo y tenía un cuerpo perfecto.

—Creo que me sentaría bien una taza de té —declaró la joven—, y después, a lo mejor, podemos empezar a hablar de negocios.

—¡Sí, señorita Jones! A propósito, por si no lo sabe, yo soy Bennet Montgomery.

El perro que antes la había asustado pasó delante de ella moviendo alegremente la cola.

—Antes de que se vaya, señor Montgomery —pidió, tratando de controlar el temblor de su voz—, ¿podría alejar de aquí a su perro?

—¿Por qué? Vive aquí y no la está molestando.

—No me gustan los perros.

—No sea ridícula —replicó él—. A todo el mundo le gustan los perros.

—Pues a mí no.

Volvió al lado de Maggie.

—Entonces tenemos un problema.

—¿Por qué? Creo que mi alumno es un niño, no un perro.

— *Beauregarde* va siempre con Christopher.

Como si supiera que estaban hablando de él, el perro se sentó al lado de Maggie y ladeó la cabeza. Luego, levantó una pata y la apoyó en su rodilla. Maggie gimió entonces, asustada. Al oírla, Bennet Montgomery la miró fijamente.

—¡Tiene miedo! —exclamó—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Porque… —balbuceó, avergonzada, pues le daba vergüenza reconocer delante de un extraño que tres años de matrimonio con Eric la habían convertido en una miserable cobarde.

Antes de que hubiera terminado de hablar, Bennet chasqueó los dedos y, obediente, el animal se dirigió a la puerta.

—De momento me lo llevaré, pero tarde o temprano tendrá que vencer su miedo. Como usted sabe, los perros se dan cuenta de todo, y si usted no tiene más confianza en sí misma, nunca conseguirá que la obedezca.

¿Confianza? Maggie estuvo a punto de soltar una carcajada. Hacía tanto tiempo que la había perdido que estaba segura de que no podría volver a adquirirla. Era un lujo que no se había podido permitir durante su matrimonio con Eric.

Bennet salió de la habitación y Maggie se quedó sola. Por la ventana observó que el sol se filtraba entre el follaje de los árboles y que el camino de piedra que llevaba a la casa estaba cubierto por una capa de musgo, ésa era la razón de que se hubiera caído y hubiera hecho una entrada tan dramática en aquella casa. Como su presunto jefe no estaba, miró con curiosidad a su alrededor. Vio un piano de media cola y un clavicordio, había montones de hojas de música dispersas sobre la alfombra que cubría el suelo de madera de roble y de las paredes colgaban manuscritos antiguos.

Maggie sintió curiosidad por saber algo más acerca de ese hombre, cuyo rostro despertaba en ella un vago recuerdo. En la nota que le había enviado Bennet el día anterior no había nada que indicara que se conocieran.

Estimada señorita Jones:

John Keyes, el director de la escuela, me ha recomendado que me ponga en contacto con usted para ver si puede darle clases particulares durante el verano a un niño de cuatro años.

Le suplico que se presente en mi casa el miércoles, a las dos de la tarde, a fin de que podamos discutir a fondo la posibilidad de llegar a un acuerdo.

Sinceramente,

Bennet Montgomery.

Le había parecido una invitación impersonal y autoritaria. Maggie se puso de pie para ver si podía conservar el equilibrio. Aunque se

encontraba muy bien, no quería arriesgarse a dar otro espectáculo. No se mareó y, animada, cruzó la habitación para dirigirse hacia el clavicordio.

Deslizó los dedos sobre las teclas de marfil y empezó a tocar una melodía que había aprendido cuando era niña. En aquel entonces odiaba esa pieza, pero el clavicordio transformaba aquel sencillo tema en algo que un trovador medieval habría tocado para su dama.

—¿No he hablado suficientemente claro, señorita Jones? —le preguntó repentinamente Bennet con una voz que no tenía nada que ver con la de un trovador enamorado—. ¿O también debo poner dentro de mi casa letreros de «Prohibido el paso», para preservar mi intimidad?

Maggie apartó los dedos de las teclas y dio media vuelta. Bennet Montgomery estaba en el umbral de la puerta, con una bandeja en las manos.

—Lo siento —se disculpó—. No he podido resistir la tentación… aunque no sé mucho de música, como usted sin duda ha podido darse cuenta.

—Nunca lo habría adivinado —replicó Bennet secamente—. Bueno, y ahora que ha satisfecho su curiosidad, supongo que no le importará volver al sofá para que yo pueda ver el golpe que tiene en la cabeza. Luego, si quiere mantener las manos ocupadas, le dejaré servir el té mientras yo decido si quiero que permanezca en mi casa durante los dos meses siguientes.

Maggie decidió que había llegado el momento de hablar con claridad. Por muy atractivo que fuera, no tenía derecho a hablarle con aquella arrogancia.

—Dejemos las cosas claras desde el principio, señor Montgomery. En primer lugar, mi cabeza está perfectamente, muchas gracias. El accidente no me ha causado ningún daño cerebral, e incluso aunque así fuera, me molesta su actitud. En segundo lugar, yo estoy aquí para decidir si quiero trabajar para usted durante el verano, de la misma forma que usted tiene que decidir si quiere contratarme o no. Soy una maestra, no una sirvienta, y estoy más acostumbrada a dar órdenes que a recibirlas.

Por lo visto, hacía tiempo que nadie le hablaba con tanta franqueza. Al principio, Bennet se quedó atónito y luego se echó a reír.

—Siento haberla ofendido, señorita Jones. Me temo que estoy convirtiéndome en un gruñón.

Pero también era un hombre encantador, se dijo Maggie.

—Por esta vez lo pasaré por alto —repuso con una sonrisa,

intentando aliviar también la tensión que se respiraba en la habitación —. ¿Por qué no me habla del niño y de lo que quiere que haga por él?

—Sólo si me deja ver antes la herida que tiene en la cabeza. Se ha dado un golpe muy fuerte.

Maggie estuvo a punto de decirle que emplearía mejor su tiempo quitando el musgo del camino, pero Bennet le dirigió una sonrisa tan cautivadora, que cedió.

—Incline la cabeza —le ordenó Bennet, mientras se sentaba a su lado. Deslizó una mano alrededor de su cuello, y le quitó un pañuelo con el que llevaba recogido el pelo—. Quiero asegurarme de que no necesita que la pongan puntos.

El roce de su mano era hipnótico y más placentero de lo que requerían las circunstancias y la ocasión.

—Es sólo un chichón —empezó a decir ella—. No creo… ¡oh, ouch!

—Vaya, me lo imaginaba. Se ha hecho una brecha, pero no es nada serio —

limpió suavemente la herida con un desinfectante—. Tiene un pelo muy bonito, señorita Jones. Habría sido una lástima tener que cortarlo, pero creo que cicatrizará bien y dentro de unos días no se notará nada —cogió el pañuelo y trató de volvérselo a poner.

—Permítame… yo lo haré.

Maggie levantó las manos y rozó los dedos de Bennet a la vez que sus miradas se encontraban. A Maggie le parecieron tan maravillosos los ojos de Bennet que se dijo que era imposible que los hubiera visto antes y los hubiera olvidado.

—Hábleme de usted, señorita Jones —le pidió Bennet mientras se sentaba en el otro extremo del sofá y rompiendo el hechizo—. ¿Es usted de por aquí?

—No. Nací en Niagara Falls, Ontario, pero crecí en Montreal y estudié en McGill.

Bennet pareció sorprendido.

—¿Cómo ha llegado entonces a una ciudad tan pequeña como Sagepointe? Está muy lejos de Montreal.

—No me gustan las grandes ciudades —respondió Maggie con cierta frialdad.

Bennet tenía derecho a hacer preguntas sobre sus méritos profesionales, pero no sobre su intimidad—. Por suerte, encontré un trabajo aquí el año pasado.

—¿Y no echa de menos los teatros, los restaurantes, la vida nocturna…?

—No —respondió ella—. ¿Cómo toma el té, señor Montgomery?

—Con un terrón de azúcar —aceptó la taza que ella le ofreció y le dio las gracias

—. El señor Keyes me ha hablado muy bien de usted. Me ha dicho que sabe tratar a los niños y que estará a cargo de un grupo en el jardín de infancia el próximo mes de septiembre, y ése es el motivo por el que me interesa contratarla como maestra particular de Christopher hasta entonces. Christopher cumplirá cinco años en noviembre y es un niño brillante, pero tiene… algunos problemas.

Maggie se puso en estado de alerta al oír el tono de Bennet. Al principio, su petición le había parecido un tanto insólita, pues los niños de cuatro y cinco años rara vez necesitaban un maestro particular, pero por la forma en la que Bennet había elegido sus palabras, era obvio que reconocía que su hijo era un niño un tanto especial.

—¿Qué clase de problemas?

—Creo que será mejor que lo juzgue usted misma —respondió Bennet—.

Termine el té y, mientras lo hace, permítame decirle lo que espero de usted a cambio del generoso salario que estoy dispuesto a pagarle.

—Si yo acepto el trabajo —le recordó ella.

Maggie se dijo que era un hombre desconcertante, encantador un minuto y casi insultante al siguiente. Le había pedido que juzgara por sí misma, lo que equivalía a decirle que podía averiguar cuál era el problema del niño sin que él se lo explicara.

Su comentario sobre el dinero le había molestado; era el tipo de comentario que había tenido que soportar constantemente cuando estaba casada con Eric. ¿Pensarían todos los hombres que las mujeres estaban en venta?

—No quiero que Christopher tenga la sensación de estar en clase durante el verano —continuó Bennet, por lo visto nada desanimado por las reservas de Maggie

—. No ha tenido una vida muy divertida y eso es algo que quiero cambiar. Por otra parte, creo que usted estará de acuerdo en que necesita ayuda, de manera que he calculado su salario sobre la base de cinco días completos a la semana. Por supuesto, le proporcionarán las comidas; de hecho, si quiere, puede vivir aquí de lunes a viernes —Maggie abrió la boca para protestar, pero él se lo impidió al mencionar un salario increíblemente alto. Luego trató de hacer más atractiva la oferta al añadir—: Y

si le preocupa su reputación, señorita Jones, mi ama de llaves vive aquí, en el piso de arriba.

—Prefiero darle clases en mi casa —repuso Maggie con firmeza. La

idea de estar todo el día cerca de Bennet la inquietaba—. Allí tengo los recursos necesarios para…

—Me temo que eso está fuera de discusión. No quiero exhibir a Christopher por la ciudad para que todos… —se interrumpió un momento—. Señorita Jones, aquí nadie me conoce y comprendo que en un lugar como éste, los recién llegados despiertan la curiosidad de todos. Supongo que es inevitable cierta cantidad de rumores, pero no me gusta ser el centro de atención de mis vecinos. Usted es mucho más joven de lo que esperaba; confío en que sea discreta y respete mis deseos, aunque no comprenda mis motivos. Puede llamarme insociable, si quiere, pero quiero que entienda desde un principio que lo que ocurra dentro de esta casa no es algo de lo que deba hablar fuera de ella.

—¡Santo Dios! —exclamó Maggie sin disimular su ironía y dejó la taza en el plato—. ¡Qué anticuado!

Bennet la miró desconcertado.

—¿Sí, verdad? —extendió las manos en un gesto de impotencia—. Lo siento, no pretendo parecerle misterioso, pero soy una persona muy reservada. Le aseguro que no hay fantasmas en el desván, ni esqueletos en los armarios, sólo un pequeño que requiere mucha atención y un hogar estable. En su corta vida ha andado de un lado a otro y dudo de que sepa lo que es una familia; es una de las razones por las cuales quiero que permanezca a mi lado hasta que empiece a ir a la escuela en septiembre.

Quiero que sepa que éste es su hogar.

A Maggie le pareció muy extraño aquel comentario.

—Sagepointe es una ciudad en la que se valora a la familia, señor Montgomery.

Cualesquiera que sean los problemas de Christopher, creo que descubrirá que la gente reaccionará con simpatía, y que su intimidad no corre ningún riesgo. Y si quiere que ingrese en el jardín de infancia en septiembre, tarde o temprano tendrá que «exhibirlo por toda la ciudad».

—Lo sé, y no pretendo menospreciar a nadie. Estoy seguro de que aquí todos son individuos decentes y respetables. Sin embargo, si yo decido no provocar comentarios, evitando que conozcan, de momento, a Christopher, entonces debo insistir en que usted me apoye y anteponga los intereses del niño a los suyos, por lo menos durante el verano. No creo que sea mucho pedir, ¿no le parece? ¿Qué me dice, acepta el trabajo?

¿Qué podía perder? No tenía planes para el verano y debía reconocer que se sentía intrigada. Pensaba que la circunspección de

Bennet incitaría la clase de curiosidad que parecía tan ansioso de evitar, pero como él acababa de señalar, la forma en la que educara a su hijo no era asunto de ella… hasta cierto punto.

—Si acepto el trabajo —respondió—, usted tendrá que prometerme que podré hacer lo que crea conveniente. Él puede ser su hijo, señor Montgomery, pero yo soy la maestra.

—Él no es mi hijo, es mi sobrino.

—¿Sí? —preguntó, sorprendida—. ¿Y dónde están sus padres?

Bennet la miró con recelo.

—No están aquí —le dijo con frialdad—. Y eso es lo único que usted necesita saber por el momento. Creo que debería conocer a Christopher antes de continuar esta conversación. Quizá cuando la vea con él, decida que usted no es la persona adecuada. O quizá sea usted la que decida rechazar el trabajo.

Era muy probable, pensó Maggie, si el niño era tan antipático como su tío.

—Muy bien —aceptó.

Lo siguió por el pasillo hacia la parte posterior de la casa. *Beau*, el perro, estaba echado en el suelo, con la cabeza entre las patas y los ojos fijos en el niño que jugaba a su lado con una colección de aviones.

Como cualquier niño de cuatro años, los hacía volar y los arrastraba, absorto en un mundo de intrincados patrones de vuelo; pero a diferencia de cualquier niño de su edad, los ruidos que hacía tenían una extraña nota discordante. Cerca de las puertas que daban al jardín, estaba sentada una mujer de pelo canoso. Estaba tejiendo, pero cuando vio entrar a Bennet con una visita, suspendió su labor, se puso de pie y los dejó solos con el niño y el perro.

—Es la señora Marshall, mi ama de llaves —le explicó Bennet—. Hace años trabajó con mi familia y tuve la suerte de encontrarla y persuadirla de que trabajara para mí. Éste es Christopher. Chris, quiero que conozcas a alguien.

El niño ni siquiera los miró. Bennet se acercó a su sobrino y trató de quitarle los juguetes.

—Chris, ven a saludar a la señorita Jones.

Cuanto más insistía en que la saludara, el chico más se negaba a prestarle atención. Tenía el cuerpo rígido y tenso, y Maggie estuvo a punto de pedirle a Bennet que no lo obligara.

—¡Ya basta, Christopher! —ordenó Bennet.

Aquello provocó el estallido que Maggie esperaba, y un segundo después uno de los aviones salió volando y fue a estrellarse contra una ventana. Satisfecho, Chris se volvió a mirarla.

Era el niño más guapo que Maggie había visto en su vida, y también el más frágil. Tenía el pelo rubio, los ojos tan azules que parecían de color violeta y una tez blanca como la leche, parecía un ángel sacado de la pared de una capilla italiana, pero el ruido que hacía era infernal. Bennet se volvió hacia Maggie, con gesto avergonzado. ¡Se lo tenía merecido! Era un hombre demasiado inteligente para no conocer la diferencia entre un problema y un impedimento físico.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Porque a lo mejor no habría aceptado la entrevista. Y tiene delante de sus ojos a un hombre desesperado, señorita Jones.

La frustración del niño llegaba a proporciones ensordecedoras, no era posible sostener una conversación normal. Maggie se acercó al niño, se arrodilló a su lado y le miró a los ojos, con la esperanza de que su expresión transmitiera el mismo mensaje que sus palabras.

—Deja de gritar inmediatamente, Christopher —le pidió con firmeza—, de lo contrario tú y yo tendremos un altercado muy serio.

Por un breve momento, Christopher le sostuvo la mirada, pero luego siguió gritando. Al ver que eso no parecía impresionarla, la atacó por sorpresa, golpeándola en la boca con el puño cerrado. Maggie lo sujetó por un brazo y lo sentó en la mecedora. No soportaba la violencia, aunque procediera de un niño, y no estaba dispuesta a tolerar los abusos. Había tenido mucha experiencia con las rabietas durante los años que había estado casada con Eric.

—Puedes gritar todo lo que quieras —le aseguró al niño—, pero no esperes que nos quedemos aquí a aplaudirte.

Giró sobre sus talones, decidida a salir de la habitación y llevarse a Bennet Montgomery, pero se encontró cara a cara con el perro.

—En cuanto a ti —estalló—, por lo que a mí respecta, puedes quedarte aquí y aullar con él.

Bennet parecía dispuesto a intervenir, pero ella no se lo permitió. Cruzó la puerta que daba al jardín y se dirigió a un columpio instalado debajo de la sombra de un manzano.

—¡Vaya! —murmuró él, sentándose a su lado—. Estoy impresionado.

Maggie exclamó:

—¿Por qué ha desperdiciado su tiempo y el mío con esta farsa?

—¿Farsa, señorita Jones? —la miró fijamente—. No estoy muy seguro de comprenderla.

—Entonces es más estúpido de lo que pensaba —respondió con desdén.

—Normalmente no es así —se apresuró a explicarle Bennet—. Sólo

se porta así con los desconocidos, pero en cuanto se calma…

—Christopher no necesita una maestra particular, señor Montgomery —le aseguró mirándole con determinación—. Necesita un terapeuta.

—Le está atendiendo un logopeda. Puedo darle toda clase de indicaciones sobre la forma de ayudarlo. Estoy seguro de que si lo intenta, su trabajo con Christopher será muy satisfactorio. Piense en ello como si fuese un reto… algo diferente.

Maggie movió la cabeza y miró hacia otro lado, tratando de ignorar los gritos del niño.

—Usted y yo sabemos que no estoy preparada para aceptar este trabajo —dijo al fin.

Como Bennet no respondió inmediatamente, pensó que no la había oído, o peor todavía, que no la comprendía. Pero cuando se volvió a mirarlo, supo que lo había juzgado mal. Estaba desolado.

—¿A quién me recomienda entonces, señorita Jones? —preguntó en voz baja.

Impotente, Maggie se encogió de hombros. Sagepointe era una ciudad muy pequeña. En ella no podría encontrar a nadie capacitado para atender a un niño como Christopher.

—No hay nadie —informó Maggie—. Por lo menos, aquí.

Bennet la recorrió lentamente con la mirada, se detuvo un momento en su boca y al final la miró a los ojos. Incluso antes de que Bennet hablara, Maggie sintió que la trampa se cerraba, atrapándola en su interior.

—Está usted —dijo Bennet con voz suplicante.

Capítulo 2

En aquella región, las tardes eran insoportablemente calurosas, pero a primera hora de la mañana, la temperatura era muy agradable. Por esa razón, lo primero que hacía Maggie al levantarse era salir a correr. Se recogía el cabello, se ataba alrededor de la frente una banda para secar el sudor, hacía algunos ejercicios de calentamiento en la terraza, y luego recorría el camino que llevaba a la carretera que rodeaba el lago.

Cuando había llegado a Sagepointe, el verano anterior, la gente le había preguntado si quería formar parte del equipo de softball de la ciudad y en el otoño la habían invitado a unirse al equipo de patinaje, pero se había negado en ambas ocasiones. No creía en los deportes de equipo y no le gustaban las actitudes agresivas que fomentaban. Para ella, lo importante era que un individuo compitiera consigo mismo y se fijara metas personales. Cuando sus vecinos la veían correr sola, interrumpían lo que estaban haciendo y salían a las terrazas para observarla.

Algunos incluso se habían burlado de ella, diciendo que era absurdo salir a correr bajo la lluvia o el calor del verano, pero al final se habían acostumbrado a verla y ya no le prestaban atención. Era una buena maestra, los alumnos la querían y eso era lo único que importaba.

Por eso, cuando al día siguiente de la entrevista al terminar de correr giró en una esquina, la sorprendió ver a Bennet Montgomery esperándola delante de su casa.

Para empezar, todos los vecinos sabían que no recibía visitas tan temprano y, por otra parte, nadie se vestía tan elegantemente en verano.

Desde el mes de julio y hasta principios de septiembre, nada, como no fuera una boda o un funeral, podía persuadir a los habitantes de Sagepointe de que renunciara a los pantalones cortos o a la informal ropa de verano. Bennet Montgomery, sentado en los escalones de la entrada, vestido con un pantalón gris y una camisa de seda azul marino, destacaba tanto como un ave exótica entre una bandada de cuervos. Edith Caverley, que vivía al otro lado de la calle, estaba asomada por la ventana, con el teléfono en la oreja, contemplando fascinada al desconocido.

—Para ser alguien que detesta las murmuraciones —dijo Maggie jadeando— se le da muy bien provocarlas.

—No tenía otra elección —replicó él—. Ayer salió antes de que terminara nuestra entrevista.

—No sé cómo ha llegado a esa conclusión, señor Montgomery.

Creo haberle dicho con claridad que no soy la persona que está buscando.

—Y yo creía que le había dicho con claridad que si usted me rechazaba, no tenía posibilidad de encontrar a otra persona, señorita Jones —la miró fijamente—. ¿Por qué se niega con tanta obstinación? ¿Es por el dinero?

—¡Dios mío! Pensaba que era suficientemente adulto para saber que no todo puede comprarse con dinero.

—A decir verdad, sé por experiencia que todo tiene un precio.

—Yo no estoy en venta, señor Montgomery.

—Lo sé, señorita Jones —replicó él con amabilidad—. No obstante, sospecho que se ha llevado una impresión equivocada de Chris.

—Tiene un severo impedimento auditivo. En un lenguaje sencillo, es sordo y unas clases particulares no van a conseguir el milagro que usted parece esperar antes de que empiece a asistir a la escuela en septiembre.

—Ayer —comentó él, inclinándose sobre la barandilla para ver las petunias que crecían en el jardín—. Mi primera impresión de usted fue que era una mujer torpe, propensa a tropezar, lo que resultó ser una suposición poco halagadora y del todo incorrecta —se volvió y recorrió con una mirada de admiración las largas piernas y las esbeltas caderas; finalmente se detuvo en sus senos—. De hecho, señorita Jones, tiene una figura notable y es una mujer joven con una energía admirable. Y

Christopher puede oír tan bien como usted o como yo.

A Maggie la turbó tanto aquel escrutinio que tardó varios segundos en comprender las últimas palabras de Bennet.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho —repitió él, pronunciando con cuidado cada palabra— que Christopher puede oír tan bien como usted o como yo.

—¡Eso es imposible! —como maestra, sabía que los padres a veces tenían dificultad para admitir los verdaderos problemas de sus hijos. Normalmente, ella trataba de convencerlos de que aceptaran la realidad, pero en aquel caso la situación distaba tanto de ser normal, que la abandonó su acostumbrado tacto profesional—.

¿No creerá en serio que…?

—No se trata de mi opinión, señorita Jones, es un hecho. El problema de mi sobrino no es el oído, tiene problemas de lenguaje.

—¿Cómo…?

Bennet alzó una mano y señaló la puerta.

—Estoy dispuesto a responder sus preguntas, a explicarle todo lo que sea necesario e incluso a suplicarle que me ayude, pero no aquí

delante de sus vecinos.

Por encima del hombro de Bennet, Maggie vio que Edith Caverley entreabría las cortinas y estiraba el cuello para no perderse nada.

—Me temo que ya es un poco tarde para preocuparse por eso, pero entremos en casa —abrió la puerta y le indicó que se dirigiera a la cocina, en el otro extremo del pasillo—. Sírvase un café mientras me cambio.

Si era verdad lo que Bennet decía de Chris y si ella decidía aceptar el trabajo, tendría que dejar muy claro que no pensaba someterse a todas sus exigencias, aunque él estuviera acostumbrado a salirse siempre con la suya. Lo último que toleraría sería una relación entre amo y esclavo. Bennet Montgomery ya la había sorprendido dos veces en desventaja, pero eso no sucedería una tercera vez. Se metió en su habitación y salió quince minutos después, con un vestido sencillo y unos zapatos que le daban el aspecto de una recatada maestra.

Bennet no estaba en la cocina, donde esperaba encontrarlo. Había llevado su café a la sala y parecía sentirse como en su casa. Alzó la vista cuando ella entró, y cerró las puertas de la librería cuyo contenido estaba examinando.

—Es una habitación acogedora —observó. No parecía importarle que Maggie lo hubiera sorprendido husmeando en sus cosas. Fijó la mirada en un cuadro y luego en un grabado con la firma de Rembrandt instalado a un lado del hogar—. Se puede aprender mucho de una persona por las cosas de las que se rodea.

—¿Sí? ¿Y qué cree saber ahora de mí?

Bennet le dirigió una de aquellas sonrisas que a Maggie le parecían tan atractivas.

—Es una persona contradictoria, señorita Jones. Una exótica dama disfrazada de mujer común.

Maggie rió con nerviosismo.

—¡Qué absurdo! No podría encontrar una persona más ordinaria que yo.

Bennet la miró con incredulidad.

—Entonces no le importará escuchar la defensa de mi caso y, si es tan sensata como quiere hacerme creer, aceptará ayudar a mi sobrino.

—Supongo que será mejor que nos sentemos —opinó ella—. Tengo la impresión de que esto nos va a llevar algún tiempo.

Decidida a mantener la conversación en un terreno impersonal y profesional, se sentó frente al escritorio y le indicó a su visitante que se sentara enfrente de ella. El sol matutino que se filtraba por la ventana iluminaba el rostro de Bennet y le permitía a Maggie detectar cualquier expresión. Pero Bennet, cegado por la luz, no podía disfrutar

del mismo privilegio que ella. Maggie esperó a que él hablara primero.

—¿Por dónde empiezo? —murmuró él—. El principio pertenece a un pasado remoto y no creo que venga al caso, pero supongo que es justo hablarle un poco de eso —hizo una pausa y estiró las piernas—. Christopher es hijo de mi hermano —le informó—. Su único hijo, gracias a Dios. Francis es siete años menor que yo y es un músico de talento. También es muy atractivo y tan encantador que muy pocas personas, en especial las mujeres, pueden resistirse a él. «Igual que usted», pensó Maggie.

—¿También es pianista?

—No, Francis toca la viola —movió la cabeza, como si le hubiera molestado la interrupción—. Se casó con una joven sordomuda. Ella se quedó embarazada poco después de que empezara a desvanecerse la ilusión del matrimonio, y cuando nació Christopher, Francis… —al llegar a ese punto, Bennet carraspeó, como si lo que tenía que decir a continuación fuese tan desagradable que no se atrevía a continuar.

A pesar de que tenía intención de guardar silencio hasta que él terminara de hablar, Maggie decidió intervenir.

—¿La abandonó? —terminó por él.

Su pregunta lo hizo volver a la realidad. Como si le horrorizara darse cuenta de todo lo que le había revelado a una extraña, se irguió y continuó con voz fría:

—El estado del matrimonio de mi hermano ya no importa, señorita Jones. Su esposa falleció el año pasado y Francis decidió continuar su vida de soltero despreocupado, una vida en la que no hay lugar para un niño con un impedimento físico, mientras que yo me he visto maldecido con unos escrúpulos que me compensan por mi carencia de… carisma —hizo una mueca de disgusto al pronunciar la última palabra, como si ésta tuviera un sabor desagradable—. Para mi eterna vergüenza, ignoré la existencia de mi sobrino en vida de su madre, lo que hace que su actual situación sea tan culpable como sus padres de su actual situación. El niño vivía con ella y compartía su aislamiento hasta el punto de que, cuando al fin lo conocí, mi primera impresión coincidió con la de usted. Yo también pensé que era sordo, cuando lo que ocurre es que el silencio ha sido una parte tan grande de su vida que no ha aprendido a hablar bien.

Maggie no sabía a quién compadecer más: a la madre, al niño o al hombre que estaba sentado frente a ella.

—Usted no debe culparse —le dijo—. A lo mejor tenía su propia vida y debía vivirla.

Posiblemente el desprecio en su mirada iba dirigido a sí mismo, pero la hirió profundamente.

—Usted es una maestra de escuela dedicada a los niños. Es imposible que comprenda la clase de vida que he llevado y los caprichos que me he permitido.

Comprendía mucho más de lo que Bennet creía. Un día, si llegaba a conocerlo bien, le diría que a menudo se dejaba guiar por las apariencias. ¿Qué diría, por ejemplo, si le dijera que mientras él hablaba, había encontrado una explicación para aquella vaga sensación de familiaridad que la había inquietado el día anterior. ¿Que de hecho, años antes, cuando ella pertenecía a ese grupo de ricos ociosos a los que Bennet parecía despreciar, ambos habían asistido a una deslumbrante recepción durante la cual Maggie se había dejado cautivar por su hermano, igual que todos los concurrentes?

Había sido la mención de aquel instrumento, la viola la que había despertado sus recuerdos. Maggie no era ninguna entusiasta de la música clásica y había asistido de mala gana al recital sinfónico. No le importaba un comino que el hombre que movía la batuta de una manera tan imperiosa fuera un maestro aclamado a nivel internacional que había dirigido las orquestas más famosas de Viena, Londres, Nueva York y Buenos Aires. Si hubiese podido elegir, habría preferido asistir al concierto de Elton John que se celebraba esa misma noche en Filadelfia. Lo último que esperaba era que pudiera cautivarla la ejecución de una sinfonía desconocida.

No obstante, la había conmovido la actuación del director y de los músicos; durante unas horas había conseguido olvidarse de su esposo, una persona a la que había llegado a temer y odiar.

El concierto había terminado demasiado pronto, aunque para Eric, la velada apenas comenzaba. Durante la recepción a la que habían asistido después de la gala, a Maggie le había avergonzado el comportamiento de su marido. Eric adoraba el éxito, que medía por la cantidad de dinero que producía. Jamás se le había ocurrido pensar que para algunas personas, los logros y el reconocimiento se determinaban de una manera más sutil y quizá por eso no había advertido del irónico desdén con el que los músicos habían recibido su falsa admiración.

Sin embargo, ella sí lo había notado y había deseado encontrarse muy lejos de allí. De hecho, se había mezclado entre la multitud, esperando evitar la humillación de presenciar la actuación de su esposo, cuando uno de los músicos se había fijado en ella. Era Francis Montgomery, el hermano menor del director. Antes de que ella hubiera tenido tiempo de calmarse, él se había acercado a ella, se había inclinado para besarle la mano y le había dirigido una sonrisa de complicidad. Luego le había acercado su copa de champán a los

labios para que bebiera un sorbo, y había musitado: «Es delicioso encontrar una rosa natural entre todas estas mustias flores de invernadero.»

Maggie se había ruborizado y se había reído con la frivolidad que la caracterizaba en aquella época. Aquel músico le parecía tan atractivo como un dios, y durante unos momentos, había pensado que sería capaz de hacer cualquier cosa que aquel hombre le pidiera. Entonces se había dado cuenta de que el famoso director de la orquesta, se mantenía apartado de la muchedumbre y contemplaba la escena con desdén.

La voz irónica de Bennet Montgomery la rescató de sus recuerdos.

—Mi querida señorita Jones —la reprendió—, no me imaginaba que mi historia pudiera dormir a nadie.

—No estaba dormida —protestó ella.

—¿No? —murmuró él—. Habría jurado que estaba a kilómetros de distancia.

En sus encantadores ojos había una expresión soñadora.

No era tan atractivo como su hermano, pero a Maggie le parecía un hombre irresistible. No se ruborizó, como lo habría hecho en otra época, pero experimentó un extraño calor interno. Hacía mucho tiempo que un hombre no le dirigía un cumplido sencillo y sincero.

—Sólo estaba pensando —aseguró Maggie.

—¿Y qué ha decidido?

No era el momento para ahondar en sus motivos. Le bastaba saber que un niño necesitaba una ayuda que tal vez ella podría brindarle, aunque no podía asegurar el éxito.

—Trabajaré con su sobrino, señor Montgomery —le informó—, pero no puedo garantizarle ningún resultado. ¿Por qué no hacemos la prueba… digamos hasta finales de julio? Si para entonces ambos no nos sentimos satisfechos con los progresos logrados, entonces creo que usted tendrá que recurrir a una ayuda más especializada.

—De acuerdo —respondió él.

—Hay algo más. ¿Por qué está tan seguro de que Christopher puede oír perfectamente?

—Lo han examinado varios médicos —se encogió de hombros—. Uno diagnosticó que era autista, otro decidió que era retrasado mental, tal vez como resultado de una lesión durante el parto, pero todos dicen que tiene el oído perfectamente. Después de pasar un día con el niño, yo habría podido decirles lo mismo —Maggie le miró con cierto escepticismo—. Si acepta trabajar con él esta tarde, señorita Jones —sugirió con un destello de diversión en los ojos—, tal vez pueda convencerla de que soy algo más que un tío senil. He llevado a

cabo un pequeño experimento y me gustaría demostrárselo.

Si con eso esperaba despertar su curiosidad, lo había logrado.

—¿A qué hora quiere que empiece, señor Montgomery?

—A las dos de la tarde. Y a propósito, llámeme Bennet.

Maggie se sintió tentada, pero se recordó que debía mantener su relación en un terreno puramente profesional.

—Puede llamarme señorita Jones —replicó—, y puesto que voy a ser la maestra de su sobrino durante los próximos dos meses, prefiero que nuestra relación sea formal.

Era una exageración, por supuesto, pero no una mentira. La mitad de los habitantes de la ciudad la llamaba Maggie y ello no le había impedido conservar su integridad profesional, pero Bennet Montgomery era un caso especial.

Afortunadamente, él no podía leer sus pensamientos.

—¡Santo Dios! —murmuró él, parodiando su respuesta de la tarde anterior—.

¡Qué anticuado!

Su «experimento» resultó convincente. Cuando ella llegó a la casa de Bennet, él la guió al salón de música, donde el niño estaba sentado frente al piano.

—Hemos pensado que le gustaría oír un pequeño concierto, señorita Jones —

comentó Bennet, sentándose al lado de su sobrino.

Maggie se sentó en el sofá, dispuesta a mostrar un entusiasmo razonable. Antes de empezar, Bennet puso en movimiento el metrónomo.

—Escucha al director, Chris —le indicó, y durante unos segundos se quedaron inmóviles.

Luego, Bennet empezó a tocar los primeros compases de una sencilla melodía; el niño los repitió inmediatamente.

Bennet cambió de tono y la imitación del niño fue impecable. El maestro introdujo un pequeño floreo y el niño hizo eco. Por encima de la cabeza de su sobrino, Bennet miró a Maggie a los ojos, como si quisiera que se preparara para recibir una fuerte impresión, y empezó a tocar un acompañamiento de bajo para el tema sobreagudo de su pareja. Maggie ya estaba convencida, pero lo que le fascinó e hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, fue ver al niño moviéndose al ritmo de la melodía, completamente entregado a la música.

—¡Los changuitos! —ordenó Bennet en el momento del crescendo final y presionó las teclas de bajo.

Cuando terminó el concierto, Maggie aplaudió de manera espontánea.

—¡Ha sido maravilloso!

—Sí, ¿verdad? —convino Bennet sin disimular su placer, pero como si de pronto recordara que había una persona extraña en la habitación, Chris se cubrió los ojos con las manos y se negó a mirarla.

—Tal vez —sugirió ella en voz baja— este jovencito y yo necesitamos pasar algún tiempo a solas para conocernos mejor.

—Acabo de recordar que debo hacer una llamada telefónica —replicó Bennet y se puso de pie.

El niño se bajó del banco, y anticipando una rabieta como la que había presenciado el día anterior, Maggie rezó para que le llegara la inspiración para distraerlo.

—Me gustaría poder tocar Los changuitos —musitó.

Bennet que estaba a punto de salir, puso los ojos en blanco.

—Mi querida señorita Jones —declaró—, cualquiera puede hacerlo, incluso usted.

—Sobrestima mi talento, señor Montgomery. Soy muy torpe —se acercó al piano, se sentó y demostró la verdad de su afirmación al pasar ambos pulgares sobre la tecla del do mayor.

—Me temo que tiene razón —concedió Bennet.

—Tal vez si alguien me enseñara… —sugirió ella, mirando a Chris. Un leve sonido agudo escapó de los labios del niño, una distorsionada risita divertida que, para los oídos de Maggie, fue tan maravillosa como el concierto que acababa de disfrutar.

Decidió arriesgarse, cogió a Chris en brazos y lo sentó en el banco.

—Enséñame —le pidió.

Al principio, él apretó sus manos sobre el regazo y fijó la vista en ellas. Justo cuando Maggie estaba a punto de renunciar a toda esperanza, las colocó sobre el teclado y, tal como lo había hecho su tío unos minutos antes, tocó para ellas unas notas y esperó hasta que las repitiera. Maggie lo hizo y deliberadamente cometió un error, pero el niño no se dejó engañar. En vez de continuar con el siguiente compás, repitió el primero y le dirigió una mirada de reproche. Cuando ella lo imitó con éxito, la recompensó con una sonrisa tan dulce que a Maggie le entraron ganas de abrazarlo.

No era posible entretener mucho tiempo tocando Los changuitos a un niño de su edad, pensó Maggie con desesperación después de lo que le pareció la décima repetición.

—Necesito descansar —le suplicó—. No puedo seguirte más, Christopher —él la miró con desconfianza y se dispuso a deslizarse del banco—. Pero me gustaría ver el jardín —añadió ella, sujetándolo para que no escapara—. ¿Quieres enseñármelo?

—Herg —respondió el niño con su extraño tono gutural, después

de pensarlo un momento, se dirigió a la puerta. Como Maggie no le siguió, dio media vuelta y se acercó a ella—. Herg —repitió y le tendió la mano.

—De acuerdo —aceptó Maggie sin comprender lo que el pequeño trataba de decir.

Chris la guió por el pasillo hacia el jardín. No había señales de Bennet ni del ama de llaves. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas y, dándose importancia la llevó hasta el jardín. Los sauces llorones rozaban el suelo con sus ramas. Maggie y el pequeño casi habían llegado al borde del lago cuando, Chris le dirigió una sonrisa picara y echó a correr hacia los árboles. Un momento después desapareció entre las ramas.

—¡Ah! —ella disimuló una sonrisa al comprender el significado de «Herg»—.

¡Así que quieres jugar al escondite!

Empezó a buscarlo en los lugares equivocados, hablando lo bastante alto para que él pudiera oír lo que decía.

—¿A dónde habrá ido ese niño? Hace un minuto estaba aquí. No ha podido evaporarse —se asomó debajo de unas hortensias y como no lo encontró, se dirigió a gatas hacia los sauces. Más adelante y a su derecha, oyó una risita sofocada y le preguntó a una mariposa que revoloteaba cerca—. ¿Has oído algo? Yo habría jurado que sí —las risas se convirtieron en ruidos ahogados y luego volvieron a escucharse

—. Tal vez —señaló Maggie al descubrir un pie entre el follaje y fingiendo dirigirse en dirección opuesta—, se ha ido por aquí, o… —retrocedió bruscamente y apartó las ramas—. ¡Ah, me lo imaginaba, aquí está el duende que buscaba!

Con un grito de placer, el niño se alejó y Maggie lo siguió a su escondite.

Entonces, demasiado tarde, oyó un gruñido y vio a la amenazadora criatura negra salir de los matorrales y tirarse encima de ella.

Capítulo 3

Instintivamente, Maggie se hizo ovillo, se protegió la cabeza con los brazos y esperó el ataque. Antes de que el perro le mordiera, Bennet la agarró por el hombro y tiró de ella con tan poca consideración que a la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ya puede llorar! —rugió furioso Bennet—. ¡Vaya una forma estúpida y suicida de actuar! ¿Dónde tiene el cerebro?

—Yo no… —Maggie se esforzó por recobrar la dignidad.

Era inútil. Tenía las piernas llenas de arañazos y tenía la falda del vestido subida hasta medio muslo.

—¿Quiere soltarme? —exigió la maestra.

Bennet la miró furioso, como si ella fuera la culpable de que su maldito perro estuviera siempre dispuesto a atacarla.

—¿Le importaría decirme por qué ha hecho esa estupidez? —preguntó con frialdad.

Maggie le contestó indignada.

—Estaba haciendo el trabajo para el cual me ha contratado —estalló—, pero si eso incluye pelear con esa bestia, entonces creo que debería pagarme más por correr riesgos en el trabajo.

— *Beau* es el animal más civilizado del mundo y muy inteligente.

—¿De verdad? —se miró con tristeza las rodillas; era su primer día de trabajo y empezaba a sentirse, y a parecer, como si acabara de salir de una zona de batalla—.

Pues ha reaccionado como si yo estuviera a punto de hacerle algún daño a Christopher.

—Porque usted ha actuado como si fuera a haberlo.

—¿Qué dice? —lo miró con incredulidad—. Por supuesto que no, sólo estábamos jugando al escondite.

—Mi querida señorita Jones —repuso Bennet con una risita maliciosa—, la he visto desde el patio, arrastrándose a gatas, como una gatita elegante y decidida persiguiendo a un ratón. ¿De verdad espera que cualquier perro guardián que se precie a serlo, tolere esa clase de conducta de una desconocida hacia su amo?

Pronunció las palabras como un esgrimista podría blandir el estoque, con una delicadeza y velocidad que hacían difícil la réplica. La indignación tiñó las mejillas de Maggie. ¡De manera que la estaba espiando!

—Le agradecería, señor Montgomery, que en el futuro encierre a su perro cuando yo esté aquí. No me gustaría tener que enfrentarme a él cada vez que me acerque a Christopher.

—Antes de seguir adelante con su papel de maestra —replicó él con calma, tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie—,

pasará algún tiempo como alumna y aprenderá a tratar a *Beau*. Empezará ahora mismo.

—En realidad preferiría no hacerlo.

—Me lo imagino. Pero no le va a quedar más remedio. *¡Beauregarde!*

El perro, que se había colocado a la defensiva entre ella y el niño, se acercó y se detuvo demasiado cerca de la pierna de Maggie.

—No tenga miedo —le pidió Bennet.

—No puedo evitarlo —¿cómo podía explicarle las razones de su temor, sin revivir el pasado que trataba de olvidar?

—Le aseguro que no le hará daño —la agarró suavemente de la mano y Maggie, ante aquel contacto, supo que debía confiar plenamente en él—. Ahora va a tenderle la mano para que él la huela, ¿de acuerdo?

Hipnotizada, Maggie lo vio extender su propio brazo hasta que quedó a poca distancia del imponente hocico.

—Ahora que el perro ya conoce su olor —continuó Bennet en voz baja e hipnótica—, acaríciele la cabeza. ¿No cree que tiene un pelo muy bonito, señorita Jones? Yo diría que es tan sedoso como su cabello… ¡No, no se detenga! A *Beau* le está gustando que lo acaricie.

—Es un perro muy bonito —dijo Maggie y le acarició las orejas.

Inmediatamente deseó no haberlo hecho, *Beau* se alzó las patas traseras, moviendo la cola y ella retrocedió—. ¡Oh, por favor, no! ¡Siéntate! —le suplicó, tratando en vano de mantenerlo a distancia.

—¡Ato! —exclamó bruscamente Bennet, haciendo que tanto ella como el perro obedecieran su orden.

—¿Qué he hecho mal? —miró a su maestro, decepcionada y molesta al ver que no apreciaba el valor que había necesitado para acariciar al perro.

—No vuelva a hablarle en ese tono si quiere que le haga caso.

—¿Por qué no? Creía que era muy inteligente.

—También lo soy yo, Maggie —le dirigió una sonrisa irresistible—. Pero si la estrechara entre mis brazos y la besara y usted me suplicara que me detuviera, en el mismo tono en el que ha hablado a *Beau*, me daría a entender que le gustaría que siguiera adelante.

—Estaría equivocado —murmuró, sintiendo que una diminuta llama se encendía en su corazón.

Bennet estiró un brazo y le cogió un mechón de pelo y lo deslizó con suavidad entre sus dedos.

—¿Está segura? —susurró él.

Maggie pudo apartarse, pero prefirió dejarse hipnotizar por la seductora mirada de Bennet.

—Señor Montgomery… —balbuceó.

—Sea firme, señorita Jones —volvió a enredar el cabello de Maggie alrededor de sus dedos y apoyó la mano contra la curva de su cuello—. Aprenda a expresar sus deseos.

—Suélteme —le suplicó y se estremeció al ver la expresión que cobró vida en la mirada de Bennet. Durante los años que había estado casada con Eric, nunca había visto en sus ojos esa expresión tan intensa de deseo.

Entonces, como si Bennet comprendiera de pronto que al exigir el acceso a los secretos de Maggie él exponía muchos de los suyos, la soltó.

—Quizá espero mucho, demasiado pronto —declaró enigmático—. Vuelva conmigo a la casa, señorita Jones y le serviré un poco de *brandy*. Está muy pálida.

Tenía que estarlo, se dijo la joven; sentía como si toda la sangre se hubiera concentrado en el centro de su ser para nutrir y mantener la diminuta llama que Bennet había encendido. Se pasó la punta de la lengua por los labios resecos y miró hacia el niño, que estaba jugando al borde del lago con el perro.

—¿Y Christopher? —preguntó Maggie.

—Es demasiado pequeño para beber *brandy* —contestó Bennet sonriente—. Pero creo que la señora Marshall encontrará una alternativa adecuada y lo entretendrá un rato.

—Estoy segura, pero usted me paga para que yo lo atienda.

—Le pago para que lo enseñe a hablar bien y no es probable que eso sucede en una tarde. Por hoy, la clase ha terminado.

—No me gustaría decepcionarlo. Me ha pedido que jugáramos al escondite.

—¿De verdad? —Bennet arqueó las cejas con escepticismo—. Entonces debo felicitarla por sus notables progresos.

Christopher, cansado del juego, se acercó en ese momento a ellos agarrando a *Beau* del cuello.

—Herg —dijo y Maggie se volvió hacia Bennet.

—¿Está convencido? —le preguntó—. Usted mismo lo ha oído, ha intentado decir «esconder».

Bennet esbozó una cautivadora sonrisa y dijo con voz dulce:

—Me temo que está equivocada. No se refería a esconderse, sino al perro y a usted.

—Por lo visto todavía me falta mucho por aprender —observó Maggie con ironía—. ¿Cree que en el futuro *Beau* me permitirá acercarme a él sin enseñarme los dientes?

Bennet la agarró por el codo y la guió hacia la casa.

—Ahora que los he presentado formalmente, ya no tendrá problemas. Para el él, usted acaba de convertirse en alguien de la familia.

Chris corría delante de ellos, al lado de *Beau*, hablando en su incomprensible lenguaje.

—¿No le parece que tienen una relación conmovedora? —preguntó Maggie en voz baja.

Bennet observó al ama de llaves que apareció en ese momento y se llevó al niño a la casa. Luego volvió a prestar atención a la maestra.

—Sí, aunque en este momento me interesa más hablar de usted. Vive sola y se enfrenta diariamente a una centena de niños, lo que quiere decir que es una mujer valiente. ¿Por qué les teme entonces tanto a los perros?

Aquella pregunta no tenía una respuesta sencilla. En vez de tratar de explicárselo, se encogió de hombros.

—Hay mucha gente que tiene miedo a los perros.

—No sin motivo —objetó Bennet—. ¿La mordió algún perro cuando era niña?

—No.

—Mmm —cruzaron el patio y Bennet la condujo a una habitación bellamente amueblada.

—Tome asiento, señorita Jones. ¿Prefiere jerez o *brandy*?

—Jerez, por favor —se sentó en un extremo de un sofá tapizado de seda y miró a su alrededor—. Qué habitación tan bonita, ¿la la decorado usted?

—No quiero hablar de mí —replicó Bennet bruscamente—. Me interesa saber algo más de usted.

—La historia de mi vida es bastante aburrida.

—Ayer habría aceptado esa respuesta. Pero hoy he descubierto que vive en una casita que le proporciona el ministerio de educación, ya sea para compensar el miserable salario que le pagan, o porque esta ciudad está en un lugar tan remoto que es necesario el incentivo de una vivienda gratuita para persuadir a la maestra para que venga a vivir aquí. Y luego me entero de que ese lugar está lleno de obras de arte que valen una pequeña fortuna y que sus muebles estarían mejor en un elegante apartamento de Manhattan —le sirvió el jerez en una copa de cristal—. Y yo no diría que nada de eso es «aburrido».

—Es posible que haya heredado todas esas cosas.

—¿Por qué será que no le creo?

—No lo sé —Maggie, suspiró exasperada ante su insistencia—, pero estoy segura de que usted podrá decírmelo.

Para su sorpresa, Bennet soltó una carcajada.

—¿Qué fue lo que dijo ayer? ¿Que no le gustaba que la tratara como si fuera una esclava, porque prefiere dar órdenes a recibirlas? —en sus ojos brilló un destello de humor—. Por lo que ahora sé, creo que hablaba muy en serio, y debo decirle que en cualquier otra mujer esa actitud me parecería inaceptable. Sin embargo, por alguna razón, en usted me intriga. ¿Por qué será?

—Hace demasiadas preguntas —protestó ella, un tanto inquieta.

—Y me meto en asuntos que no son de mi incumbencia —concluyó él nada arrepentido—. Como durante las próximas semanas vamos a pasar mucho tiempo juntos, ¿no cree que es natural que desee saber algo más de usted? —deslizó un dedo por una columna de discos compactos apilados en un anaquel situado al lado del armario de las bebidas—. Por ejemplo, ¿qué clase de música le gusta?

¡Vaya descaro, esperar enterarse de todos sus secretos, cuando le había indicado claramente que él no estaba dispuesto a compartir los suyos!

—Dudo que tengamos los mismos gustos —contestó.

—Tenemos más cosas en común de lo que usted quiere reconocer —replicó Bennet en voz baja.

—¿Como cuáles?

Bennet se sirvió un *whisky* con agua y se sentó en el otro extremo del sofá.

—Bueno, los dos estamos cansados de las grandes ciudades y anhelamos una vida tranquila. A ambos nos interesa Christopher. Somos testarudos, estamos solos y… —la miró con los ojos entrecerrados— hay una poderosa atracción entre nosotros. De no ser porque no me interesa iniciar una relación, diría que estamos hechos el uno para el otro.

Maggie estuvo a punto de atragantarse con el jerez.

—Señor Montgomery, su falta de percepción sólo es superada por su colosal vanidad. No estoy sola ni soy testaruda y tampoco me siento atraída por usted, de manera que no pierda el sueño pensando que yo estoy intentando atraparlo en una

«relación» para la cual no está preparado.

—Como usted diga, señorita Jones. ¿Quiere un poco más de jerez?

—No, gracias —dejó la copa en la mesa—. Si quiero serle útil a Christopher creo que debo hacer algunas investigaciones y cuanto antes.

—¡Menos mal! —exclamó Bennet—. Tenía miedo de haber cometido un error y de que usted cambiara de opinión acerca de aceptar el trabajo.

—Lo he pensado, ¿pero no cree que eso habría sido castigar al niño

por los pecados del tío? No sería una actitud profesional.

—Tal vez —esbozó una sonrisa—. Sin embargo, antes de que se ponga a buscar distintas teorías en los libros de texto, ¿por qué no se queda un poco más y así podré contarle todo lo que he aprendido con el logopeda de Christopher? Creo que esa información es vital para mantener la continuidad en el progreso de mi sobrino.

—De acuerdo —concedió Maggie.

—¡Excelente! —se puso de pie de un salto y se dirigió a la puerta —. Le diré a la señora Marshall que se va a quedar a cenar.

—¡Un momento! —estalló Maggie, molesta—. He aceptado quedarme para trabajar, no para compartir una cena íntima para dos.

—Para tres —la corrigió él—. Además, tenemos que cenar.

—Pero no juntos. Podemos cenar después de hablar. Lo que le ha dicho esta mañana iba en serio, señor Montgomery. Quiero que nuestra relación sea estrictamente profesional.

—Por lo visto la obsesiona la palabra «profesional» —refunfuñó él —. ¿Teme que si compartimos una cena me olvide de mis buenos modales y la muerda?

La habilidad de Bennet para sacarla de sus casillas con sus absurdas sugerencias la sorprendía y desconcertaba.

—Lo único que temo —replicó, mientras buscaba un bolígrafo en el bolso—, es que, a menos que dejemos de discutir y empecemos a trabajar, no voy a conseguir adelantar nada con su sobrino y no estará preparado para ingresar en septiembre al jardín de infancia. ¿Tiene algunas hojas de papel para hacer anotaciones?

Bennet buscó en un cajón de la mesita que tenía al lado.

—Estoy seguro de que hay papel en alguna parte… ¡ah, sí! ¿Le sirve esto? —le enseñó una libreta de hojas pautadas.

—Sí —esperó a que Bennet volviera a sentarse en el sofá—. Veamos, ¿qué recomienda el logopeda de Christopher?

—Uno de los aspectos más importantes —le explicó Bennet, cruzando los brazos detrás de la cabeza y mirando hacia el techo—, es obligarlo a que la mire cuando usted habla. Señorita Jones, él debe observar su boca y usted debe exagerar la pronunciación de los sonidos que son más difíciles para Chris —Maggie asintió y escribió a toda prisa. Bennet prosiguió—: Debe procurar que la imite, el niño tiene que superar el hábito de hablar con sonidos nasales.

—Supongo que sobre todo con algunas consonantes.

—Así es. Con la T, por ejemplo, como en la palabra «taza» —exageró la pronunciación para subrayar el movimiento facial—. Permítame ver cómo lo hace.

—«Taza» —repitió ella.

—Muy bien. Tiene unos dientes muy bonitos, señorita Jones.

—Escuche, señor… —balbuceó Maggie. ¿Cuándo dejaría de hacerla sentirse como una idiota?

—Algo que debe evitar —continuó él imperturbable—, es corregirlo constantemente. Por supuesto, deberá hacerlo de vez en cuando y algunos días serán peores que otros. Como ha podido ver, cuando se altera su rutina normal, Chris sufre una regresión, pero en cuanto se calma, es muy fácil complacerlo.

—¿Me está pidiendo que ignore sus errores? No creo que sea bueno reforzar los malos hábitos.

Bennet pareció encontrar muy divertido aquel comentario.

—Dígame, ¿piensa proyectar una imagen de maestra eficiente sujetándose el pelo en un moño en lo alto de la cabeza, colocándose unas gafas de abuelita en la punta de la nariz y vistiendo ropa pasada de moda?

—No es necesario —replicó ella—. Soy muy eficiente con mi aspecto actual.

—¡Al fin estamos de acuerdo en algo! —exclamó Bennet.

Maggie hizo un mohín, pero no quiso continuar con aquella batalla verbal, sabía que era muy probable que resultara perdedora.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó.

—Cuando no pronuncie correctamente alguna palabra, limitase a repetirla y siga adelante.

—Hace que todo parezca muy sencillo.

—Lo es y no lo es —se encogió de hombros—. En realidad, usted tendrá dos trabajos. Primero, deberá quitarle los malos hábitos, lo que no siempre es fácil.

Después, tendrá que enseñarle a hablar correctamente. Eso significa que, además de articular claramente, también deberá alentarlo a hablar con frases completas.

—No sé si entiendo lo que quiere decir.

—Lo haría si pasara más tiempo con él. Chris tiende a hablar con pocas palabras.

—Entiendo. Como habla un bebé… «pan», «leche», esa clase de cosas.

—O «perro» —le recordó Bennet con una sonrisa—. También utiliza mucho las manos para expresarse. Ambos hábitos son el resultado de haber visto usar a su madre el lenguaje de sordomudos. El problema es que aunque entiende, por ejemplo, lo que significa la palabra «ave», no sabe que los cuervos, las águilas y los petirrojos son todos aves.

—¿Qué más? —quiso saber Maggie preguntándose en silencio si

estaría a la altura de la tarea que iba a emprender.

—Las preposiciones —continuó Bennet muy serio, como si fueran lo más importante del mundo para un niño de cuatro años.

—Señor Montgomery —protestó ella sin pensarlo—. No les enseño preposiciones a mis alumnos normales.

—Señorita Jones —replicó cortante—, espero que se abstenga de usar palabras como «normal» delante de mi sobrino. Él ya sabe que es diferente de los demás niños de su edad, no hace falta que usted se lo repita.

Aquel reproche fue como un jarro de agua fría. Maggie se recordó que debía concentrarse en el niño que necesitaba su ayuda, no en el tío que tanto la atraía.

—Es un poco tarde para pedir disculpas —manifestó Maggie—, pero le aseguro que siento más que usted mi descuido. Me temo que su comentario me ha cogido desprevenida, pero no volverá a ocurrir, se lo aseguro.

—Por desgracia —replicó Bennet suavizando su tono de voz—, podría suceder.

Los escollos en la tarea que está a punto de emprender no siempre son los más obvios. Ayudar a Chris a superar sus problemas con el lenguaje es una meta que puede medirse de una manera tangible… ciertas palabras hoy, frases completas la siguiente semana… pero hacerle recuperar la autoestima es una tarea mucho más compleja. A veces me pregunto si podrá recuperar la confianza en sí mismo que deberían tener todos los niños por derecho de nacimiento.

—¿De verdad ha sido tan triste su vida?

—Su madre falleció y su padre lo rechazó. ¿No es bastante?

—Sí —replicó ella—, pero por lo menos no está solo en el mundo. Lo tiene a usted.

Algo parecido a una expresión de desprecio hacia sí mismo cruzó por el rostro de Bennet.

—Tratar con otras personas y determinar sus necesidades no es mi fuerte.

Procuro no demostrarlo, pero lo cierto es que preferiría enfrentarme a una manada de animales salvajes. Por lo menos sabría qué hacer.

Maggie le habría creído, si no hubiera visto la ternura que se reflejaba en sus ojos cuando miraba a su sobrino. Pero por razones que Bennet no quería revelar, quería que ella creyera lo contrario.

—Sin embargo, ha decidido hacerse cargo de un niño de cuatro años —comentó ella—, y a mí eso me parece admirable.

—Usted no me conoce lo suficiente para saber si soy admirable o

despreciable

—replicó él, cortante—. Le sugiero que se limite a evaluar a su alumno, ya que está mejor calificada para juzgarlo a él.

A Maggie le entraron ganas de decirle que no fuera tan maleducado y lo habría hecho si fuera uno de sus alumnos. Pero Bennet Montgomery no era un niño, era un adulto acostumbrado a tener el control de sí mismo y de todo lo que lo rodeaba, y la única forma de realizar una labor efectiva con el niño era evitando las confrontaciones con su tío.

—Hábleme más de esas preposiciones, señor Montgomery —lo invitó—. Estoy segura de que no pretende que le enseñe gramática a Christopher a su tierna edad.

Bennet volvió a suspirar y se puso de pie.

—Está anocheciendo. Por favor, quédese a cenar con nosotros, señorita Jones. Si la hace sentirse mejor, piense que se trata de una cena de trabajo, porque estoy seguro de que conocerá mejor a Chris si lo observa en una situación con la cual está familiarizado, que si yo sigo hablándole de él durante seis horas. Después, cuando la señora Marshall se lo lleve para bañarlo, podremos discutir cualquier duda y le prometo que la llevaré a su casa antes de las nueve y media.

Maggie se preguntó por qué cedía con tanta facilidad y pensó en los padres que se veían obligados a educar a sus hijos sin ayuda de nadie. Bennet era el único responsable de Christopher, y había tanto amor en su voz cuando hablaba del niño, que bien podía ser su verdadero padre.

—Gracias por darme la oportunidad de cambiar de opinión —respondió Maggie—. Si puedo disponer de unos minutos para arreglarme, acepto con gusto su invitación.

Bennet le dirigió una sonrisa tan sincera que la sorprendió.

—Maggie Jones —murmuró—, es usted una mujer encantadora. Ha sido una suerte encontrarla.

Capítulo 4

La cena fue maravillosa.

Aunque el salmón escalfado, servido con patatas fritas con mantequilla y la ensalada podrían parecer ordinarios para un paladar sofisticado, a Maggie todo le pareció soberbio. Pero lo que más la impresionó fue el ambiente, el encanto de la música de clavicordio como fondo y las risas compartidas entre tío y sobrino.

El niño era un encanto y sus modales eran excelentes. Cuando apareció en el comedor, perfectamente peinado, esperó hasta que Bennet ayudó a Maggie a sentarse antes de ocupar su silla. Sabía qué tenedor debía usar y tenía cuidado de comer con la boca cerrada.

La presencia de Maggie parecía fascinarle y fijaba en ella sus vivaces ojos azules durante largos momentos. La miraba con tanta insistencia que Bennet le regañó.

—Es de muy mala educación mirar así a las personas, Christopher, aunque se trate de una mujer tan guapa como la señorita Jones —le reprendió con un deje de diversión.

El rostro de ángel de Chris se iluminó con una sonrisa.

—Guapa —farfulló antes de dejar de mirarla.

A Maggie le entraron ganas de abrazarlo y deseó ser más merecedora de aquel cumplido. El vestido de algodón estaba arrugado después de haberlo llevado puesto durante todo el día, pero incluso bien planchado era inapropiado para la ocasión.

Bennet había tenido tiempo de cambiarse y vestía un pantalón negro y una camisa de lino blanca.

—Tal vez la señorita Jones quiera más ensalada, Chris —sugirió Bennet—. ¿Por qué no se lo preguntas?

Por un segundo, el niño luchó con la palabra «ensalada» y pronunció bastante bien la primera sílaba, pero tropezó con la segunda y al fin se limitó a preguntar simplemente.

—¿Más?

—Sí, me gustaría un poco más de ensalada —respondió Maggie, pronunciando perfectamente cada sílaba.

—¿Comprende ahora lo que he intentado explicarle? —le preguntó Bennet cuando Christopher se fue a la cama.

—Sí, su nivel de lenguaje no es muy superior al de un niño de dos años, pero sospecho que su comprensión es mayor que la de cualquier chico de su edad.

—Estoy de acuerdo —replicó Bennet—, y como antes le he comentado, está ansioso por aprender. Espero que eso le ayude a superar su problema.

—¿Suele ver la televisión?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque el lenguaje depende del oído y es necesario exponerlo a los sonidos todo lo posible.

—Es cierto —concedió Bennet—, pero piense por un momento en la clase de programas que hay para los niños de su edad: payasos, títeres, dibujos animados, cosas por el estilo.

—Títeres —asintió ella—. Son un instrumento maravilloso para la enseñanza.

—Pero no para Chris.

—¿Por qué no? —quiso saber Maggie.

—Piense en ello. Las marionetas no abren y cierran la boca como lo hacemos nosotros. Además, normalmente utilizan un lenguaje distorsionado. No quiero enseñarle a hablar como el pato Donald.

Las razones eran tan lógicas que Maggie se avergonzó de no haber pensado en ello. No obstante, no eran la respuesta a su pregunta original.

—¿A quién oye entonces, además de a usted y a la señora Marshall?

—¿Qué le hace suponer que necesita oír a alguien más?

—Señor Montgomery —protestó Maggie—, ¿nunca ha pensado que la razón por la que reacciona de una manera tan agresiva con otras personas es porque sólo convive con ustedes dos?

Bennet se puso de pie y empezó a pasear nervioso por la habitación.

—No creo que pueda resistirse a usted más de uno o dos días, señorita Jones, si eso es lo que le preocupa.

Maggie comprendió inmediatamente que pretendía halagarla para distraerla y temía saber por qué. Cogió su cuaderno de notas, negó con la cabeza cuando Bennet le ofreció un *brandy* y esperó hasta que él se sirvió uno. Había llegado el momento de hablar con franqueza y quería contar con la plena atención de Bennet.

—No buscaba un cumplido, señor Montgomery. Usted mismo ha reconocido que las relaciones sociales de Chris se han visto obstaculizadas por el aislamiento que le impusieron durante sus primeros años y, sin embargo, usted fomenta esa situación reteniéndole aquí.

—¡Santo Dios, no es un prisionero! —exclamó Bennet ofendido.

—No he querido decir que lo sea —replicó Maggie con calma—, pero usted debe comprender que deberíamos introducir algunos cambios en su vida.

Bennet encendió unas velas situadas encima de la repisa de la chimenea.

Despedían la luz suficiente para disipar la penumbra y permitir que Maggie siguiera tomando notas.

—¿Adónde trata de llegar, señorita Jones?

—No puede enviarlo a una clase repleta de niños, y esperar que sobreviva si antes nunca se ha relacionado con otros chicos.

—¡Eso es absurdo! —se burló Bennet—. Eso equivale a decir que un hijo único está en desventaja porque no tiene hermanos.

—No es lo mismo. Los niños norm… —se interrumpió bruscamente —.

Normalmente, un hijo único suele tener amigos.

—Christopher tiene amigos.

—No de su edad. Sus amigos son adultos, muy escasos y seleccionados para no dañar su ego. Me gustan los niños, sobre todo los pequeños, pero soy la primera en reconocer que cuando quieren, pueden ser muy crueles, sobre todo si encuentran una víctima propicia.

—Una buena maestra —repuso Bennet bruscamente— puede poner fin a la crueldad.

—Soy una maestra competente, pero no pienso llevar de la mano a su sobrino constantemente —suspiró al ver que él apretaba los labios —. Escuche, lo que estoy intentando decirle es que una vez que se sienta cómodo conmigo, debería permitirme que empiece a sacarlo a pasear al parque o que vaya de compras conmigo para que tenga oportunidad de pasar algún tiempo con otros niños de su edad, antes de encontrarse con ellos en el jardín de infancia.

—¡De ninguna manera! Desde un principio he dejado muy claro que no pienso exhibirlo delante de toda la ciudad, hasta que…

—¡Pues deberá anteponer el bienestar del niño a su orgullo, a menos que quiera convertirlo en un neurótico! —exclamó ella—. Yo uso la palabra «normal», pero no como un insulto y usted me acusa de discriminar al niño. Pero creo que es usted quien lo trata de una manera diferente; quiere mantenerlo oculto hasta que sea tan normal como los demás niños, y eso podría llevarse mucho tiempo. La pregunta es,

¿por qué? ¿Es que se avergüenza del estado actual de Chris?

—De pronto se ha convertido en psicóloga.

—No, pero estoy dispuesta a consultar a uno.

—Pues bien, yo ya lo hecho, así que no se moleste.

—¿Y qué le ha dicho?

—Eso no es asunto suyo.

Maggie le miró sin poder hablar. ¡Aquel hombre era imposible! Supuso que la opinión del psicólogo coincidiría con la suya y Bennet

no quería reconocerlo.

—Está traspasando su autoridad, señorita Jones —le indicó.

En cualquier caso, discutir con él no le iba a servir de nada, así que decidió utilizar otra táctica.

—¿No cree que si voy a hacerme cargo de Chris tengo derecho a saberlo?

—No me hable de derechos —replicó Bennet con amargura—. A veces pienso que he pasado la mitad de mi vida considerando los derechos de los demás, a costa de los míos.

Casi sin darse cuenta, habían dejado de hablar del niño y habían empezado a hablar de Bennet, un hombre que se sentía tan solo y traicionado como el niño que había adoptado.

—Dígame de qué está hablando. Me gustaría entenderlo.

Al oírla, Bennet volvió la cabeza y la miró con desdén.

—¿Cómo va a entenderlo? ¿Acaso ha crecido usted esperando ser un ejemplo perfecto para su hermano menor? ¡La han hecho sentirse responsable del éxito o el fracaso de ese hermano, cuando él no poseía siquiera la décima parte de sus dotes, ni una fracción de la disciplina requerida para que ese talento se elevara por encima de la mediocridad?

—Yo sólo tengo una hermana mayor, pero…

—¿Ha pasado gran parte de su vida obligada a estar a la altura de una imagen que la supera?

—A decir verdad…

Bennet la interrumpió.

—¿O la ha abrumado la carga de haber sido la más afortunada de la familia? —

esbozó una mueca de desprecio—. ¡Como si la suerte tuviera algo que ver con el trabajo duro y a determinación de ser el mejor!

—No, pero…

—Entonces, ¿cómo diablos espera entender?

Hizo la pregunta con una cólera que parecía nacer de lo más profundo de su ser. Maggie casi sintió lástima de Francis, pero decidió no mencionarlo. Sería más seguro aceptar que Bennet tenía razón, que ella no podía saber lo que sentía, y distanciarse de él. Tras haber pasado un día con él, empezaba a encontrarle tan atractivo que empezaba a ser peligroso.

—No está enfadado con su hermano únicamente por lo mal que ha tratado a su esposa y a su hijo —declaró—. Usted lo ha rechazado siempre.

—Eso no debe sorprenderla —replicó Bennet con sarcasmo—; no soy la primera víctima de la rivalidad entre hermanos. Si no me cree,

lea el Antiguo Testamento. A veces me he sentido como Caín.

—Pero usted ha trabajado con su hermano durante años. ¿Cómo ha podido hacerlo si tanto le odia?

—Porque cuando no estoy ocupado odiando a Francis por los líos en los que se mete, y que invariablemente yo debo arreglar, soy tan susceptible como cualquiera a su encanto. Supongo que lo quiero, aunque por desgracia no puedo respetarlo —se encogió de hombros con amargura.

—Sé a lo que se refiere. Lo conozco.

—¿Usted? —exclamó Bennet sorprendido.

Maggie decidió que aquel no era el momento adecuado para hablar de los años vividos con Eric.

—Oh, sólo fue un momento, después de un concierto.

—Creía que no le gustaba la música clásica.

—No soy ninguna experta —admitió ella—. Me llevaron casi en contra de mi voluntad… pero me gustó aquel concierto.

—¿Quiere entonces decir que ya nos conocíamos?

—No, sólo me presentaron a su hermano.

—Y quedó deslumbrada —esbozó un gesto de desprecio.

—Me pareció… —respondió con honestidad— encantador.

Bennet esbozó una fría sonrisa.

—No me sorprende que no se haya fijado en mí —declaró él.

—¿Por qué iba a hacerlo? Usted ya era un hombre y yo era demasiado joven e inexperta para apreciarlo. ¿Pero Francis? Bennet, usted y yo sabemos que siempre será un niño.

Bennet se acercó a ella.

—¿Me creerá si le digo que nunca había conocido a una mujer como usted? —

murmuró—. Christopher ha tenido mucha suerte al haberla encontrado.

Bennet cogió con un dedo la cadena que Maggie llevaba al cuello y la atrajo hacia él como si fuera a besarla. Y por un segundo, Maggie creyó en sus palabras. En ese momento la habría convencido de cualquier cosa.

—Señor Montgomery —susurró con la intención de romper el hechizo.

—Sí, señorita Jones —se irguió y retrocedió—. ¿Volvemos a nuestro asunto?

—Sí —respondió ella con muy poco entusiasmo. Se dijo que a veces le gustaría no ser tan inflexible consigo misma y no dejar que la afectaran tanto los fracasos del pasado—. Estábamos hablando de sus derechos como tío de Christopher, y de los míos como su maestra.

—Prefiero pensar en los derechos de usted como mi empleada, y en los míos como el hombre que le paga el salario.

—Si el dinero fuese lo más importante para mí, señor Montgomery —señaló enfadada—, me ganaría la vida en algo más lucrativo que la docencia. Estoy segura de que está familiarizado con la palabra «vocación», así que no me insulte sugiriendo que vendería mi integridad profesional por dinero.

—Una actitud encomiable —replicó él—, pero ha elegido un mal momento. Si la hubiese conocido hace diez años, tal vez habría dudado, pero he aprendido demasiado para creer en lo que dice.

—Pues yo tampoco lo creo —repuso Maggie—. Hace un momento, ha estado a punto de besarme y yo de permitírselo, no por las razones por las que comúnmente suceden esas cosas, pues hace mucho tiempo aprendí a no dejarme engañar por lo superficial, sino porque me han conmovido la ternura y la dulzura que usted se esfuerza en ocultar.

—No se engañe —se burló Bennet—. Está viendo a un hombre cuyo mejor amigo es un perro, señorita Jones; ¿y sabe por qué? Porque *Beau* es el único ser que me permite ser yo mismo y me ofrece su lealtad incondicional. La «ternura y la dulzura» no son mi punto fuerte.

—¿Quiere decir que soporta a Christopher, porque no le queda más remedio, que no siente nada por él?

—Váyase a casa, señorita Jones, y ahórreme su análisis de aficionada. ¿O quiere que intente besarla para deshacerme de usted?

Maggie cogió su bolso y se puso de pie.

—No es necesario —replicó—. Pero no cambiaré de opinión acerca de Chris. No permitiré que termine convertido en un ermitaño, como usted.

—¡Oh, déjeme en paz! Y deje a Chris fuera de esto —repuso Bennet.

—¡No! Quizá ya sea demasiado tarde para usted, pero ese niño se merece ser feliz y, ahora que estoy a cargo de él, me aseguraré de que lo sea.

—No me presione demasiado —le advirtió él.

—¡Ja! —Maggie le dirigió una mirada desafiante y salió de la habitación, pero sabía que su última contestación había distado mucho de ser convincente.

Bennet también lo sabía y eso hacía que se sintiera más molesta, porque en el fondo ambos reconocían que él mandaba y que siempre tendría la última palabra.

Cuando Bennet pasó a su lado para abrirle la puerta, le rozó la cadera con un muslo.

Fue un contacto breve, pero lo bastante electrizante para recordarle que, le iba a resultar imposible ignorar a aquel hombre.

—Buenas noches, señor Montgomery.

—Buenas noches, Maggie. Ande con cuidado, no vaya a resbalar.

Maggie comprendió inmediatamente el doble significado de aquel comentario.

Eric había perfeccionado el arte de las indirectas. La única vez que había expresado sus sentimientos de una manera inequívoca y clara, había sido el día que Maggie había presentado la demanda de divorcio.

—Puedes acusarme de malos tratos psíquicos —le había dicho— pequeña arpía, y yo le daré un nuevo significado a ese término. Nadie va a arrastrar mi nombre por el fango, y mucho menos una insignificante maestra que ni siquiera conocía la diferencia entre una bebida gaseosa y el champán cuando se casó conmigo.

Era absurdo que temiera más a Bennet que lo que temía a Eric en aquel entonces. Y también era ridículo que considerara más peligroso al primero. Sin embargo, nunca se había sentido tan amenazada por un hombre.

En poco más de veinticuatro horas, Bennet le había proporcionado momentos de tensión salpicados de pequeñas gemas de ternura y matices de pasión. Y al hacerlo la había obligado a darse cuenta de las cosas que faltaban en su vida.

Sabía que lo más prudente sería rechazar aquel trabajo y mantenerse alejada de aquel hombre, pero no lo haría… a pesar de que el sentido común del que se había jactado el día anterior le advertía que, estaba siendo irresistiblemente atraída hacia una llama que podría consumirla.

Capítulo 5

Las semanas siguientes fueron, en cierta forma, las más satisfactorias en la vida profesional de Maggie. En cuanto venció la timidez inicial, Chris empezó a progresar, y aunque por su puesto no había superado todos sus problemas, su adelanto era evidente, incluso para el observador más inexperto.

—¡Es sorprendente! —le confió la señora Marshall en una ocasión —. ¡Ahora ya casi habla bien!

Si Bennet lo hubiera oído, posiblemente le habría molestado aquel comentario, pero Maggie lo había aceptado con el espíritu con el que se lo habían hecho… como un cumplido. El niño que no podía decir «perro» a principios del mes de julio, a finales del mismo pedía «jugar con *Beau*».

Por desgracia, la vida sentimental de Maggie era menos que satisfactoria y el culpable de ello era Bennet. Su actitud la confundía; era como si estuviese en guerra consigo mismo y la culpara a ella por perturbar su paz… sin embargo, había momentos en los que parecía disfrutar de su compañía. Maggie sabía que sería inútil enfrentarse a él y hablarle de su actitud contradictoria.

Lo que más la inquietaba era la costumbre que había adquirido de observarla mientras trabajaba con Chris, aunque rara vez se unía a sus juegos. A menudo, la única señal que indicaba a Maggie que Bennet andaba cerca era la actitud alerta de *Beau*, y cuando Maggie se daba media vuelta, lo descubría de pie ante una ventana abierta, o bajo la sombra de un árbol. Cuando Bennet se daba cuenta de que lo que había visto, desaparecía a toda prisa, como si lo hubieran sorprendido espiando.

Maggie casi había llegado a convencerse de que la vigilaba porque no confiaba en ella, pero a veces sorprendía en sus ojos una expresión de interés y deseo que nada tenía que ver con Christopher.

Un día, poco después de que Maggie terminara de trabajar empezó a llover, no mucho, sólo lo suficiente para asentar el polvo del verano y llenar el aire con el aroma de las flores. Era una tarde maravillosa, un paréntesis de frescura en el calor casi desértico del verano y a Maggie no le importaba en absoluto tener que volver andando a su casa. De hecho, ansiaba sentir la lluvia sobre la cara y el cabello. Pero Bennet la alcanzó justo cuando se disponía a salir.

—Espere hasta que deje de llover —le pidió, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

—No durará mucho, sólo es una llovizna —replicó ella, el contacto de Bennet había hecho que se le acelerara notablemente el pulso.

—No creo que tenga tanta prisa como para no poder esperar a que

deje de llover —opinó él y la llevó hacia la sala de música—. ¿Le apetece tomar una limonada?

Maggie lo siguió, a pesar de que un sexto sentido le decía que era mucho más prudente enfrentarse a la lluvia.

—De acuerdo —convino, pensando que una bebida fría la ayudaría a tranquilizarse, pero Bennet parecía haberse olvidado de su ofrecimiento.

—¿Qué hace cuando termina de trabajar, Maggie?

—Irme a casa —respondió, preguntándose a dónde podía llevarles aquella conversación, muy pronto lo averiguó.

—¿Y se queda allí toda la noche, sola? —insistió él.

—Por supuesto, usted sabe que vivo sola.

—Bueno, podría tener un… amigo.

—¿Se refiere a un hombre, señor Montgomery? —estuvo a punto de echarse a reír al comprender el verdadero motivo de la curiosidad de Bennet.

—No entiendo porqué le parece una pregunta tan graciosa —repuso él, desconcertado—. ¿Qué pasa, es que no le gustan los hombres?

—Sí —contestó Maggie sin dejar de sonreír—. Me gustan los hombres… por lo menos, la mayoría.

—¿Yo le gusto? —le preguntó en voz baja y con una mirada incuestionable.

—Sí —respondió Maggie—, me gusta mucho, me temo que más de lo que desearía.

Entonces Bennet alzó una mano y le acarició la mejilla, con tanta ternura que a Maggie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No tenga miedo, Maggie.

En ese momento se filtró por la ventana un rayo de sol y Bennet como si hubiera estado a punto de cometer un error fatal, se apartó rápidamente de la maestra.

—Ya ha dejado de llover —dijo con inconfundible alivio—. Si quiere, ya puede irse a casa.

¿Qué se suponía que debía decir ella, que prefería quedarse? ¿Qué quería que la estrechara entre sus brazos y la besara? Había un límite para la sinceridad, incluso consigo misma.

—Sí, es verdad —respondió.

Desahogó su cólera en el camino de vuelta a casa, no lograba comprender a aquel hombre. Cuando estaba cerca de Bennet se sentía insegura y eso no le gustaba.

Aunque sabía que él era diferente, no podía dejar de compararlo con Eric. Bennet no era cruel, vengativo o injusto como Eric, pero su

renuencia a enfrentarse a sus sentimientos la hacía sentirse como una víctima en su relación y era un papel que no quería volver a interpretar.

Aunque intentaba disimularlo, no podía dejar de sentir cierto resentimiento hacia Bennet, y las cosas empeoraron el día que éste recibió una invitación del director de la escuela. Todos los años, John Keyes, organizaba una comida a la cual invitaba a todos los miembros de su personal que se encontraran en la ciudad, además de los padres de familia y otros habitantes de la población. Normalmente se reunían entre ochenta y cien personas.

John era un hombre joven y su padre era dueño de un enorme rancho ganadero situado a las afueras de Sagepointe. La comida era, posiblemente, el acontecimiento más importante del verano, y John Keyes padre contribuía con una cantidad de carne que ponía a prueba incluso a los vegetarianos más convencidos. Un agricultor enviaba patatas y maíz, y Edith Caverley, cuyas habilidades culinarias eran superiores a sus dotes de cotilla, se encargaba de los postres. Los demás llevaban el resto: ensaladas, crema y quesos frescos, melocotones bañados en *brandy* y fresas.

Solía ser un día muy agradable. Howard Stills, el jefe de la oficina de correos, tocaba el bajo y su amigo Walt Murphy la armónica. Maggie se lo había pasado maravillosamente bien el año anterior y esperaba divertirse también aquella vez. Lo que no esperaba era que Bennet la abordara en el jardín, días antes de la fiesta, y la acusara de querer comprometerlo a participar en ella.

—Usted sabe lo que pienso de esas cosas —la riñó cuando Chris entró en la casa con la señora Marshall.

—No me grite —estalló Maggie—, yo no he sugerido que lo invitaran. Si quiere saber la verdad, habría preferido que no lo hicieran. Estoy segura de que me lo pasaría mucho mejor.

A Bennet no pareció gustarle su respuesta.

—¿Qué le he hecho para merecer ese comentario?

Maggie puso los ojos en blanco. Podía contar con los dedos de una mano los momentos que habían pasado a solas desde el día que se habían conocido. Sin embargo, siempre estaba allí, haciéndola sentir su presencia. Cuando no le veía, lo oía ensayando nuevos arreglos para su próxima gira de conciertos que, según la señora Marshall, estaba programada para el otoño.

—Escuche —contestó Maggie muy seria—, John es el que decide a quién quiere invitar a su fiesta y es demasiado amable para no incluirlo a usted; pero no está obligado a aceptar y no tiene derecho a gritarme. Habría bastado con un simple «No, gracias», cuando él lo ha

llamado por teléfono.

—Eso habría sido una descortesía —murmuró Bennet un tanto avergonzado—.

Pero de cualquier forma, me niego a llevar a Christopher.

—Es una lástima, creo que se divertiría mucho —comentó Maggie.

—¿Y si no fuera así? ¿Qué podría ocurrir?

—Eso es algo que usted podrá averiguar cuando vaya al jardín de infancia dentro de un mes —lo miró de soslayo, sabiendo que estaba abordando un tema espinoso—. Bennet, sabe que no puede mantenerlo eternamente aislado y esta puede ser la oportunidad perfecta para que Chris amplíe sus horizontes antes de ir a la escuela.

Bennet suspiró irritado.

—Sé que usted es la maestra y que se supone que lo sabe todo, ¿pero siempre debe tener la razón?

Desde hacía varios días, les ocurría lo mismo cada vez que hablaban, a pesar de que limitaban sus conversaciones a Chris o algún tema trivial, ninguno de los dos podía soportar que el otro tuviera la última palabra. De no haber sido porque sus miradas le decían lo contrario, Maggie habría pensado que Bennet no la soportara.

—No siempre tengo la razón —admitió—, pero en este caso…

Antes de llevarse a Chris, la señora Marshall había llevado una bandeja con una jarra de café y dos tazas.

—En este caso no está equivocada —la interrumpió Bennet con ironía—. ¿Hay café suficiente para mí?

—Por supuesto. Por eso hay dos tazas.

—Bien, póngale un poco de azúcar al suyo —le aconsejó él—. Tal vez eso le endulce el carácter.

Maggie se ruborizó, sabía que se merecía la crítica; no era la primera vez que le respondía bruscamente, pero no podía evitarlo. Era su única forma de defenderse pues la atracción que sentía hacia él no había disminuido. La envolvía aunque Bennet no se encontrara en la misma habitación que ella, y lo que empeoraba las cosas era que estaba convencida de que no era algo que dependiera sólo de sus hormonas. Por supuesto, Bennet le parecía muy guapo, incluso más que antes, y no sabía si se debía al ritmo de vida del campo, pero el caso era que tenía la sensación de que se habían suavizado sus facciones. Sin embargo, no era su atractivo físico lo más importante.

Poco a poco, había ido descubriendo nuevas facetas de la personalidad de Bennet que empezaban a interesarla de una forma alarmante.

Sabía que era un hombre complicado: a menudo en desacuerdo consigo mismo.

La actitud que mostraba ante el mundo exterior: impaciente, arrogante y reservado, era sólo una fachada que ocultaba un lado más sensible del que parecía avergonzarse. No obstante, era evidente por su forma de tratar a la señora Marshall, y a Chris.

Estando a su lado, Maggie había aprendido algo acerca de sí misma que había preferido ignorar. Cuando se había divorciado de Eric, había decidido que era preferible estar sola que verse atrapada en un matrimonio desgraciado y que se necesitaría mucho tiempo y un hombre muy especial para persuadirla de que renunciara a su independencia por segunda vez. No obstante, a medida que pasaban las semanas, la paz y la tranquilidad que había conquistado al alejarse de Eric, le parecían insuficientes. En su vida faltaba algo vital, tenía una necesidad que las amistades no podían satisfacer. Y le molestaba saber que el culpable de aquella inquietud era Bennet Montgomery.

Acababa de servir el café cuando un pensamiento cruzó por su mente; ¿sería posible que sintiera por él algo más que una simple atracción? ¿Qué a pesar de que se creía inmune a sus efectos, el amor había vuelto a atraparla? ¡Oh, Dios, esperaba que no fuera así! Bennet no era un hombre fácil de amar, incluso aunque ella estuviera dispuesta a volver a arriesgar su corazón. Sin embargo, eso podría explicar por qué a veces soñaba con él y luego permanecía despierta imaginando mil escenas improbables. Fijó la vista en la taza de café, temiendo haber diagnosticado un mal incipiente, y sin saber cómo curarlo.

Bennet carraspeó y Maggie, al levantar la mirada, se dio cuenta de que la estaba mirando con recelo.

—Supongo que no me hará daño asistir a la comida —murmuró al fin—, y creo que usted tiene razón. Tal vez sea una buena idea llevar a Chris.

—Es posible que hasta se divierta —comentó ella.

—No lo sé, Maggie. Las comidas campestres no tienen mucho que ver conmigo.

Maggie recordó la recepción en la que le había conocido y se dijo que tenía razón. En la reunión del sábado no servirían caviar importado ni esturión ahumado ni champán, pero sí habría cordialidad, risas y sinceridad y ella las prefería a todos aquellos lujos.

—Nunca lo sabrá, a menos que lo intente.

En ese momento llegó Christopher y dieron por terminada la conversación.

El sábado por la mañana, cuando empezaron a preparar la comida, apenas se había disipado la niebla del lago. A mediodía ya habían instalado en la arena un asador; había cuatro largas mesas bajo la

sombra de los árboles y el viejo caldero de cobre de la señora Murphy estaba lleno de hielo para conservar frías las cervezas. A las dos de la tarde comenzaron a asar la carne.

A las cinco de la tarde Bennet y Chris todavía no habían llegado y Maggie dejó de esperarlos; trató de ignorar su decepción y jugó un agotador partido de voleibol.

Su equipo iba ganando y estaba a punto de obtener la victoria cuando, al tirarse al coger una pelota, experimentó una extraña sensación de calor que no se debía al sol.

Alzó la vista y descubrió a Bennet, apartado de los demás espectadores.

Apenas lo reconoció, pues había prescindido de su ropa formal y se había puesto unos pantalones cortos. No desvió la mirada al notar que ella lo había visto.

—¡Maggie… cuidado! —el decepcionado coro de los miembros de su equipo la hizo volver a la realidad, pero ya era demasiado tarde. El otro equipo ganó el partido y ella se quedó sacudiéndose la arena de las rodillas y sufriendo las recriminaciones de sus compañeros.

—Usted ha sido el culpable —lo miró con los ojos entrecerrados a Bennet cuando todos se alejaron.

—No sé por qué. Acabo de llegar y sólo trataba de absorber un poco de la cultura local —sonrió—. Aunque por lo visto usted ha adquirido el hábito de arrojarse a mis pies.

—¡No sea vanidoso! —replicó—. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—¿Por qué entonces se ha quedado mirándome y se ha olvidado del partido?

—Porque me ha sorprendido su aspecto —respondió ella.

—¿Debo sentirme halagado? —preguntó él arqueando las cejas.

—Debería ofrecerme un refresco, en vez de obligarme a decir cosas de las que me arrepentiré mañana. Y sí, debería sentirse halagado. Su aspecto es muy agradable

—increíblemente atractivo, pensó Maggie.

—Usted también está muy atractiva. Maggie.

Sabía que estaba hecha un desastre, despeinada y sudorosa, pero Bennet la miró de tal forma que se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Tengo que ir a cambiarme. Odio sentir la ropa mojada.

Bennet la impidió huir agarrándola por los hombros con suavidad.

—Me gustaría que no lo hiciera.

—Bennet —dijo Maggie nerviosa al ver que se acercaba a ellos Edith Caverley

—, déjeme marcharme, no quiero que todo el mundo empiece a hablar de nosotros.

¡Se acerca mi vecina y si nos encuentra así, la próxima noticia será que estamos prácticamente comprometidos!

Maggie comprendió nada más hablar, que, por el tono en el que había pronunciado aquellas palabras, éstas parecían haber adquirido un especial significado. Cualquiera que fuese la razón, de pronto surgió entre ambos otro de esos momentos de intimidad plena de tensión.

—No me refiero a que yo piense que… quiero decir, sé que usted no… —

balbuceó la maestra.

—Deje de darme explicaciones y vaya a cambiarse, Maggie —la interrumpió él con suavidad—. Sé comportarme en sociedad y podré hablar con su vecina sin insultarla ni dejar que me saque de mis casillas —aflojó la presión de sus dedos y la soltó—. Pero dese prisa.

Fueron unas palabras sin importancia, pero la pasión que había en sus ojos habría bastado para avivar el fuego de las murmuraciones durante un mes si Edith hubiera estado suficientemente cerca. Las cosas empezaban a salirse de control, pensó Maggie, inquieta. Cuando estaba con Bennet parecía incapaz de reaccionar con cordura. ¿Dónde estaban esas réplicas mordaces, cuando más las necesitaba?

—Creía que había decidido traer a Chris —consiguió decir con un hilo de voz.

—Así es, pero no se encuentra bien. Tiene un ligero malestar de estómago y un poco de fiebre. Nada serio, espero.

—No parece muy preocupado.

—No lo estoy —se acercó más a ella—. La señora Marshall está con él y no voy a desperdiciar una oportunidad como esta pensando en enfermedades infantiles.

—¿Una oportunidad como esta…? —repitió Maggie aturdida.

Bennet había entrelazado los dedos con los suyos y tenía la mirada fija en su rostro.

—Cene conmigo, Maggie —la invitó en voz baja—. Nos sentaremos debajo de un árbol y contemplaremos juntos la puesta de sol. Por una vez actuaremos como personas normales que no han olvidado la forma de disfrutar de la vida y gozaremos de nuestra mutua compañía.

Hacía una semana, Maggie habría dado su brazo derecho porque Bennet hubiera vuelto a ser el hombre honesto y sincero que debía haber sido antes de que la vida le hubiera forzado a ponerse su habitual máscara de distanciamiento y cinismo.

Pero eso había sido antes de enfrentarse a la posibilidad de enamorarse de él. Así que en vez de reaccionar como la mujer adulta y madura que creía ser, lo hizo como una adolescente.

—Antes debo ir a cambiarme —respondió intentando disimular su zozobra.

—De acuerdo.

Bennet se volvió y al ver a Edith adoptó inmediatamente una actitud a la vez arrogante y encantadora que Maggie comprendió era una fachada para disimular la timidez.

—¿Cómo está usted? Tal vez ya sepa quién soy yo, pero permítame presentarme. Soy Bennet Montgomery.

Hacía poco más de seis semanas que lo conocía, recordó Maggie mientras se cambiaba de ropa en la tienda de campaña, era imposible enamorarse de un hombre en tan poco tiempo. Era cierto que Bennet le agradaba, pero no podía haber nada más profundo. Era posible que una colegiala o una adolescente pudieran enamorarse en un período tan corto, ¿pero una mujer de su edad y con su experiencia? ¡Eso era absurdo!

Capítulo 6

—Maggie es una joven encantadora —observó Edith Caverley.

—Estoy de acuerdo —respondió Bennet.

—Es muy buena maestra.

—Mmm —masculló evasivo. En realidad, esa había sido la única razón por la que había permitido que Maggie se inmiscuyera en su vida. Pero pronto vio que Edith Caverley no se desanimaba fácilmente.

—En ella hay algo más de lo que se ve a simple vista; podríamos decir que posee cualidades ocultas.

Aquel era el problema de las mujeres: siempre salía algo a la superficie cuando ya era demasiado tarde para retirarse de la línea de fuego.

—¿Es usted casado, señor Montgomery?

—No.

—Maggie tampoco.

—¿De verdad? —un hombre sensato se preguntaría por qué no. Tenía la edad adecuada, era una mujer brillante, atractiva, interesante. Deseable—. A lo mejor está completamente entregada a su trabajo —respondió Bennet.

—¿Y se contenta con vivir en Sagepointe? —rió Edith—. No lo creo.

Bennet estaba de acuerdo. Sagepointe no era un lugar adecuado para Maggie.

Se habría dejado engañar si no hubiera visto el interior de su casa; todas esas obras de arte, esos muebles bellos y valiosos, revelaban algo más que una relación pasajera con el dinero y la cultura. Maggie le había contado que había asistido a uno de sus conciertos y que había conocido a Francis durante la recepción, y Bennet sabía que aquellas invitaciones no se repartían de manera indiscriminada. Los mecenas eran muy solicitados, tanto por la generosidad de su apoyo financiero como por su aprecio por la buena música. Sin embargo, Maggie llevaba una vida sencilla; vestía elegantemente, pero sin grandes lujos, y en cuanto a las joyas, no la había visto usar nada, excepto una sencilla cadena de oro y un reloj.

—Tal vez no es lo que parece ser —comentó, expresando una esperanza secreta.

—¿Qué quiere decir con eso, Montgomery? —preguntó Edith.

No tenía respuesta para aquella pregunta. Pero si Maggie salía de esa maldita tienda de campaña y lo rescataba de aquella mujer de mirada inquisitiva, intentaría averiguarlo. Necesitaba razones para no continuar obsesionado con ella, para no permanecer despierto hasta la madrugada, imaginándose…

A los treinta y ocho años, debería saber que no debía confundir la realidad con unas fantasías que posiblemente no sobrevivieran bajo la fría luz del día. Las mujeres se dejaban impresionar por el dinero y la fama; si un hombre las cubría de pieles y joyas y aparecía en la primera página de las revistas del corazón, lo miraban con adoración, escuchaban sus palabras como si fueran de inspiración divina. Lo halagaban, lo admiraban, incluso fingían amarlo, pero cuando las cosas se ponían difíciles se iban en busca de pastos más verdes. Pero Maggie no era así.

—¿Decía algo, señor Montgomery?

Temiendo que Edith pudiera adivinar sus pensamientos, Bennet cambió su expresión y sonrió con amabilidad.

—Nada. Qué día tan agradable, ¿no le parece, señora Caverley?

—Hasta ahora —respondió obviamente decepcionada—. Pero se acerca una tormenta.

Tenía razón. Las nubes se acumulaban en el horizonte con un aspecto amenazador. Si no llovía, la puesta de sol iba a ser espectacular.

—Supongo que a los agricultores no les importará —observó Bennet—. Esta región es muy árida.

—Eso lo dice porque todavía no ha conocido nuestros inviernos. Son largos y muy fríos —la señora Caverley se animó al ver que se abría una nueva posibilidad de enterarse de algo más—. ¿Dónde vivía antes de venir aquí, señor Montgomery?

—Aquí y allá —replicó él, mirando hacia la tienda de campaña—. Suelo viajar mucho.

—¿Con su hijo?

Bennet suspiró intentando disimular la exasperación. Empezaba a agotarse su inventiva y sus razones para mantenerse lejos de los habitantes de Sagepointe le parecieron más válidas. Se imaginaba cuánto disfrutaría Edith Caverley si se enteraba de que Chris no era su hijo y de que su padre lo había abandonado. No obstante, cada vez era más obvio que, tarde o temprano, aquellos detalles serían de dominio público. Bennet dio un puntapié en la arena y frunció el ceño. Había sido un estúpido al pensar que encontraría el anonimato en una ciudad pequeña y todavía más al pensar que podría tener una aventura con una de sus residentes, sin saber nada de ella. Deseó encontrarse a miles de kilómetros de allí, lejos de la seductora mujer de ojos azules y pelo rubio que quería hacerle creer de nuevo en la honestidad y la verdad.

¿Qué le había comentado Edith para provocar su malhumor?, se preguntó Maggie. Bennet estaba preocupado y molesto, como si lo

abrumara un problema de proporciones monumentales. Excepto para responder cuando le preguntaron cómo quería la carne, no dijo una sola palabra hasta que se alejaron de la fila de quienes esperaban que les sirvieran la comida. Llevando su plato y el de Maggie, se abrió paso entre la multitud y Maggie lo siguió con dos vasos de plástico y una botella de vino de Borgoña que Bennet había cogido delante de las narices de la abstemia señora Murphy.

—Por aquí —murmuró, señalando un lugar alejado en la playa.

A Maggie le sorprendió, pues pensaba que ya no quería cenar a solas con ella.

Algo había ocurrido mientras ella se estaba cambiando en la tienda de campaña.

—¿Edith lo ha sometido a un interrogatorio? —le preguntó cuando se sentaron con la espalda apoyada contra un tronco y los platos sobre el regazo.

—Lo ha intentado —contestó de mal humor—. Pero no ha llegado muy lejos.

—Es inofensiva.

—Igual que los mosquitos —le dio un manotazo a uno que trató de picarlo en el muslo—. Pero no hay forma de librarse de ellos —clavó el tenedor en un trozo de carne—. No entiendo cómo puede gustarle a alguien vivir aquí.

Era un comentario extraño, procediendo de una persona que supuestamente había decidido vivir en Sagepointe por su propia voluntad. Maggie lo miró de soslayo.

—Usted ha decidido vivir en este lugar.

—Porque trato de ocultarme —replicó él sin el menor titubeo y la miró detenidamente antes de preguntarle—. ¿Y usted por qué vive aquí?

—Yo… —se interrumpió un momento—. Me gusta Sagepointe. ¿Qué ha querido decir con eso de «ocultarse»?

—Pensé que había llegado el momento de perderme de vista. ¿Por qué le gusta este lugar? —preguntó con irritación, como si tuviera ganas de discutir y la hubiera elegido como su desafortunada adversaria.

—Porque es real —respondió.

—¿Real? —se burló él—. ¿Qué significa eso?

—Que las personas son lo que parecen. Se preocupan por los demás, se aceptan por lo que son y no les importa que nadie sea perfecto. Edith es tan cotilla que puede sacar a cualquiera de sus casillas, pero si por ejemplo se rompiera una pierna, todos los vecinos estarían dispuestos a ayudarla.

—Muy conmovedor, no lo dudo, ¿pero no irá a decirme que usted ha decidido vivir aquí por si acaso se rompe una pierna?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Maggie, tratando de no perder la paciencia

—. Lo que quiero decir es que en el fondo a nadie le importa que Edith sea una cotilla, porque no lo hace con malicia y además, nadie tiene nada que ocultar.

—Cualquiera que tenga la edad suficiente para tener un pasado, tiene algún secreto, señorita Jones. Yo tengo mis secretos y la desafío a mirarme a los ojos y a asegurarme que usted no los tiene.

—Bueno, yo…

—Por ejemplo, ¿por qué ha decidido convertirse en una maestra solterona, y educar a los hijos de los demás, cuando casi todas las mujeres de su edad están cuidando a sus propios hijos?

—Porque…

—¿Y por qué finge que la compañía de estas personas le resulta agradable? —

apuntó con el cuchillo hacia un grupo de gente que estaba reunido alrededor de Howard Stills y Walt Murphy—. Aquí no hay un solo hombre menor de cincuenta años con el que se pueda hablar de algo más interesante que el último precio del forraje para el ganado.

—Aquí no hay un solo hombre al que yo… —se interrumpió, había estado a punto de responder algo que no quería decir: «al que yo pueda temer».

—¿Qué iba a decir, Maggie? —insistió él.

—Nada importante.

—Odio esa clase de respuestas —masculló él.

—¿Sabe una cosa? —estalló Maggie dejando el tenedor en el plato —. No me estoy divirtiendo en absoluto y por lo visto usted tampoco. ¿Por qué no se queda sentado aquí, disfrutando de su sofisticada soledad? —recogió su plato y su vaso y se dispuso a ponerse de pie—. Personalmente, prefiero disfrutar de esta puesta de sol con personas normales y corrientes.

Bennet estiró la mano y la retuvo a su lado.

—¿Quiere decir que va a desperdiciar su sarcástico ingenio con esos estúpidos con los que ha estado jugando al voleibol?

—¿Estúpidos? —repitió ella. Bennet la apretaba con fuerza y Maggie no quiso rebajarse tratando de soltarse—. Comparados con usted y sus tácticas, señor Montgomery, se comportan como perfectos caballeros. Suélteme, inmediatamente.

Bennet, avergonzado de su ridícula actitud, la soltó.

—¡Santo Dios, creo que estoy celoso! —murmuró mirándola

preocupado.

Era lo último que Maggie esperaba oír. La sinceridad de Bennet la desarmó.

—No puedo imaginarme por qué —respondió—. Sólo son unos muchachos.

—Y usted es una mujer.

Y una mujer que no se parecía nada a las que hasta entonces había conocido. Al principio, cuando la veía al lado de Chris, se decía que la había contratado únicamente por el bien del niño, pero después de las horas que había pasado observándola desde lejos, horas que debía haber pasado ensayando para su próxima sesión de grabación, sabía que eso sólo era cierto en parte. Maggie poseía una capacidad maravillosa para disfrutar de los placeres más sencillos, pero eso no era una razón para que él se comportara como un adolescente enamorado. Su ataque de celos lo había sorprendido, pero era suficientemente sincero para reconocer que se estaba fraguando desde que la había visto retozar en la arena con todos esos desconocidos. ¡Estaba siendo más ridículo que cualquier adolescente!

A lo lejos se oía la melodía de una armónica y un banjo y un coro de voces.

Bennet suspiró, tratando de comprender lo incomprensible.

—¿De verdad disfruta de todo esto? —preguntó con incredulidad.

—Sí —respondió ella sin reservas—. Es todo lo que necesito. Aquí soy completamente feliz.

—¿A pesar de que está sola?

—¿Se refiere a que no tengo ningún compromiso? —se sentía obligada a ser sincera, aunque eso significara abrir viejas heridas—. Ya he estado casada.

De manera que esos eran los recuerdos que a veces ensombrecían su mirada. De pronto Bennet perdió el apetito y apartó su plato. Fuese lo que fuese lo que esperaba descubrir, no era eso.

—¿Así que ha estado casada? —los celos apenas le permitieron articular la palabra.

—Hace casi tres años que me divorcié. Estuve casada más o menos el mismo tiempo.

El tiempo suficiente para haberlo olvidado, quienquiera que fuese él.

—¿Todavía lo ama?

Maggie vaciló. ¿Amar a Eric? Era una sugerencia absurda, sin embargo, cuando era joven e ingenua, había creído amarlo. ¿Cuánto tiempo había sido necesario para que esa adoración se convirtiera en temor? ¿Un año? ¿Dos?

—No —respondió después de un breve titubeo.

—No parece muy segura.

—Oh, estoy segura —murmuró ella con extraña amargura.

—Debió de ser una relación muy tormentosa para que, después de tantos años, su recuerdo todavía la perturbe —comentó él a ver su expresión de dolor.

—Fue un auténtico infierno —respondió ella con un hilo de voz—. No sabía lo que era la maldad hasta que me casé con Eric.

Bennet le cogió la mano y se la estrechó.

—¿Decidió venir a vivir aquí después del divorcio?

—Sí —agachó la cabeza—. Aquí he conseguido superar y olvidarme de aquella época. Supongo que podría decir que volví a encontrarme —el cabello ocultaba su perfil.

No había querido molestarla con sus preguntas.

Sólo quería dos cosas: demostrar que detrás del atractivo de Maggie no había nada especial y convencerse de que ella no era lo que él quería. Pero había calculado mal.

—Entonces no mire atrás —le pidió—. O si lo hace, siéntase agradecida porque nuestro pasado y nuestros sufrimientos individuales nos han convertido en lo que somos hoy, y nos han reunido en este momento y en este lugar. Eso es lo único importante, Maggie.

Maggie comprendía perfectamente el significado de aquella frase, pero tenía que arriesgarse a mirarlo para confirmar la ternura, la promesa de pasión que había percibido en su voz. Debía hacerlo, aunque sabía que en sus ojos se reflejarían sus sentimientos.

—¿Maggie…? —Bennet pronunció su nombre como una invitación y una protesta, como si cientos de dudas muy arraigadas lucharan por defender una fortaleza que nunca había esperado ver sitiada.

Un trueno retumbó a lo lejos. Maggie hizo a un lado las inhibiciones y se inclinó hacia Bennet. Quería aspirar su aroma, saborearlo, tocarlo, besarlo y deseaba que él correspondiera a sus besos. La intensidad de su deseo la desconcertaba.

Empezaron a caer gotas de lluvia. Era como si la naturaleza hubiera decidido salvar su virtud, o su cordura, pensó Maggie y abrió los ojos. La tormenta estalló y el viento azotó la arena mientras los rayos iluminaban el firmamento.

—¡Santo Dios! —gritó Bennet—. ¿Qué es todo esto?

—Creo que ha sido mi ángel de la guarda —respondió Maggie con ironía.

Bennet la ayudó a ponerse de pie con una mano y con la otra recogió su bolsa de playa. Todo el mundo estaba recogiendo

rápidamente sus cosas.

—No nos necesitan —dijo Bennet y, sin soltarla de la mano, corrió hacia la carretera—. ¿Ha traído su coche?

—No —respondió Maggie.

—Yo tampoco, así que tendremos que correr.

A pesar de que la casa de Maggie no estaba muy lejos, llegaron empapados.

—Creo que ha llegado el momento de decir buenas noches para que pueda entrar a cambiarse —dijo Bennet con voz ronca.

—Sí —musitó Maggie.

Pero Bennet, en vez de soltarle la mano, le cogió la otra.

—Tiene el pelo empapado. Séqueselo bien, no quiero que coja un resfriado.

Maggie se dijo que con el extraño calor que estaba sintiendo en ese momento, era imposible.

—Buenas noches —se despidió Bennet.

Deslizó las manos a lo largo de los brazos de Maggie hasta llegar a sus hombros. En la penumbra, Maggie no podía distinguir su rostro.

«Vete y déjame vivir mi vida en paz», clamó una voz en el interior de Maggie,

«o quédate y cámbiala para siempre». Como si hubiera leído sus pensamientos, Bennet salvó la distancia que los separaba y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Maggie echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Un rayo atravesó el denso follaje de un arce e iluminó brevemente su rostro, convirtiendo sus ojos y su boca en preciosas joyas. Bennet comprendió en ese momento que no podía irse de allí sin besarla.

En cuanto Bennet posó sus labios en la boca de Maggie, ésta entreabrió los labios. Y aquel beso despertó en ella una pasión que ella ni siquiera se había atrevido a imaginar en sus más absurdos sueños.

Bennet sabía que debía detenerse… que estaba corriendo un grave peligro. Pero Maggie parecía cobrar vida bajo su contacto y el fuego los unía en un abrazo inseparable. Casi sin darse cuenta, entraron en la casa y se olvidaron del resto del mundo.

El dormitorio estaba iluminado por la pálida luz del crepúsculo. Maggie se sentía arrastrada por la pasión y Bennet tampoco fue capaz de dominarlo. Secó con la lengua una gota de agua que descansaba en el hombro de Maggie y le rodeó la cintura con las manos, sabiendo que una vez conquistado aquel istmo, los senos y las caderas serían suyos. Ansiaba acariciar cada centímetro de la piel de Maggie, pero sabía que no debía precipitarse.

Pero no contaba con que el deseo había convertido las manos de

Maggie en instrumentos de tortura tan exquisitos que ningún hombre podría resistirse a ellos.

Bennet no pretendía comprender los sentimientos que acechaban en los rincones más remotos de su corazón. Los sentimientos que aquella mujer despertaba en él, lo que pensaba de Maggie no tenía sentido. Era una desconocida, un enigma, y sin embargo, en ese momento no había nada más importante para él.

Deslizó las manos por la sedosa piel de Maggie; olía a flores y a sol, a lluvia y a viento. La miró a la cara y, más que oírla, la vio murmurar su nombre. Entonces cobró vida una violenta fuerza en su interior. Maggie se movió, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia ella. Bennet no pudo resistir aquella invitación.

Maggie era una mujer divorciada que había respetado sus promesas matrimoniales y sabía que el deber a veces no era agradable. Se había convertido en una experta en controlar su mente, en soportar con serenidad todo lo que un esposo tenía derecho a exigir, sin permitirse expresar sus derechos. No obstante, en aquella ocasión se olvidó de todo. Bennet había arrancado todos los celos tras los que se escondía y ya no tenía ningún sentido fingir.

De pronto sintió que se precipitaba hacia un nuevo horizonte. Aterrorizada, trató de vencer la corriente, pero su cuerpo la traicionó, arrojándola a aquel nuevo mundo de sensaciones. Durante unos segundos de agonía luchó contra la corriente, pero pronto se dio cuenta de que había fracasado.

Vencidas sus reservas, se encontró al lado de Bennet, sabiendo que sus corazones latían al unísono. Bennet la estrechó en sus brazos e hicieron el amor como Maggie nunca lo había hecho. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y Bennet las borró con besos.

Bennet la abrazaba como si temiera que pudiera romperse; Maggie se sentía completa, frágil, amada. Se sentía como una virgen a la que un hombre no le había entregado nada acabara de ofrecerle el don inapreciable del descubrimiento de sí misma. Miró a Bennet con un inmenso amor.

—No —le pidió él—. Es demasiado pronto y… —suspiró y se apartó dé ella—, demasiado bueno para ser verdad. No quiero echar a perder este momento con promesas o declaraciones que posiblemente ninguno de los dos podamos cumplir mañana.

Capítulo 7

Cuando Wendy Carlson-Lewis la llamó por teléfono al día siguiente, para invitarla a comer en Vancouver, el sonido de su voz despertó en Maggie recuerdos placenteros y dolorosos.

Posiblemente seguiría casada con Eric si Wendy, su madre, no hubiera llegado a su casa un día que Maggie se encontraba atrapada entre la puerta del garaje y los perros que estaban siendo azuzados por Eric.

—Tienes que alejarte cuanto antes de él —le había aconsejado Wendy—. Por favor, querida, no acabes como yo, sintiéndote demasiado débil para enfrentarme a una ruptura.

Maggie se había quedado desconcertada. Siempre había tenido la impresión de que Wendy aceptaba con sumisión su papel de esposa de Eric Carlson-Lewis padre.

—Tú y yo somos inversiones para ellos —había continuado Wendy —, y al igual que con todo lo que poseen, nuestros esposos esperan ganar con su inversión.

—Si piensas eso, Wendy, ¿por qué no te has ido de aquí? —le había preguntado Maggie.

—Porque yo he cumplido con mi deber. Le he dado cuatro hijos a mi esposo; eso era lo único que quería de mí, y ya es demasiado tarde. A ti te ocurrirá lo mismo si no te separas pronto de él.

Pero Maggie sabía que no sería igual, porque ella no había podido darle un heredero a su esposo. A pesar de sus esfuerzos no había conseguido quedarse embarazada y cada mes que pasaba sin el esperado anuncio, Eric era más cruel con ella. El amor y el apoyo de Wendy se habían convertido en un salvavidas. La amistad que había comenzado aquel terrible día, había sobrevivido al divorcio y a su desagradable publicidad, pero era una relación secreta. Ni Eric ni su padre la habrían tolerado.

Eso significaba que las dos mujeres sólo podían reunirse muy de vez en cuando.

Maggie le dio gracias al destino por haber llevado a Wendy a la ciudad en ese momento. Había permanecido despierta toda la noche, pensando en Bennet, entre maravillada y desesperada por lo que había ocurrido entre ellos. Albergaba sentimientos contradictorios que le impedían pensar con cordura. Había ocurrido algo muy bello, pero por razones que no podía comprender, Bennet había decidido empañar aquellos preciosos momentos con la sombra de la duda. ¿La noche anterior había sido un comienzo, o un final? ¿El principio de una relación, o una aventura de una noche? Maggie no tenía respuestas para aquellas preguntas y sabía que podría confiarle a Wendy sus

esperanzas y temores.

Una hora después de la llamada de Wendy, se dirigió a su hotel, esperando volver esa misma noche. Pero, el destino no fue tan bondadoso como parecía. Eric se presentó inesperadamente en la suite del hotel y montó tal escena de acusaciones y amenazas que le provocó a Wendy un ataque cardíaco. Wendy no se estabilizó hasta el lunes por la mañana. Para Maggie fueron dieciocho horas de cansancio y ansiedad.

Volvió a Sagepointe bajo un cielo sin nubes y por una serpenteante carretera que requería toda su atención.

La ciudad dormitaba bajo el calor de la tarde. Cuando Maggie entró en el vestíbulo de la casa de Bennet, oyó el sonido apagado de su voz detrás de la puerta cerrada de su estudio; aparentemente, estaba hablando por teléfono. De la cocina llegaba el olor de canela y manzanas y se mezclaba con el dulce aroma de unas flores que había en un jarrón encima de una mesa cercana. Se oía movimiento en el piso de arriba, pero no había señales de Chris ni de *Beau* por ninguna parte. Maggie se quitó las sandalias y se apoyó un momento contra la puerta, con los ojos cerrados; por fin se sentía a salvo. En aquella casa, Eric no podía hacerle ningún daño.

Se habría quedado dormida de pie, si en ese momento no hubiera gritado la señora Marshall.

—Maggie, por fin ha aparecido. ¡Gracias a Dios!

Maggie se apartó de la puerta, se irguió y se puso las sandalias.

—La veo muy nerviosa, señora Marshall. ¿Qué ocurre?

—Bennet está fuera de sí —respondió, señalando con un movimiento de cabeza hacia el estudio— porque ha surgido algo inesperado y usted no estaba aquí esta mañana para hacerse cargo del niño.

—¡Oh, Dios! No le habrá pasado nada a Chris, ¿verdad?

—No exactamente. Está con el perro, viendo la televisión en mi salita, aunque se supone que eso no es bueno para él; pero por lo menos está distraído mientras yo organizo las cosas.

—¿Organiza qué cosas? —preguntó Maggie, pero el sonido del auricular que Bennet colgó con fuerza hizo que el ama de llaves desapareciera a toda prisa.

—Aquí viene —murmuró por encima del hombro—. ¡Si yo fuera usted, me iría inmediatamente!

De pronto se abrió la puerta del estudio y apareció Bennet.

—¿Dónde diablos estabas? —le preguntó, colérico.

—En Vancouver —replicó ella.

—No te pago para que vengas a mi casa con mediodía de retraso.

Se supone que debías estar aquí esta mañana a las nueve.

—Me ha retenido algo inevitable.

—Claro, te has roto los dos brazos y no has podido llamar por teléfono —estalló él—. No sabía que eras tan irresponsable.

¿Llamar por teléfono? Maggie recordó la rapidez con la que su visita a Wendy se había convertido en una pesadilla. Recordaba la mirada iracunda de Eric al ver que la invitada de su madre era su ex esposa, y sus acusaciones e insultos. Pensó que nunca podía olvidar el momento en el que Wendy se había desplomado en la alfombra, muy pálida y con los labios azulados. Lo que había seguido a continuación había sido una indescriptible película de horror a cámara lenta.

—Sólo estoy intentando darte una explicación —repuso Maggie.

—¿Por qué no pensaste en eso ayer?

—Porque era domingo —contestó, pero lo que en realidad hubiera querido decir era que ese era su día libre y a él nunca le había importado lo que ella hacía durante su asueto.

—¡Sé qué día es! —estalló Bennet, furioso.

Maggie no estaba de humor para tolerar rabietas de nadie y mucho menos de un hombre al que había visto por última vez en su propia cama.

—Me estás gritando, señor Montgomery, y eso es algo que no estoy dispuesta a tolerar.

—¡No me llames señor Montgomery! Creo que después de lo que pasó el otro día, me merezco otro tipo de trato.

—Yo también, pero pensaba que por lo menos me darías la oportunidad de explicarte que una amiga mía ha sufrido un ataque cardíaco, y que he pasado toda la noche muriéndome de preocupación en un hospital de Vancouver.

—Eso no tiene nada que… —Bennet se interrumpió con una expresión consternada y se acercó a ella—. ¡Oh, Maggie, lo siento! ¿Qué tal está tu amiga?

Era más difícil soportar su bondad que su cólera.

—Mejor —musitó Maggie con los ojos llenos de lágrimas—. Está mejor y los médicos se muestran optimistas acerca de su recuperación.

Bennet alzó los dedos por el pelo de Maggie, y se lo retiró de la cara para mirarla a los ojos.

—Sabes, estaba muy preocupado. Pensaba que te habías alejado voluntariamente de mí. Siento haberme comportado como lo he hecho.

Maggie deseó tener valor suficiente para preguntarle, si se refería a ese día o al sábado por la noche. Pero se limitó a parpadear para ahuyentar las lágrimas y preguntó:

—¿Qué ha pasado? La señora Marshall ha comentado que ha surgido algo inesperado.

—Nada que deba inquietarte. Ya tienes bastantes preocupaciones.

—De todas formas ya estoy preocupada, así que será mejor que me lo digas.

—Tengo que ir a Nueva York dentro de un par de horas para reunirme con mi agente y finalizar mi programa de conciertos en Europa. Normalmente me avisa con más antelación, pero acabamos de enterarnos de que Ivan Sergowski llegará a esa ciudad —al ver la expresión impasible de ella, añadió—: Es el pianista contemporáneo más famoso de la Comunidad de Estados Independientes.

—Su nombre debe haberse deslizado por una de esas terribles brechas de mi educación musical —respondió ella con ironía—. ¿Es bueno?

—Lo suficiente para que trabajar con él sea uno de los puntos culminantes de mi carrera. No puedo perder esta oportunidad de conocerlo y hacerle una oferta.

—Puedes irte tranquilo —le aseguró ella—. Ya estoy aquí y me encantará quedarme cuidando a Chris.

—Esta mañana, cuando le he dicho que me iba, se ha puesto a llorar desesperadamente. Para él, cuando alguien se va, es muy posible que no vuelva; recuerda lo que les pasó a sus padres. Creo que, como ha progresado tanto últimamente, a veces nos olvidamos de que todavía debe superar muchas cosas. De manera que he decidido llevármelo conmigo. No es la solución más conveniente para mí, pero me ha parecido la menos traumática para él. Ahora está emocionado pensando en el viaje en avión.

Maggie se sintió abandonada. Iba a perderlos a los dos, justo cuando más los necesitaba. Bennet vio su expresión, pero la interpretó erróneamente.

—No quiero verte triste, Maggie. Puedes volver a Vancouver y quedarte con tu amiga. No te preocupes por el dinero, porque yo…

—¡No trates de comprarme! —exclamó indignada—. El dinero no me preocupa y mi amiga no me necesita ahora. Está con su familia.

—Entiendo —la miró pensativo un momento—. ¿Tienes otros planes?

—No. Pero no te preocupes por mí. Ya encontraré algo.

—Estoy seguro, Maggie, aunque me preguntaba… —se interrumpió bruscamente—. Olvídalo, sería pedir demasiado.

—No me dejes así Bennet, dime lo que estabas a punto de decir.

Al principio, Bennet la miró desconcertado, pero luego se encogió de hombros.

—¿Qué diablos? —murmuró—. No pierdo nada con preguntar. ¿Te gustaría acompañarnos? Antes de que te niegues, quiero que sepas que no lo hago por ti, sino por mí. Chris te conoce, se siente seguro a tu lado y yo estaré mucho más tranquilo sabiendo que está bajo tu cuidado —sonrió.

—Nueva York en el mes de agosto es como una sauna —contestó Maggie intentando disimular la alegría que le producía que la hubiera invitado.

—En esa ciudad hay cientos de cosas que hacer. Podéis recorrer el puerto en barco, o pasear por el río. Sólo estaremos unos tres días allí antes de dirigirnos a Long Island. Sergowski está invitado a pasar unos días en la playa en casa de unos amigos —esbozó esa sonrisa que acababa con el poder de resistencia de Maggie—.

Será maravilloso, Maggie, disfrutar de la brisa del mar, comer langosta y pasear por la playa. ¡Piénsalo!

—Pero no tengo billete de avión —respondió. No había nada que deseara más que ceder a esa petición, pero pensó que debería ofrecer cierta resistencia.

—Eso no es problema —le aseguró Bennet—. Si puedes estar lista para salir en… —miró el reloj— digamos dentro de una hora y media, yo me encargaré de todo lo demás.

—¡Claro que puedo! —exclamó contenta.

—¡Pues date prisa! —dijo Bennet, complacido por su victoria.

Maggie se dirigió hacia la puerta, pero él la detuvo.

—A propósito, si tienes ropa más formal para las noches, llévatela —estudió la falda y la blusa de algodón de Maggie con aire pensativo —. Siempre estás encantadora, pero los Prescott suelen vestirse de etiqueta para la cena. Sin embargo, si no tienes nada apropiado, no te preocupes. Puedes ir de compras en Manhattan.

Maggie intentó disimular una sonrisa. Podría surtir una *boutique* con los vestidos que conservaba de su época de casada. Tenía guardados en un rincón del armario los trajes de noche, los zapatos de satén y los bolsos que ya no tenía oportunidad de lucir. Incluso podía llevar algunas joyas para deslumbrar a los Prescott.

—Encontraré algo —le prometió.

En Nueva York hacía tanto calor como Maggie esperaba. Veía muy poco a Bennet y cuando lo hacía, éste siempre estaba preocupado. Mantener a Chris entretenido para que no molestara a su tío ponía a prueba su imaginación, y al final renunció a los planes de salir a pasear con el niño por la ciudad. Las multitudes y el ruido lo aterrorizaban y el calor lo fatigaba y lo ponía de mal humor. Era más sencillo hacer lo mismo que hacían en casa, incluyendo alguna

actividad extra para que se notara que estaban de vacaciones.

Después de pasar tres días en Nueva York, se dirigieron a Long Island; llegaron al atardecer. Maggie había pasado algún tiempo allí cuando había estado casada con Eric y sabía que era un lugar de veraneo para ricos, pero no estaba preparada para la opulencia de la casa de los Prescott. Estaba situada en un terreno de más de una hectárea, en lo alto de una pequeña colina. Había varias terrazas, una cancha de tenis y una piscina, campo de croquet, un mirador y un muelle en el que anclaban una lancha de motor.

El interior de la casa, estaba decorado con antigüedades maravillosas, alfombras orientales y obras de diseñadores exclusivos. Desde los jardines, llegaba el aroma de las rosas y el espliego. Por la noche, el sonido de las olas al estrellarse en la playa debía ser más arrullador que cualquier canción de cuna, se dijo Maggie. Era un lugar mágico, un sitio para soñar y enamorarse.

Los Prescott le parecieron muy agradables. James debía tener unos cincuenta años de edad, pero aparentaba cuarenta. Saludó a Maggie con un firme apretón de manos y una cordial sonrisa. Su esposa era una mujer muy vivaracha.

—Puedes llamarme Pippa, querida —dijo, y se puso de puntillas para besar a Maggie en ambas mejillas cuando las presentaron—. ¡Bennet, es un encanto! ¿Dónde la has encontrado? ¡Mira que pelo tan bonito… daría cualquier cosa por tenerlo así! Y

el niño, Bennet… ¡Es precioso! No hay otra palabra para describirlo. ¿Me dejas darte un beso?

—No —respondió Chris.

—Debe de estar cansado —decidió Pippa y se volvió hacia Maggie con su inalterable buen humor—. Llévalo a la cama, querida. Binky os enseñará vuestras habitaciones… y luego arréglate un poco y baja a la terraza. Vamos a tomar allí una copa con Sergie.

—Por favor no me esperéis, Pippa —respondió Maggie, decidiendo que había llegado el momento de imponerse—. Prefiero quedarme con Chris y a lo mejor después duermo una siesta.

—Por supuesto, querida, como quieras. Puedes darte un baño, arreglarte las uñas, darte un tratamiento facial… puedo decirle a Binky que te ponga una mascarilla de barro. No lo olvides, los cócteles se sirven a las siete, la cena es a las ocho… ¿O prefieres cenar con el niño en tu habitación?

—Creo que para entonces Maggie ya podrá reunirse con los adultos —observó Bennet—. Pero me parece una buena idea que le sirva la cena a Chris en su habitación. No está acostumbrado a toda esta excitación y le sentará bien acostarse pronto. ¿Estás de acuerdo,

Maggie?

—Sí —replicó ella. Cogió a Chris de la mano y siguió a la doncella hacia sus habitaciones.

Las habitaciones de Maggie y el niño eran espaciosas y muy luminosas. Las paredes de la que designaron a Maggie estaban tapizadas con seda color de rosa, la alfombra era del mismo tono y las pantallas de las lámparas y la colcha hacían juego con el ramo de gladiolos que reposaba en el tocador de laca color marfil. La habitación de Chris, separada de la de ella por un cuarto de baño, estaba decorada en tonos verdes, pero lo que más le fascinó al niño fue una colección de coches antiguos y una cama con dosel. Pippa tenía un gusto exquisito, pensó Maggie.

Aquella noche, Maggie se puso un vestido corto de gasa blanca y con un pronunciado escote. Se dejó el pelo suelto, y se puso unos pendientes de perlas. Se perfumó las muñecas, los tobillos y la nuca, se aplicó un leve toque de sombra lila en los ojos y oscureció sus pestañas con rímel. Terminó pintándose los labios con un lápiz color coral que le daba a su boca un aspecto muy sensual. Pero cuando estaba a punto de irse, Chris despertó de una pesadilla y se negó a dejar que se marchara.

—Fantasmas —gimió, mirando asustado a su alrededor.

Cuando al fin consiguió tranquilizarlo y volvió a quedarse dormido, eran casi las diez de la noche y a Maggie se le había arrugado completamente el vestido. Lo más sensato sería ponerse una bata, ofrecerle disculpas a la anfitriona y pedir que le subieran una bandeja con la cena. Tal vez fuera lo mejor, se dijo. Ya no estaba en edad de pensar que podía atraer a un hombre enseñando un poco las piernas.

Una hora después estaba en la cama. Había dejado abiertas las puertas de comunicación a través del baño para que Chris no se sintiera solo y una pequeña lámpara encendida. El sonido de las oías la arrulló y no supo qué hora era ni cuánto tiempo había dormido cuando la despertó un ruido procedente de la habitación del niño. Sin molestarse en ponerse la bata, fue a ver si pasaba algo. Encontró a Bennet a los pies de la cama, contemplando al niño dormido. Se había aflojado la corbata y desabrochado la parte superior de la camisa. Aunque no podía verle la cara, Maggie comprendió que estaba desalentado. Luchó contra el deseo de acercarse a él, acariciarle la cara y el pelo y ofrecerse a escuchar las preocupaciones que le abrumaban.

—¿Por qué no estás dormida? —murmuró al oírla entrar.

—¿Qué hora es?

—Casi la una de la mañana —cerró los ojos—. Ha sido una velada muy aburrida, no te has perdido nada.

«Pero no he podido estar contigo», pensó Maggie y sintió que el corazón se le paralizaba cuando Bennet se volvió y la miró fijamente, como si ella hubiera pronunciado esas palabras en voz alta.

—¿Podemos hablar? —le preguntó, señalando con la cabeza la habitación de Maggie.

—Sí —respondió la joven.

Capítulo 8

La luz de la luna se filtraba por la ventana de la habitación. Maggie llevaba puesto un camisón de una tela transparente que le daba una apariencia etérea.

—¿De qué querías hablarme? —le preguntó a Bennet en un susurro.

—Sólo quería ofrecer disculpas —respondió.

—¿Por qué?

—Por haberte dejado con Chris toda la noche. Siento que hayas tenido que quedarte sola a su lado. Cuando te pedí que vinieras con nosotros, no pretendía que fueras su niñera las veinticuatro horas del día.

Maggie se encogió de hombros.

—Me gusta cuidarlo y si no me quedo yo con él, ¿quién va a encargarse de Chris? ¿Pippa?

—No te gusta —comentó él y esperó respuesta. Maggie no sabía todo lo que dependía de aquella respuesta.

—Me parece una mujer encantadora —replicó—. Lo que ocurre es que no tengo muchas cosas en común con mujeres como ella.

—¿Qué clase de mujer es ella, Maggie? —preguntó, fascinado por la gracia con la que Maggie se sentó en un sillón situado al pie de la ventana y apoyó la cabeza en una mano.

—Es una mujer que disfruta hablando de los lugares que ha visitado, de la gente que conoce, de las cosas que tiene… hablando siempre de las cosas que se pueden conseguir con dinero.

—Algunas personas aseguran que es lo único que importa —opinó Bennet.

—¿Me estás poniendo a prueba, Bennet?

—¿Sabías que una vez estuve comprometido con la prima de Pippa? —le preguntó Bennet; se acercó a donde ella estaba sentada y se apoyó contra el marco de la ventana.

—No —replicó ella.

—Fue hace seis años. Íbamos a casarnos en primavera; pensábamos celebrar una boda muy elegante. Pero el invierno anterior me lesioné la columna en un accidente de helicóptero y pasé los siguientes cuatro meses escayolado. Durante un tiempo, los médicos pensaron que no volvería a caminar.

—¡Bennet, debió ser terrible! —exclamó Maggie.

—Yo nunca pensé que tuvieran razón, pero mi querida prometida decidió tomar precauciones, por si acaso. Mientras yo iniciaba un largo y arduo camino hacia la recuperación, ella se exhibía por toda la ciudad del brazo de un hombre tras otro, todos ellos ricos, por

supuesto. Me explicó en una carta que no podía venir a verme; tenía un corazón demasiado sensible y se alteraba mucho cuando estaba con enfermos —dijo con sorna—. Por supuesto, cuando salí del hospital por mi propio pie y reanudé mi vida donde la había interrumpido, ella comprendió que, casarse conmigo no significaría vivir encerrada y convertirse en enfermera de un inválido, así que cambió de opinión.

—¿Cómo te sentiste tú?

Bennet hizo una pausa antes de responder, y recordó con amargura su vuelta a casa.

—Cuando no tienes nada que hacer durante cuatro meses, como no sea contemplar el techo y pensar, ves la vida de una manera diferente. Cuando se presentó ante mí, llena de remordimiento, la liberé de su compromiso. Cuando vio que su fuente de ingresos estaba a punto de desaparecer por segunda vez, me amenazó con demandarme por no cumplir mi compromiso.

—¡Oh, Bennet! ¿Qué hiciste?

—Le pagué, por supuesto. Le hice una oferta que no pudo rechazar.

—Pero debiste sentirte muy herido —murmuró Maggie—. ¿Cómo puedes seguir siendo amigo de Pippa?

—Pippa es una mujer que lo compra todo, en especial a la gente. Cultiva la amistad, siempre y cuando los nombres de sus supuestos amigos aparezcan en las noticias y creen una conmoción cuando Pippa los mencione entre sus amistades internacionales. El día que decida que estoy harto de la vida pública, seré una persona non grata en esta casa. Mientras tanto, la utilizo de una manera tan despiadada como ella lo hace conmigo.

—¿Y todo para castigar a su prima? —quiso saber Maggie—. Todavía debes quererla.

—¿Después de seis años? —rió con ironía y combatió el impulso de acariciar su pelo—. Eso no sería amor, Maggie, sería una obsesión. Me olvidé de ella hace mucho tiempo y aprendí una valiosa lección.

—¿Por qué entonces estás todavía tan amargado?

—¿Amargado? —se volvió—. Creo que realista es una palabra más apropiada.

Ella me despojó de todas mis ilusiones románticas.

—¡Qué cruel!

—Al contrario, me hizo un favor. Soy dos personas diferentes… una, la figura que ve el público y la otra, un hombre como otro cualquiera. Ella fue incapaz de darse cuenta de que de esas dos personas, la segunda es más real. No quiso conformarse con una mercancía ordinaria, cuando pensó que había comprado algo especial.

—¡Vaya una forma de hablar! —gritó Maggie y se puso de pie de

un salto—.

¿Por qué siempre tienes que reducirlo todo, incluyéndote a ti, al nivel de un objeto que se puede comprar y vender? ¡Te odio cuando hablas así!

—¿Por qué? —preguntó, cáustico—. ¿Por qué no disfrazo la verdad con sensiblerías románticas? Enfréntate a la verdad, Maggie, en estos tiempos, incluso quienes están a favor del matrimonio se protegen con contratos prenupciales. Si eso no es ponerle al amor una etiqueta con el precio y convertirlo en una mercancía, entonces no sé lo que es. Mi ex prometida estableció sus prioridades antes que se efectuara la boda y eso nos ahorró a ambos muchos dolores.

—No todas las mujeres somos como ella, Bennet —murmuró Maggie y le acarició la barbilla.

Aquella caricia hizo añicos los propósitos de Bennet. La abrazó sin poder contenerse.

—¿No? —murmuró mientras trazaba un camino de besos por el cuello de Maggie.

—¡No! —exclamó ella.

Bennet se olvidó de todas sus reservas. Quería besar hasta el último rincón de su cuerpo. La deseaba. ¡Oh, Dios, cómo la deseaba! ¿Pero podría confiar en ella?

—Ayúdame a creer en ti —le pidió con voz ronca y la besó en la boca.

Era él quien decidía las jugadas, se dijo. Incluso cuando le quitó los tirantes del camisón y sintió su sedosa piel bajo las palmas de las manos, siguió engañándose.

¡No importaba que el camisón se hubiera caído al suelo como una mariposa exhausta y que el dulce aroma de Maggie lo tentara! Él podía resistirse. Sabía que el deseo no podía competir con el poder del intelecto. Pensó que era capaz de perder el control un momento y recuperarlo antes de ir demasiado lejos, que podría ponerla a prueba y escapar ileso.

Y estuvo a punto de conseguirlo. Si Maggie no hubiera abierto los ojos, mostrándole el deseo que los ensombrecía, si no se hubiera estrechado contra él como si quisiera fundirse con él, lo habría conseguido. Pero Maggie hizo todas esas cosas y Bennet se dejó arrastrar por aquella poderosa pasión que encendía sus sentidos.

—Bennet —murmuró Maggie.

Se desplomaron en la cama sin dejar de besarse y abrazarse. El sabor de Maggie, la suave textura, tentadora llamada de los secretos que sólo a él le confiaba, acabaron con todas las reservas de Bennet. Durante un segundo Bennet se quedó inmóvil y luego, en un delirio de

impaciencia, se despojó de la ropa y la abrazó.

Comprendió entonces lo desesperadamente que lo deseaba. Su cuerpo se amoldaba al de Bennet como si estuvieran hechos el uno para el otro. Los lugares más recónditos cobraban vida bajo las caricias de Bennet. Maggie cobraba nueva conciencia de su cuerpo. La pasión la dominaba y el deseo era tan intenso que Maggie pensó que iba a morir.

La luz de la luna le permitía ver el rostro de Bennet. Éste estaba inclinado sobre ella, mirándola a la cara; le alzó las manos y se las aprisionó por encima de la cabeza, para besar con ternura la cara interna de las muñecas. Maggie liberó una mano y volvió a tocarlo, aquella vez con mayor intimidad; entonces Bennet, que momentos antes parecía un guerrero capaz de enfrentarse a cualquier enemigo, se derrumbó. Se tumbó al lado de Maggie con una desesperación y una pasión que ya no podía negar y Maggie, sin misericordia lo hizo su prisionero.

No fue una unión tierna ni indulgente. Lucharon hasta que sus cuerpos quedaron cubiertos de sudor y sus corazones estuvieron a punto de estallar. Maggie sabía que la pasión que la desgarraba también se había apoderado de él. Supo en qué momento perdió Bennet el control, porque la misma fuerza insaciable la venció a ella.

Libres de todo lo que los ataba en sus momentos de cordura, viajaron a un mundo nuevo unidos a través del tiempo y el espacio. Después, Maggie se durmió en los brazos de Bennet. Al cabo de media hora, Chris la llamó y Bennet dijo:

—Tengo que irme.

Cuando Maggie volvió a su cama después de atender a Chris, la encontró vacía; en ella sólo quedaba la huella del cuerpo de Bennet. Había vuelto a permitir que ocurriera, pensó Maggie angustiada. Gobernada por un impulso febril y por las exigencias de un cuerpo que ella siempre había creído dócil a sus deseos, había participado en la experiencia más íntima que podían compartir dos seres humanos.

Le había mostrado su alma a Bennet, y por si eso no fuera suficiente, era incapaz de adivinar lo que Bennet sentía por ella.

No debía esperar nada si no quería sufrir otra dolorosa decepción, se dijo cuando se dispuso a enfrentarse a él unas horas después. Pero Bennet fue con ella increíblemente atento, no demostró en ningún momento la reserva o el arrepentimiento que había expresado la primera vez que habían hecho el amor.

—Estaré ocupado con Sergowski durante una hora —le informó cuando se reunió con ella a la hora del desayuno—, y luego estaré libre. ¿Te apetece pasar conmigo el resto del día?

Sorprendida y aliviada, Maggie se negó a pensar a dónde podían llevarla sus sentimientos. De pronto, no le importó si eso era una tontería o una irresponsabilidad. Por una vez disfrutaría del presente sin preocuparse por el precio que tendría que pagar en el futuro.

Dieron un paseo por la playa y comieron en la terraza de un restaurante. Chris profería gritos de júbilo mientras corría por la playa para que no lo alcanzaran las olas. Pero lo más importante para Maggie era ver a Bennet sonriendo sin reservas, sin esconderse detrás de sus frías barreras. No era un día para exigir garantías ni promesas; era un día para sentirse agradecida, Pippa, resplandeciente con un vestido de crepé color fucsia, los estaba esperando en la terraza cuando al fin volvieron a la casa.

—Queridos —los saludó con un puchero—, son más de las seis. Estábamos a punto de llamar a la guardia costera, creíamos que os habíais perdido en el mar.

Bennet y Maggie miraron a Pippa divertidos. El primero se había quitado la camisa y llevaba en ella las sandalias y los trajes de baño mojados. Chris llevaba un cubo con conchas y algas marinas, y Maggie tenía el pelo lleno de sal y arena.

Parecían tres náufragos. Pippa los recorrió con la mirada, sin perderse detalle.

—Maggie, lleva al pequeño a su habitación. Y si esta noche decides bajar a cenar…

—Maggie va a cenar con nosotros esta noche —la interrumpió Bennet.

—¡Maravilloso! —exclamó Pippa—. Pero ponte algo elegante, Maggie. He invitado a cenar a algunos amigos, y también a nuestros nuevos vecinos. El apellido de soltera de ella es Hoyt y compra toda su ropa en Roma. No quiero ofenderte, querida, pero no me gustaría que te sintieras fuera de lugar.

—No me has ofendido y te aseguro que no me sentiré fuera de lugar —le garantizó Maggie y estuvo a punto de añadir: «querida».

—¡Qué bien! —Pippa sonrió sin el menor rastro de malicia o de embarazo—.

Esta cena, es para mí el acontecimiento social más importante de la temporada y no quiero que nada lo eche a perder.

Chris estaba demasiado cansado para oponer resistencia cuando Maggie lo llevó a la cama. Ella disponía de más de una hora para arreglarse y empleó hasta el último segundo. Después de la perorata de Pippa, quería estar lo mejor posible y se alegró de haber incluido en su equipaje un vestido negro ceñido que se había puesto cuando había asistido al festival de cine de Cannes y los zafiros que Wendy le

había regalado cuando había cumplido veinticuatro años. Se hizo un moño en lo alto de la cabeza y se miró al espejo pensando que iba a impresionar a su anfitriona.

El vestido se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel hasta la altura de los muslos y se abría en varias capas desde las rodillas hasta los tobillos. Los zafiros, montados en platino y rodeados de brillantes… parecían despedir chispas de fuego.

Para completar su atuendo, Maggie se puso unas sandalias de tacón.

Cuando bajó, encontró a los invitados reunidos en la terraza. Entre los árboles refulgían diminutas luces de colores que le daban al jardín el aspecto de un lugar de ensueño. A lo lejos se oía el murmullo del mar.

—Querida —Pippa abrió los ojos, sorprendida al ver a Maggie—, ¡has hecho un milagro! Ven a conocer al resto de los invitados. Amigos, esta es la adorable niñera de lo que os hablaba. Bennet, dile que está encantadora en vez de quedarte allí con la boca abierta.

Todos se volvieron hacia Maggie y le dieron la bienvenida. Maggie había sido aceptada; ¿se debería a su ropa? El deleite de Pippa la hizo sentirse insignificante y mezquina.

—¡Querida, me has dejado muda! —le confió la anfitriona—. ¡Me siento como una tonta! ¿Por qué me has dejado que te pidiera que te vistieras con elegancia?

Bennet recobró la compostura y, con una expresión inescrutable, le entregó a Maggie una copa.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró, contemplando el vestido como si pensara que había una serpiente oculta entre los pliegues.

—Una farsa —empezó a explicarle Maggie, pero la llegada de otros invitados le impidió continuar.

—Amigos —anunció Pippa—, quiero que conozcáis a nuestros nuevos vecinos, Paula y Kyle Fielding.

Maggie se volvió hacia los recién llegados y estuvo a punto de desmayarse al reconocer a los Fielding.

—¡Margaret Carlson-Lewis! —exclamó Paula—. ¿De verdad eres tú?

Consciente de que era el centro de atención de todas las miradas, Maggie trató de conservar la calma.

—Hola, Paula. Me alegro de volver a verte.

—¿Os conocéis? —preguntó Pippa, obviamente molesta al verse opacada.

—Nos conocemos hace años —replicó Paula Fielding—. Kyle, ¿te acuerdas de Margaret? Estuvimos con ella en el baile del gobernador

en Filadelfia y en la temporada de verano de Newport —le dirigió una sonrisa a Bennet—. Y tú eres Bennet Montgomery, el director de orquesta, ¿verdad? Perdónanos por ser tan maleducados, pero nos ha sorprendido encontrar a Margaret aquí.

—Yo también estoy algo más que sorprendido —comentó Bennet con sarcasmo mientras estrechaba la mano a Kyle. Luego se volvió a mirar a Maggie con frialdad

—. ¿Así que el baile del gobernador, Margaret, la temporada de verano en Newport y la comida campestre anual en Sagepointe? ¡Qué vida tan interesante!

—Desapareciste completamente de la escena después del divorcio —comentó Kyle—, y supimos que… que tú…

—He vuelto a Canadá —terminó Maggie por él. Los Fielding pertenecían al mismo círculo social que los Carlson-Lewis y estaba segura de que se habían enterado de los rumores que habían rodeado su amargo divorcio. Sabía que Eric había adornado su versión de los acontecimientos—. Hace casi tres años que vivo en la Columbia Británica.

—Entonces estarás enterada del ataque cardíaco de Wendy —le dijo Paula—.

Enfermó en Vancouver. Por lo visto, una persona a la que la familia ya no quiere ayudar, montó una terrible escena y la pobre Wendy se desplomó. Por suerte Eric también estaba allí, de lo contrario quién sabe lo que habría sucedido.

—Yo era la persona que estaba con ella —repuso Maggie muy tranquila. No le sorprendía la versión que había inventado Eric sobre lo ocurrido.

—¡Querida! —exclamó Paula consternada—. No tenía idea de que seguías viendo a la familia. Cuando se supo la noticia del divorcio, Eric dio a entender que te habían…

—¿Pagado? —terminó Maggie con dignidad, consciente de que Bennet estaba a su lado.

—¡No, por supuesto que no! —intervino Kyle—. ¡Paula me gustaría que aprendieras a mantener la boca cerrada! Margaret perdona la falta de tacto de mi esposa. ¿Sabes cómo está Wendy?

—Esta mañana he llamado al hospital y creo que la darán de alta la semana que viene. Creo que va a pasar la convalecencia en casa de su hermana, en Arizona.

—Kyle, creo que Pippa quiere presentarnos a los demás invitados —observó Paula con palpable alivio.

Como si temiera que intentara escapar, Bennet agarró a Maggie del brazo y la condujo hacia el jardín.

—Me gustaría hablar contigo —refunfuñó—. Por lo visto, hay ciertos hechos de tu vida que has olvidado explicarme, y creo que será muy interesante oír tu explicación.

—No hace falta que me lleves a rastras —protestó Maggie—. Estoy dispuesta a contarte lo que quieres saber sin que me maltrates. ¡Bennet, ya basta, todos nos están mirando!

—Te soltaré en cuanto estemos fuera de la vista y del oído de todo ese grupo —

estalló Bennet—. No quiero tener espectadores, no quiero que nadie se entere de las cuatro verdades que pienso decirte, querida.

Capítulo 9

Bennet se detuvo en un mirador situado tras un seto de rododendros que le brindaba la intimidad que buscaba. Una vez allí, soltó bruscamente a Maggie, como si le repugnara su contacto.

—Creo que debo felicitarte —observó con desdén—. La desgraciada ex esposa del hijo mayor de una de las familias más ricas de Estados unidos se ha hecho pasar con éxito por la sencilla señorita Jones y de paso se ha burlado de mí. Espero que tu farsa te haya resultado divertida —la miró con frialdad—. ¿O los motivos de tu engaño se deben a que esperabas alguna recompensa material, como atrapar a otro esposo rico con tu seductora ingenuidad para reemplazar al que has perdido?

Aquellas palabras hirieron a Maggie profundamente.

—¿Ex esposa desgraciada? —soltó una amarga carcajada—. ¡No seas absurdo.

Bennet! Fui la mujer más desgraciada del mundo cuando estuve casada con Eric Carlson-Lewis.

—Lo que sin duda explica por qué fuiste a verle en cuanto te enteraste de que estaba en Vancouver. ¿Te arrojaste a sus pies al verlo? ¿Lo miraste con tus grandes ojos inocentes para que mordiera el anzuelo?

Si no hubiera sido porque en ese momento la cólera que sentía era más grande que el dolor, Maggie se habría echado a llorar.

—¿Cómo te atreves? —musitó—. ¿Cómo te atreves a manchar lo que tú y yo hemos compartido con esas odiosas acusaciones? ¡No sólo son los comentarios más insultantes que alguien me ha hecho jamás, sino que también son los más ridículos!

No aceptaría volver al lado de Eric aunque fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, y si de verdad has llegado a pensar que sería capaz de volver con él, es que no me conoces en absoluto.

—No te conozco —replicó Bennet con voz dura—. Eres tan falsa como he pensado que eran tus zafiros cuando los he visto esta noche. Pero son reales, ¿no es verdad?

—Sí —replicó Maggie desafiante—, son reales. ¿Por qué te preocupa tanto eso?

¿Acaso piensas que una insignificante maestra no puede permitirse esos lujos? ¿Que sólo los miembros de tu círculo social pueden llevar ese tipo de adornos? —soltó una carcajada desdeñosa—. Entonces creo que los dos nos hemos confundido; no te creía tan presuntuoso.

La actitud de Maggie lo hizo perder el control.

—No trates de distraerme con esos argumentos engañosos —estalló —. Durante semanas, casi meses, has actuado como una persona que

no eres, has hablado de los placeres sencillos de la vida y de la integridad de los valores personales como si fuera algo que realmente conocieras. Cuando me comentaste que estabas divorciada y que hablar de tu matrimonio te despertaba recuerdos dolorosos, te compadecí y me pregunté qué clase de hombre sería Eric. Ahora le compadezco. Lo único que te diferencia de otras mujeres como tú es que cobras un precio más alto.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Maggie.

—¿No? Tus joyas, esas obras de arte y esos muebles lujosos que están fuera de lugar en tu patética casita, son parte del pago que recibiste cuando te divorciaste.

¿No es cierto eso, señorita Jones… o prefieres que te llame señora Carlson-Lewis?

Maggie se irguió y dijo en voz baja y clara:

—Me llamo Maggie Jones y preferiría que dejaras de mover los brazos de esa forma. No estás dirigiendo la Filarmónica de Nueva York. No tengo por qué darte explicaciones, lo que no significa que no esté dispuesta a dártelas, pero no tolero que me grites o intentes intimidarme, así que guarda tus dotes histriónicas para alguien a quien le impresionen —hizo una pausa para respirar—. Además, no me gusta que me llames mentirosa. Y eso de que «me pagaron» con unos cuantos muebles y un par de cuadros, es completamente absurdo. A riesgo de parecer tonta, te diré que no hay dinero suficiente en las arcas de la nación para convencerme de que mi matrimonio con él, por muy breve que haya sido, valía ese precio.

—No olvides los zafiros —se burló Bennet.

—Son un regalo de mi querida y buena amiga, Wendy Carlson-Lewis, que casualmente también es mi ex suegra.

—¡Vaya, qué suerte! ¿Y ese vestido también es un regalo? —estiró la mano y tocó la tela del vestido—. Esta noche llevas encima un par de miles de dólares, además de la pequeña fortuna que cuelga de tu cuello. ¿Vas a decirme que este vestido lo has comprado con tu sueldo de maestra?

—No —repicó ella—. Este vestido es uno de los restos de mi desastroso matrimonio, y antes de que me acuses de haberlo tenido escondido, déjame decirte algo que sería obvio si no estuvieras tan furioso: no es la ropa adecuada para correr por tu jardín o por la playa en Sagepointe, y por eso no me lo había puesto antes.

—¿No se acercaría más a la verdad confesar que lo guardabas esperando alguna oportunidad de…?

—¡No me interrumpas! Tanto tú como nuestra anfitriona habéis dejado muy claro que esperabas que me vistiera correctamente

durante mi estancia aquí y lo único que he hecho ha sido asegurarme de no decepcionaros, así que explícame por qué estás tan enfadado. Pippa estaba encantada.

—Tú sabes muy bien por qué —estalló, colérico.

—Sí, lo sé. Querías representar el papel del Profesor Higgins y yo sería Eliza Doolittle y no soportas la idea de que yo no necesite tu guía y tu protección para convivir con la alta sociedad. No me he comportado como una ingenua agradecida de origen humilde, ¿verdad? En vez eso, he resultado ser la ex esposa de alguien que podría superarte socialmente. ¡Y no importa que eso no me preocupe, porque es obvio que a ti te preocupa mucho!

—A mí no me preocupa —respondió Bennet apartándose de ella y mirándola con desprecio, como si fuera una desconocida de la que quisiera deshacerse—. La gente a la que conozcas y decidas explotar es… asunto tuyo.

—No estoy segura de lo que estás insinuando, pero si acaso te importa…

—No —la interrumpió él—. ¿Qué te hace pensar que puede importarme algo de lo que tú me digas?

—¡Tú y yo hemos hecho el amor!

—Es cierto —replicó él, dirigiéndole una sonrisa glacial.

—Pues bien, eso significa algo y no te permitiré que finjas lo contrario.

—Por supuesto que significa algo. Significa que soy suficientemente inteligente para aprovechar una oportunidad cuando se presenta —apretó los labios con un gesto de disgusto—. Y tú también, por supuesto; por eso estabas tan ansiosa por venderte al mejor postor. Es una pena que tu viaje a Vancouver haya sido una pérdida de tiempo.

Maggie lo miró furiosa. Por lo visto no había oído una sola palabra de lo que había dicho, o bien prefería creer en los rumores de una desconocida.

—Sin embargo —continuó Bennet—, me gusta mantener ciertas normas, y una de ellas es no conformarme nunca con lo que deja otro hombre. Después de todo, hay muchas mujeres sin compromiso y por experiencia sé que las mujeres casadas siempre crean problemas.

—¡Por supuesto! —estalló ella. Si de verdad creía lo que decía, entonces no era el hombre que Maggie pensaba y había vuelto a enamorarse de un estúpido—.

Entonces, ¿aceptas mi renuncia?

Bennet la miró y Maggie creyó ver en sus ojos cierta desilusión. Posiblemente fuera masoquista, o simplemente una tonta, pero un

último destello de esperanza se negaba a morir. Él también estaba herido. ¿Por qué, si ella no le importaba? Pero Bennet se recuperó al momento.

—De ninguna manera. No te he contratado para acostarme contigo. Chris está progresando contigo y ambos sabemos lo importante que es que se sienta emocionalmente seguro para que esa mejora continúe. En este momento tú eres muy importante para él. Le gustas y… —sonrió con amargura—, confía en ti. Si lo abandonaras ahora sería un desastre, sobre todo porque muy pronto mis compromisos profesionales me van a alejar de mi casa. Mi programa de conciertos se planea con tres años de anticipación y me gusta cumplir mis compromisos.

—¿Quieres decir que Chris va a tener que estar separado periódicamente de ti?

—Por lo menos durante semanas. Es inevitable.

—¡Lo va a pasar fatal!

—Lo sé, pero tiene a la señora Marshall, que es como una abuela para él —

Bennet suspiró—. En una ocasión, que debió ser un momento de debilidad, me pregunté si tú y yo… Bien, supongo que en el mejor de los casos, habría sido un arreglo conveniente.

—¿El qué?

—Nada —miró el reloj—. Ya hemos perdido demasiado tiempo discutiendo y estoy seguro de que nuestra anfitriona se estará preguntando por qué tardamos tanto.

—Espera un minuto, Bennet, no he terminado.

—Pues yo sí —giró sobre sus talones y empezó a caminar por el sendero que llevaba a la casa.

En ese momento, Maggie comprendió que algo frágil y muy bello pendía de un hilo y no podía dejar que se rompiera en pedazos sin hacer un último esfuerzo para salvarlo…

—No vas a dejarme así —le aseguró, y como Bennet la ignoró y siguió caminando, se levantó la falda y corrió tras él—. ¡No pienso permitirlo, Bennet! Es demasiado importante —le temblaba la voz y estaba a punto de llorar—. ¿Por qué no me escuchas? —le suplicó, y le agarró del brazo—. ¿Por qué no me dejas contarte mi versión de la historia?

—Porque ya es demasiado tarde.

—Bennet —insistió Maggie—, no importa lo que creas, debes saber que dejé de amar a Eric hace años y que nunca me interesó su dinero. Contigo todo ha sido diferente…

Pero Bennet era incapaz de razonar en ese momento. Maggie no

era lo que él había esperado y no quería saber nada de ella.

—No trates de describir las noches que hemos compartido como si fueran algo diferente de lo que realmente han sido —le aconsejó con crueldad.

—¿Y qué han sido? —preguntó Maggie.

—Dos lamentables errores cometidos por culpa del instinto.

—¿Y para ti no han tenido nada que ver con el amor?

—Nada. Me sorprende que una mujer con tu experiencia lo pregunte siquiera

—respondió él sin parpadear.

Maggie habría tolerado cualquier cosa, menos aquella indiferencia que acabó con todas las excusas que había buscado para no aceptar lo que Bennet había estado intentando decirle durante la última media hora: que bajo ninguna circunstancia le interesaba una relación permanente con ella.

Maggie se vio obligada a admitir en silencio que para ella las cosas habían tomado un giro más serio y Bennet estaba intentando desengañarla. Posiblemente Maggie había considerado la reaparición de Eric en su vida como un desastre, pero era obvio que para Bennet había sido un don del cielo, una excusa para alejarse de algo que amenazaba con convertirse en una carga. ¿Pero por qué tenía que atacar su integridad como lo había hecho? ¿Estaría tan amargado por el resultado de su anterior compromiso, que no podía darse cuenta de que ella no era como su antigua prometida? Muy pronto obtuvo la respuesta. Como si Bennet hubiera comprendido que había sido excesivamente duro, le dijo con amabilidad:

—Desde un principio me dijiste que era un error mezclar los negocios con el placer y tenías razón. En cuanto a mí, no tengo ninguna excusa. Desde el momento en que te besé en la terraza de tu casa, sabía que me arrepentiría si dejaba que las cosas llegaran más lejos. Ha ocurrido antes de lo que esperaba y los dos deberíamos alegrarnos. Por lo menos no hemos sufrido daños irreparables —alzó una mano como si quisiera acariciarla por última vez, pero la bajó—. Deja de buscar la felicidad donde no puedes encontrarla, Maggie. Eras feliz cuando nos conocimos. Olvídate de mí, sólo así podrás volver a ser feliz. Vuelve con tus granjeros.

Maggie, con el poco orgullo que le quedaba, contestó:

—Rancheros, Bennet, y si crees que sólo porque se ensucian las manos cuando trabajan son unos ignorantes estás peor informado de lo que pensaba. Si mi máxima prioridad fuera atrapar un esposo rico, ya habría encontrado en Sagepointe algunos candidatos. No sólo tienen más dinero del que pueden gastar, sino que además son lo

bastante inteligentes para saber que las apariencias no son importantes, que lo que cuenta es lo que hay en el interior de una persona… y en eso te llevan mucha ventaja.

No me iría mal si decidiera casarme con uno de ellos.

Y sin más, se alejó de él.

Durante los dos días siguientes, Maggie consiguió conservar intacta su dignidad. Mantuvo la calma cuando Bennet le comunicó que no volvería a Sagepointe con Chris y ella, sino que viajaría a Viena para presidir las audiciones para un concierto navideño televisado que había aceptado dirigir.

Maggie volvió con Chris, y cuando llegó a la casa de Bennet un caluroso día de finales de agosto, se derrumbó. Dejó al niño al cuidado de la señora Marshall y salió al jardín. Se sentó en los escalones de piedra, bajo el ardiente sol, y esperó que el calor derritiera el hielo que había cubierto su corazón. Cuando eso sucediera,¿volvería a sentir de nuevo y comprendería que su intenso dolor se debía a que había sido injustamente juzgada y encontrada culpable de crímenes que no había cometido y de los cuales no había podido defenderse?

Beau se acercó a Maggie y se apoyó contra ella, como si quisiera ofrecerle su consuelo. Maggie le echó los brazos al cuello y apretó la cara contra el suave pelo del animal, y dio rienda suelta a su sufrimiento. El perro le lamió las lágrimas.

Pero eso fue sólo el principio. La verdadera agonía la invadió cuando la señora Marshall la descubrió. Se sentó a su lado, le puso un pañuelo desechable en la mano y le dio una palmada en el hombro.

—Bien, señorita —comentó el ama de llaves—, supongo que Bennet está detrás de todo este dolor. Hace tiempo que lo veía venir.

—Le he decepcionado —repuso Maggie enjugándose las lágrimas y tratando de controlarse.

La señora Marshall dejó escapar un suspiro.

—Se ha enamorado de él, y ese ha sido un grave error.

—¿Enamorarme de él? —le molestaba enfrentarse a aquella posibilidad. No era amor lo que sentía, pensó. El amor era traicionero y engañoso, inducía a sus víctimas a creer en los milagros, y luego se revelaba como una ilusión. Ella no quería nada de eso—. No, no lo creo —respondió.

—Como usted quiera, pero reconozco los síntomas —declaró con firmeza la señora Marshall y se puso de pie—. Maggie, lo acepte o no, está permitiendo que el niño y él le destrocen el corazón.

Ese era el problema, comprendió Maggie con claridad. Había quebrantado la primera regla de la supervivencia y había perdido la objetividad. Un hombre sin esposa, un niño sin madre y una necesidad

profunda e insatisfecha en ella habían resultado ser una desastrosa combinación. A lo largo del camino había perdido su identidad. En vez de ser la señorita Jones, la maestra, había asumido el papel de madre y había empezado a sentirse un miembro de la familia Montgomery.

Por desgracia, no era una cláusula que Bennet hubiera incluido en su contrato, y el hecho de que se hubieran convertido en amantes sólo complicaba una situación ya de por sí difícil. Pero al darse cuenta de en qué se había equivocado, podría ordenar su vida y desaparecería aquella terrible sensación de pérdida.

La respuesta era el trabajo. La había salvado antes y lo haría en ese momento.

Lucharía por lo imposible, empezando con Chris. El niño se adaptaría al jardín de infancia tan bien como cualquiera y lograría salir adelante sin ella. Tendría que entregar su renuncia, y mientras le pediría a John Keyes que la cambiara a otra escuela, pues no podría ser una maestra imparcial con Christopher, como tampoco podría tratar a Bennet como a un simple conocido después de haber hecho el amor con él.

Capítulo 10

John Keyes tiró al suelo la carta de renuncia de Maggie.

—No pienso aceptarla.

—Pero tienes que hacerlo —protestó ella.

—Oh, no. Firmaste por otro año cuando renovaste el contrato en mayo y no pienso dejar que te marches. Es demasiado difícil conseguir maestros que trabajen en lugares como éste, para perder a alguien competente como tú por «razones personales». Lo siento, Maggie, no puedo aceptar. Te cambiaré de clase… Sally Best se alegrará de cambiar a sus revoltosos niños de cuarto año por tus pequeños, pero eso es lo único que puedo ofrecerte.

—John, te estoy dando casi cuatro meses para encontrar un suplente. Si yo estuviera enferma, no tendrías otra elección.

—Pero no estás enferma —le dirigió una mirada penetrante—. Tiene algo que ver con tu trabajo durante el verano, ¿no es cierto? ¿Qué ha pasado? ¿Montgomery te ha causado problemas?

—Hemos tenido ciertas diferencias —respondió—. Los detalles son personales y no creo que te interese conocerlos.

Pero John no era un hombre que se dejara disuadir con facilidad.

—Sí me interesa —refunfuñó—. Sé más específica.

—No puedo, John, no me pidas eso. ¿No puedes aceptar que debo alejarme de aquí y dejar así las cosas?

—No —respondió rotundo—. Eres lo bastante inteligente para saber que huir nunca resuelve los problemas. Puedes sepultarte en una ciudad más pequeña que esta, o en un pueblo, pero lo que te impulsa a alejarte de aquí irá contigo y tarde o temprano deberás enfrentarte a ello. Además —añadió—, tú llegaste aquí primero, así que deja que sea él el que se vaya si no podéis ser felices juntos.

—No sé de qué estás hablando —respondió Maggie.

—¿Quieres que te lo explique? —se burló John.

—No —respondió a toda prisa. No quería hablar de Bennet; ya era suficiente doloroso pensar en él.

John se puso de pie y se acercó a la ventana.

—¿Qué pasará con el niño? ¿No le afectará que te vayas?

—Se adaptará. Además, el ama de llaves es la persona que le da más estabilidad. Siempre está con él. Yo sólo soy su maestra.

—Eres mucho más que eso y los dos lo sabemos. ¿Podrá resistir otra pérdida en su vida, sin volver a encerrarse en su concha?

Maggie se había hecho la misma pregunta, sobre todo desde que se había enterado de que Bennet planeaba ausentarse con frecuencia.

—Estoy segura de que el señor Montgomery diría que el bienestar mental de su sobrino es responsabilidad suya, no mía. Desde un

principio ha dejado muy claro que yo sólo soy una empleada.

—Entonces es más tonto de lo que yo pensaba —John dio media vuelta y la miró fijamente—. ¿No se te ha ocurrido pensar que si te quedas hasta el final, es posible que encontréis una forma de resolver las cosas?

Lo que John no comprendía era que no había nada qué resolver. Incluso aunque Maggie se hubiera enamorado de él, Bennet no estaba interesado en construir un futuro sobre lo que calificaba como «dos lamentables errores».

—Me temo que eso no ocurrirá —dijo con un suspiro.

—Y menos si huyes. Me sorprendes; nunca te he considerado una perdedora —

se encogió de hombros—. Creo que nadie sabe lo que pasa por la mente de los demás. ¡Maldita sea, Maggie! —golpeó con el puño la superficie del escritorio—.

¡Reacciona! El papel de reina de la tragedia no te sienta bien. Aquí tienes amigos y obligaciones. No escapes de un lugar que te necesita tanto como tú lo necesitas.

Montgomery no se quedará mucho tiempo; cuando llegó me comentó que sólo había venido a descansar. Supongo que se irá antes de un año. ¿No te das cuenta de que entonces tu renuncia habría sido inútil?

—¡No, John! Yo…

—Unas semanas más no suponen ninguna diferencia —sonrió.

—Pero yo no… —balbuceó Maggie.

—Lo sé, no cambiarás de manera de pensar. Mi esposa siempre me dice lo mismo y cuando cambia de opinión, me asegura que es un privilegio femenino —le rodeó con el brazo por los hombros con afecto—. Piensa en ello. Cuando empiece el curso, no te encontrarás con Montgomery todos los días y es posible que descubras que las cosas no son tan malas como crees. Sigue mi consejo y no te des por vencida.

Maggie estuvo pensando en aquellas palabras durante el resto del día, aunque quería olvidarlas. Sabía que John tenía razón. Huir no solucionaba nada; podría viajar hasta los confines de la tierra, pero se llevaría su dolor.

—De acuerdo —les dijo a las marchitas petunias mientras regaba el jardín aquella noche—. Me quedaré y pondré en orden mi vida.

Después de todo, su labor con Chris terminaría cuando empezaran las clases, como iban a cambiarlo de curso, ni siquiera tendría que ver a Bennet durante las entrevistas entre padres y maestros a mitad del curso. En cuanto al resto del tiempo, considerando el aislamiento que

el propio Bennet se había impuesto, sería muy fácil.

Todo fue más fácil de lo que esperaba. Maggie no sabía si Chris había percibido su tristeza y, como solían hacer los niños, había decidido que él era el culpable y por consiguiente se esforzaba en complacerla, o si el repentino cambio era un proceso natural que habría ocurrido de cualquier forma. Lo único que sabía era que su lenguaje de pronto había mejorado de una manera asombrosa.

Eso hizo que saliera a la superficie algo que esperaba desde hacía tiempo.

Incluso desde antes del viaje a Nueva York, había empezado a darse cuenta de que Chris empezaba a aburrirse de su vida y ya no disfrutaba como antes jugando sólo en el jardín. Quería ampliar sus horizontes y el viaje había despertado en él una curiosidad que necesitaba satisfacer. A Maggie no le sorprendió aquel cambio. Desde el principio había sabido que Chris necesitaba relacionarse con otras personas, sobre todo con niños. Lo difícil era convencer a Bennet de eso.

Había vuelto una semana después de que llegaran Chris y Maggie, pero Maggie había arreglado las cosas de tal manera que se encontraban muy poco. Para huir del calor de los últimos días de agosto, le daba las clases al niño a la orilla del lago. La señora Marshall les preparaba una cesta con comida y Chris y ella se instalaban debajo de la sombra del sauce favorito del pequeño con *Beau*.

Por supuesto, era imposible evitarlo por completo, pero cuando llegaban a encontrarse, ella rehuía toda conversación. No pensaba darle motivos para que le recordara que le pagaba para trabajar, no por hablar. Las heridas que le había infligido la noche de la fiesta de Pippa todavía eran demasiado recientes.

A Bennet parecía desconcertarle aquella actitud.

—Por todos los cielos, Maggie —le había dicho una vez—, no soy un negrero, podías dedicar por lo menos un minuto a decirme cómo estás.

—No tardaré tanto. Nunca he estado mejor —había replicado cortante y se había alejado rápidamente.

En cualquier caso, iba a tener que ir a buscarlo e intentar una vez más convencerlo de que le permitiera llevar a Chris a Sagepointe. Antes del viaje a Nueva York, Bennet todavía se oponía firmemente.

—No es necesario. Ya sale mucho —había asegurado a la defensiva —. Pasa los sábados por la mañana rodeado de otras personas.

Ella sabía que eso era cierto. Era raro el sábado que Chris no tuviera nada nuevo: juguetes, ropa, o incluso el corte de pelo. Pero eso

era suficiente cuando tenían por delante todo el verano. Pero al cabo de unos días, el niño iba a tener que enfrentarse a una clase llena de desconocidos y si Bennet pensaba que una visita al centro comercial de Annisville una vez a la semana, o unos días en Manhattan o en Long Island eran una preparación adecuada para un chico a punto de iniciar su educación formal en Sagepointe, estaba completamente equivocado. Había llegado el momento de que Chris conociera la escuela y a Sally Best, su maestra. También debía conocer la ciudad en la que vivía.

Maggie tenía miedo de abordar a Bennet. Mientras él permanecía fuera de su vista, se olvidaba de su dolor. Pero cuando estaba delante de él, el dolor renacía con fuerza y tenía miedo de olvidarse de lo que pensaba pedirle y acabar pidiéndole cosas que Bennet no estaba dispuesto a darle. Pero todas sus preocupaciones fueron en vano.

—Ha cogido el primer avión que salía a Toronto —le informó la señora Marshall cuando Maggie, al no encontrar a Bennet por ninguna parte, fue a buscarlo a la cocina—. Creo que ha ido a una sesión de grabación y si todo sale bien, volverá este fin de semana, pero ha dicho que no lo espere. Una amiga suya tiene una casa en uno de los lagos y cuando tiene tiempo, suele pasar unos días con ella.

A Maggie se le encogió el corazón. ¡Había una «ella» en su vida! ¿Sería esa mujer la verdadera razón por la que él se había arrepentido de haberse acostado con una maestra?

La señora Marshall dejó de amasar y la miró.

—¿Por qué no me pregunta quién es ella, en vez de quedarse allí tratando de fingir que no le importa?

—Porque no me importa —declaró Maggie, esforzándose por controlar sus sentimientos—. No es asunto mío.

El ama de llaves suspiró exasperada.

—Ella es una pianista retirada que tocó en el primer concierto de Bennet, aunque no sé por qué se lo digo, puesto que está tan segura de que no le importa.

Maggie decidió que era el momento de cambiar de tema.

—¿El señor Montgomery ha dejado algunas instrucciones especiales para Chris antes de irse?

—Ninguna —el ama de llaves siguió amasando—. Sabe que el niño está en buenas manos.

Maggie pensó que, por una vez, los dioses estaban de su lado.

—Entonces continuaré con la siguiente fase. Hoy no nos prepare la comida, señora Marshall. Vamos a salir.

—Bueno, el señor Montgomery no ha dicho nada de eso y las dos sabemos lo que piensa al respecto.

—Yo asumo toda la responsabilidad —declaró Maggie con más confianza de la que sentía—. Sólo llevaré a Chris a que se familiarice con la escuela; el señor Montgomery sabe que es algo que debemos hacer.

Fue a buscar a Chris, le puso a *Beau* una correa y los tres emprendieron el camino hacia la carretera antes de que la señora Marshall pudiera protestar.

—Es un paseo especial —le informó al excitado Chris—, porque has sido muy bueno y has trabajado mucho.

Pasaron una mañana maravillosa; se detuvieron en el parque a jugar en los columpios, luego visitaron la escuela, donde Maggie le enseñó su aula y lo dejó dibujar con una tiza en la pizarra. Por último, fueron a un restaurante de comida rápida. Comieron hamburguesas con patatas fritas y Chris descubrió el placer de sorber un batido de chocolate con una pajita.

Al día siguiente, él hizo un dibujo de ese paseo. No era una obra de arte… el pelo de Maggie parecía un nido y las patas de *Beau* eran demasiado largas, parecía más un caballo que un perro… pero era el dibujo más creativo que había hecho Chris y justificaba la decisión de ella de cambiar un poco las reglas. El niño estaba sediento de nuevas experiencias y las absorbía como una esponja. La señora Marshall estaba impresionada.

—¡Vaya, es maravilloso! —exclamó y pegó el dibujo en la puerta del frigorífico.

Los días siguientes tuvieron un éxito similar. Para el jueves, Chris ya conocía el camino a la escuela y había hecho amistad con un par de niños de su edad. Una mañana, Sally Best dedicó una hora para conocerlo y durante el camino de vuelta, no dejó de hablar de su nueva maestra.

El viernes, fue un fracaso. El día había empezado igual que los demás, lo único que lo diferenciaba del resto era la lluvia, así que habían dejado el paseo para la tarde. Para variar, Maggie decidió seguir el camino que rodeaba el lago, en vez de caminar por la carretera. Las moras, recién lavadas por la lluvia, colgaban en racimos de los arbustos y pronto la carita y la camiseta de Chris estuvieron llenas de manchas. *Beau* corría por la arena, lanzándose hacia el agua de cuando en cuando y persiguiendo a los pájaros.

Como de costumbre, cuando llegaron a la escuela, Maggie ató al perro en los soportes para las bicicletas y dejó a Chris en el gimnasio infantil, mientras ella entraba en el edificio para buscar en el centro de información algunas películas para preparar su plan de estudios.

La información que buscaba estaba almacenada en fichas y no era

frecuente que el único ordenador estuviera libre. Sin embargo, aquel día nadie lo estaba usando.

Antes de empezar a trabajar se asomó a la ventana y vio a Chris jugando muy contento. Aunque ese día no había otros niños que le hicieran compañía, había varios miembros del personal de la escuela, de manera que no estaba solo. Todos lo conocían y Maggie pensó que podía dejarlo jugando solo un rato. Pero el tiempo pasó sin que se diera cuenta y de pronto el silencio la alarmó. Miró el reloj y vio que había pasado casi una hora y no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que había dejado de oír el ir y venir del personal.

Dejó sus notas y su portafolios encima de la mesa y corrió por el pasillo hacia la entrada. Al otro lado de la puerta el sol brillaba, pero el patio de recreo estaba vacío.

Beau, con las orejas levantadas y la mirada fija en el sendero que llevaba al lago, le indicó la dirección en la que debía empezar a buscar a Chris.

—No te dejes llevar por el pánico —le aconsejó al perro, cuya impaciencia por soltarse e ir en busca del niño obstaculizaba sus esfuerzos para desatarlo—. Lo encontraremos jugando en la arena o comiendo moras.

Pero lo único que encontraron fueron los zapatos de Chris, empapados y abandonados al borde del agua. El miedo que Maggie había intentado controlar hasta ese momento se apoderó entonces de ella; se metió en el lago, con el agua hasta las rodillas, la falda pegada a las piernas y *Beau* a su lado. Gritó el nombre de Chris una y otra vez y el plácido lago respondió con un eco burlón.

No estaba allí, se decía, intentando no perder la cordura. El agua era poco profunda y si estuviera allí, le vería, se repetía una y otra vez. Pero los niños podían ahogarse en unos cuantos centímetros de agua y el sol, brillando sobre la superficie del lago, le impedía ver con claridad. Estaba aterrorizada. De pronto, lo único que le importó fue salir cuanto antes del agua, pues temía sentir una manita sin vida rozando sus tobillos o contemplar el angelical rostro flotando en la superficie…

—¡No! —su grito disolvió la pesadilla y sintió que *Beau* tiraba de ella—. —

¿Qué? —murmuró aterrorizada, convencida de que la vista más aguda del animal había detectado algo que ella no veía—. ¿Qué pasa, *Beau*?

El perro la miró y gruñó y al ver que Maggie no respondía le echó a correr hacia la casa.

Las puertas de la sala estaban abiertas y al cruzar corriendo la

terraza oyó unas voces, la aguda y ansiosa de una mujer y el tono más profundo de una voz masculina. *Beau* traspasó el umbral, llevando a Maggie a rastras.

—¡Bennet! —sollozó Maggie al ver a Bennet en la sala—. Chris… no puedo…

oh, Bennet… pensé que estaba… el agua no es muy profunda, pero no he podido encontrarlo, lo he buscado, me he metido en el lago y él no estaba allí y…

Pronunciaba aquellas palabras entre sollozos. Maggie se aferraba a los brazos de Bennet, tratando de sacudirlo para que hiciera algo, porque él no parecía escucharla.

Maggie sintió que la empujaba y la obligaba a sentarse en el sofá. Bennet se alejó, sin que pareciera importarle que su falda mojada manchara la elegante tapicería de seda. Entonces Maggie vio a Edith Caverley. Hasta ese momento no había reparado en ella. … recogiendo moras para hacer mermelada y no he querido ser entrometida, se lo aseguro —decía y parecía terriblemente ofendida—, he pensado que les haría un favor, no creí que quisieran que anduviera solo por allí.

Bennet acercó un vaso a la boca de Maggie, y la obligó a beber.

—Le estamos muy agradecidos —manifestó Bennet—. ¿No le importa que no la acompañe a la puerta? Debo atender a la señorita Jones.

Iba a matarla y se lo tenía merecido, pensó Maggie. Pero Bennet le retiró amablemente el pelo de la cara y dijo:

—Bebe despacio. Tienes un aspecto terrible.

Entonces Maggie empezó a llorar, arrastrada por un río interminable de sufrimientos. Bennet la estrechó contra él y Maggie empezó a recobrar poco a poco la razón.

—Chris está a salvo, Maggie. La señora Marshall lo ha llevado a su habitación para que se cambiara la ropa. Está cubierto de arena y de zumo de mora.

—¿Cómo?

—Tu vecina lo ha encontrado recogiendo moras en el camino del lago. Ha pensado que se había escapado de casa y lo ha traído.

—He encontrado los zapatos de Chris en el lago. Pensaba que él…

—Nos preguntábamos dónde estarían; creo que se le han mojado y se los ha quitado.

—¿Por qué Edith no lo ha llevado a la escuela?

—No sabía que estabas allí y me imagino que Chris no ha querido hablar con ella cuando le ha preguntado si estaba solo. Ya sabes cómo es con los desconocidos.

Maggie habría preferido que se enfadara, que le dijera que era una tonta irresponsable, incapaz de cuidar de un niño. No soportaba la ternura con que Bennet la estrechaba en sus brazos.

—Tranquilízate —por un momento Maggie creyó sentir sus labios sobre su pelo. Se sentía muy segura cerca de él.

Si pudiera se habría quedado entre sus brazos para siempre, pero él se apartó.

—Bien —murmuró Maggie y se enjugó las lágrimas—, supongo que debo justificarme, porque he hecho algo que tú no querías.

—Creo que sé por qué lo has hecho —respondió Bennet.

—No ha sido por desafiarte. Me ha parecido que ya era hora de hacerlo… las clases empezarán dentro de dos semanas y él tenía que…

—Lo sé, deja de culparte. Yo soy tan culpable como tú. Empiezo a comprender que la única forma de sobrevivir es aprendiendo a enfrentarnos a las cosas como son.

Él no puede ir por la vida con un perro guardián para estar a salvo. Nuestra labor es enseñarlo a cuidar de sí mismo.

—Pero le he dejado solo. Últimamente he comprobado que se aburre muy pronto —Maggie recordó el lago y, desesperada, se cubrió los ojos con las manos—.

Podía haberse ahogado, Bennet y yo habría sido la responsable.

—También habría sido culpa mía —la corrigió él y volvió a estrecharla en sus brazos—. Ya es hora de que acepte que la vida no ha sido diseñada para estar a la altura de mis expectativas. Esta casa está cerca del lago, igual que la escuela; toda la ciudad está cerca del lago. Soy yo el que debe adaptarse y enseñarle a Chris a conocer el agua, de la misma forma que debe conocer el tráfico. Si los demás niños pueden aprender eso, también él podrá hacerlo.

—Pero Chris es diferente.

—No. Yo he insistido en que todos lo traten como si fuera diferente y eso ha sido un error. Es como cualquier niño que ha tenido un mal comienzo en la vida; ahora que empieza a ser como los demás se ensuciará, se hará arañazos en las rodillas, quebrantará las reglas y probablemente alguna vez llegue a casa con un ojo morado —le aseguró riendo—. Así es la naturaleza humana, Maggie y debemos aceptarlo y enseñarlo a sobrevivir, porque si no lo hacemos, vamos a terminar locos de preocupación.

Hablaba en plural, pensó Maggie extrañada. Aquel Bennet no tenía nada que ver con el que ella conocía. En vez de increparla, la estrechaba, le acariciaba el pelo y la cara. Su mirada era dulce, desbordaba un sentimiento que tenía más que ver con el amor que con el reproche.

—Maggie… —empezó a decir— he tenido mucho tiempo para pensar y me pregunto si…

El teléfono sonó varias veces. Él apoyó la frente contra la de ella y cerró los ojos.

—¡Maldición! —murmuró—. Había olvidado que espero una llamada. ¿No crees que si no cojo el teléfono, mi agente pensará que no he vuelto?

—Tal vez —respondió Maggie.

Pero volvieron a llamar y al final, con mal disimulada impaciencia, Bennet la soltó y fue a contestar.

—¿Norman? ¿Ya tienes las fechas de las audiciones?

Maggie deseó que Bennet hubiera tenido tiempo de terminar lo que había empezado a decirle antes de que lo interrumpiera el teléfono. ¿Habrían cambiado sus sentimientos hacia ella, o su desbordante imaginación había vuelto a traicionarla?

—Sí —contestó Bennet en un tono muy diferente tras una pausa. Por lo visto, no era la llamada que estaba esperando—. Sí, está aquí.

—Es tu ex esposo —le informó con voz apagada a Maggie y le tendió el auricular—. Quiere hablar contigo.

—No —protestó Maggie, acurrucándose en un rincón del sofá—. No puede ser él, no tiene este número de teléfono.

—Por lo visto sí —Bennet le señaló el teléfono con indiferencia.

A ella no le quedó otra elección, así que cogió el auricular.

—No te vayas —le suplicó al ver que Bennet se dirigía hacia la puerta—. No tengo nada que decirle a Eric que tú no puedas escuchar.

Bennet titubeó un momento y después se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Sí —murmuró ella y luego empezó a hablar con dureza—. ¿Qué pasa, Eric, y cómo has conseguido este número de teléfono?

—Siento haberte llamado en un momento inoportuno, Margaret.

—Responde mi pregunta —estalló, mirando ansiosa a Bennet. Estaba de pie asomado a la ventana.

—Mi madre ha sufrido otro ataque cardíaco esta mañana.

—¿Qué dices? —sujetó con fuerza el auricular, sin poder creer lo que oía—. ¿Lo dices en serio?

—Han conseguido estabilizarla, pero no está bien.

Al oír aquella noticia, Maggie sintió que la abandonaban las pocas fuerzas que la habían sostenido hasta ese momento. Por lo visto, lo que los dioses le daban con una mano, se lo quitaban con la otra.

—Pero se estaba recuperando. ¿Qué le ha pasado?

—No me lo preguntes; ya sabes cómo son esos hospitales. Nadie te dice nada.

Escucha, se supone que te llamo para decirte que no para de preguntar por ti, aunque no comprendo para qué te necesita, cuando tiene a su lado a su esposo y a su hijo.

—Estaré allí en cuanto pueda. Por favor, díselo y también que la quiero.

Después de colgar el teléfono, Maggie se quedó un minuto de pie, apoyándose en la mesa, sabiendo que Bennet la observaba, esperando que hablara.

—Wendy ha sufrido otro ataque cardíaco. Tengo que ir a verla —le informó—.

No quiero hacerlo. Me gustaría quedarme aquí para que pudiésemos terminar lo que hemos empezado, pero en este momento lo más importante es estar al lado de Wendy.

Capítulo 11

Bennet no puso ninguna objeción.

—Tienes que ir a cambiarte de ropa —le indicó Bennet mientras buscaba en los bolsillos las llaves del coche—. Te llevaré a tu casa.

—Gracias.

Poco después, se detenían delante de casa de Maggie.

—Volveré dentro de una hora para llevarte a la ciudad —le dijo Bennet—. Trata de estar lista.

¿Para qué?, se preguntó Maggie, deseando que le dijera algo que la ayudara a conservar su leve esperanza y a resistir los duros momentos que la esperaban. Pero Bennet se limitó a decirle que se diera prisa.

Maggie se duchó, se cambió y preparó una maleta; estaba demasiado aturdida para pensar en lo que necesitaba. Guardó en su bolso las tarjetas de crédito pues sólo tenía unos quince dólares. Bajó corriendo la escalera, recogió la correspondencia, la guardó en el bolso y ya estaba a punto de salir cuando llegó Bennet en su coche.

—Sube —le ordenó.

—No hace falta que me acompañes —repuso Maggie tentándole a acabar con sus nacientes esperanzas antes de que florecieran—. Tengo coche y puedo conducir perfectamente.

—Por una vez en tu vida, haz lo que te pido, Maggie —replicó él —. En el estado que te encuentras, podrías tener un accidente. Yo conduciré, te dejaré en el hospital y te buscaré un hotel para que puedas pasar la noche. Tú tienes demasiadas cosas en las que pensar.

Era lo que necesitaba oír, así que no protestó. Sin embargo, a medida que el coche devoraba los kilómetros empezó a preocuparse por las consecuencias de que él la acompañara hasta Vancouver.

—Sabes, Bennet —comentó mirándolo de soslayo—, tal vez esto no sea una buena idea.

—¿De qué estás hablando?

—De que llegues conmigo a la ciudad.

—En cualquier caso, tenía que venir esta noche. Mañana voy a volver a Boston, donde voy a pasar un par de días y luego viajaré a Londres. Este verano he dejado de hacer muchas cosas que ya no puedo seguir posponiendo —el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas. Bennet se quitó las gafas de sol y las dejó encima de la guantera—. Además mi coche es más rápido y conduzco mejor que tú. Así llegaremos antes.

No era eso lo que la preocupaba, sino cómo reaccionaría Eric al verla acompañada.

El día que la había encontrado con Wendy le había enseñado lo absurdo que era esperar que el tiempo hubiera suavizado su hostilidad

hacia ella. Maggie había tenido la osadía de divorciarse de él, y Eric nunca se lo perdonaría. Nadie rechazaba a Eric Carlson-Lewis.

—Eric estará allí —le explicó—. A lo mejor es preferible que no se entere de que he venido contigo.

—Me importa un comino lo que piense Eric —le informó Bennet—, lo que me ha impulsado a ayudarte ha sido tu relación con su madre.

No fueron sus palabras, sino su forma de decirlas lo que volvió a abrir un abismo entre ellos. Volvían a estar en lados opuestos y no tenía la menor idea de cómo salvar la distancia que los separaba. Maggie volvió a tener la dolorosa impresión de que se dirigía completamente sola hacia una destrucción total, a la que ni siquiera en sueños podría sobrevivir.

Eric fue la primera persona que vieron cuando entraron en la sala de espera del hospital. Llevaba un traje de seda arrugado y no estaba peinado con el cuidado suficiente para disimular su incipiente calvicie.

—Habéis tardado mucho.

—A decir verdad —replicó Bennet—, yo creo que hemos tardado lo menos posible.

Eric miró fijamente a Bennet y le preguntó a su ex esposa.

—Margaret —preguntó—, ¿quién es este hombre?

Con creciente temblor, Maggie pensó que sólo Eric podía hacer que una pregunta tan sencilla como esa pareciera tan insultante. Consciente de la presencia de Bennet, y del tenso silencio que siguió a la pregunta de Eric, carraspeó.

—Es el señor Bennet Montgomery, la persona para la que trabajo —respondió con amabilidad.

Bennet la examinó con la mirada como si tratara de determinar qué la había motivado a apaciguar a un hombre al que juraba despreciar.

Maggie deseó poder explicarle que estaba intentando no hacer o decir nada que pudiera darle motivos para montar una escena. Las cosas ya eran suficientemente difíciles entre ella y Bennet. No quería que Eric le ofendiera con sus insinuaciones.

Pero vio que Eric apretaba los labios y comprendió que a pesar de la amabilidad de su respuesta, no había engañado a Eric. La conocía demasiado bien y aquella intuición casi sobrenatural que en el pasado había utilizado por dominarla, le decía que Bennet Montgomery era algo más que su jefe.

Sin la menor advertencia, la fachada de serenidad que Maggie había levantado para enfrentarse a aquella situación le derrumbó. No necesitaba un espejo para saber que había palidecido. Las manos le

temblaban. Eric cruzó con una velocidad intimidante la sala y se detuvo a sólo unos centímetros de Maggie.

—¿Cómo te atreves? —estalló furioso—. Mi madre se está aferrando de un hilo a la vida porque quiere verte antes de morir y tú… —estiró una mano y le agarró con fuerza la muñeca—, tú tienes el descaro de presentarte aquí con tu amante.

—¡No! —empezó a decir ella—. Él es…

Bennet se interpuso entre ellos.

—Quítele la mano de encima —ordenó con firmeza.

Eric volvió la cabeza lentamente.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Bennet le dirigió una sonrisa tensa y amenazadora.

—Entonces le romperé el brazo.

—Tal vez no sepa a quién está amenazando —contestó Eric.

—Tal vez no me importe —replicó Bennet sin parpadear siquiera.

Eric aflojó los dedos y la soltó.

Entonces Bennet cogió a Maggie por la cintura y la guió hacia las puertas giratorias.

—Ve al lado de tu suegra, Maggie, y cuando estés lista para irte, reúnete conmigo abajo, en el vestíbulo.

Aunque no tenía ninguna experiencia con la muerte, en el momento en que fijó los ojos en ella, Maggie supo que Wendy iba a morir. Parecía transparente, como si una parte de ella se hubiera ido. Sólo sus ojos seguían con vida.

—Querida —musitó—. Te estaba esperando.

Maggie le estrechó la mano.

—He venido en cuanto me he enterado de que te habían vuelto a ingresar y no me iré de aquí hasta que no me prometas que vas a mejorar.

—Nada de promesas, querida, esta vez no.

—No hables así —le pidió, intentando contener las lágrimas—. ¿No sabes que ahora la medicina hace milagros? No vas a darte por vencida.

—Hay vidas por las que no merece la pena luchar —murmuró Wendy. Miró hacia la ventana—. He cometido muchos errores y no tengo fuerza para enmendarlos. Pero tú… —miró a Maggie con un cariño inmenso—. Tú, mi querida hija, eres uno de mis recuerdos más felices.

Hacía días que el mundo giraba fuera de control y los acontecimientos se sucedían unos a otros ignorando peligrosamente toda lógica. De pronto Maggie ya no pudo controlar la avalancha de desesperación que amenazaba con sepultarla.

—¡No te mueras! —se oyó suplicar, con el rostro bañado en lágrimas.

No debía haberle dicho eso. No tenía derecho a pedirle nada a aquella mujer tan querida para ella, en un momento tan difícil. Pero no quería pensar que podía perderla, era algo tan doloroso y tan cruel que no podía soportarlo.

—¡Sal de aquí si no puedes controlarte, Margaret, y no te molestes en volver, porque no te permitirán entrar! —siseó a su oído Eric—. Mi madre no está en condiciones de enfrentarse a tu histeria.

Maggie salió tambaleándose de la habitación, cegada por el dolor. Tal como le había prometido, Bennet estaba esperándola en el vestíbulo.

—Lo siento, Maggie.

Maggie tuvo la sensación de estar perdiendo, uno a uno, a todos sus seres más queridos… primero a Bennet y a través de él a Christopher, y después a Wendy. De una manera directa o indirecta, Eric había envenenado su relación con todos y cada uno de ellos.

—Es mi mejor amiga —dijo Maggie sin importarle que su voz, y las palabras mismas fueran tan lastimeras como las de una niña— y Eric me ha prohibido que vuelva a verla. Me había prometido vengarse por haberle abandonado y lo está haciendo ahora.

—No pienses en él —le pidió Bennet y le rodeó los hombros con el brazo, para intentar consolarla.

—Estábamos en la sala del tribunal, justo después del divorcio —recordó con dolor—. Me dijo: «Te deseo todo lo malo que pueda sucederle a una persona. Espero que te sientas miserable durante el resto de tu vida y que…»

—Debería haberte esperado arriba —murmuró Bennet—, pero a lo mejor es preferible que no lo haya hecho. La tentación de romperle los dientes a tu ex esposo habría sido irresistible. Salgamos de aquí, Maggie.

Se sentía atrapada en un sueño. Nada parecía real.

Tenía la impresión de que las paredes del edificio se movían de un lado a otro, como si quisieran atraparla. El tramo de escalones de la entrada del hospital le parecía tan escarpado como una montaña y bajó con cuidado, porque sus pies ya no parecían obedecer las órdenes que les enviaba su cerebro.

—Maggie, ¿no irás a desmayarte?

La voz de Bennet la hizo revivir.

—Por supuesto que no.

Bennet la miró poco convencido.

—Entonces, vámonos de aquí.

—No puedo irme —respondió Maggie, apartándose de él—. ¿Y si Wendy…?

Quiero estar cerca, por si acaso…

—Estarás cerca —afirmó Bennet y la agarró del brazo para ayudarla a bajar por el resto de la escalera—. Y te prometo que volverás a verla, si eso es lo que ella y tú queréis.

Maggie le creyó, no tenía nada más a lo que aferrarse.

—¿A dónde vamos?

—He hecho una reserva en el hotel en el que me alojo cuando vengo a la ciudad. Está a diez minutos de aquí, es tranquilo y cómodo y tiene un restaurante bastante bueno —deslizó un dedo debajo de sus ojos y Maggie se imaginó lo hinchados y poco atractivos que debían estar, después de haber llorado tanto—. ¿Has comido algo hoy, Maggie?

—No me acuerdo.

—¡Es una vergüenza, señorita Jones! —movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

El hotel «tranquilo y cómodo» era el más lujoso de la ciudad. La habitación de Maggie situada en el décimo piso tenía una vista maravillosa, desde ella se podían contemplar las oscuras aguas del Estrecho de Georgia.

—Mi habitación está al otro lado del pasillo —le dijo Bennet. Dejó la maleta de Maggie en el suelo y la llave encima de la televisión—. El restaurante cerrará dentro de media hora. Lávate la cara y reúnete conmigo dentro de cinco minutos para que vayamos a cenar.

El restaurante «bastante bueno» lo dirigía un chef suizo y la comida era soberbia. Maggie sintió un apetito voraz cuando llevaron a la mesa una fuente con entremeses surtidos: salmón ahumado con alcaparras, calamares marinados y aceitunas, ostras y rebanadas finas de pan tostado con caviar.

Maggie se comió casi todo, mientras Bennet se limitaba a beber una copa de *Chardonnay*.

—No me gustan mucho las aceitunas —comentó ella, empujando la fuente hacia Bennet, que se echó a reír.

—¡Eres muy generosa, señorita Jones! Espero que hayas dejado lugar para la carne.

Después de ver a Wendy, Maggie había pensado que no podría volver a sonreír, pero cuando Bennet Montgomery decidía ser encantador, no había forma de resistirse a él y la cena fue maravillosa. Bromeó con ella mientras comían la ensalada, brindaron con una copa de *Cabernet* cuando les sirvieron la carne y cuando llevaron el carrito de los postres y ella titubeó, Bennet le sugirió un pastel de chocolate.

Ignorando las protestas de Maggie, le indicó al camarero:

—Tomaremos un *brandy* con el café.

—¿Quieres emborracharme? —preguntó Maggie sonriendo.

—Quiero que te relajes —contestó Bennet muy serio—. Creo que te esperan unos días difíciles y vas a necesitar todas tus fuerzas —fijó la vista en su copa de *brandy*, como si buscara en las profundidades una solución a los problemas de Maggie—. Creo que a tu ex esposo le molesta que su madre y tú estéis tan unidas.

—Sí —confirmó Maggie con voz apagada. La sola mención de Eric la alteraba

—. Si él no me deja volver a verla, creo que será mejor que vuelva a casa.

—Si ella pide verte —aseguró Bennet—, Eric no puede hacer nada para impedirlo. Creo que tienes derecho a estar cerca de Wendy si lo deseas.

Maggie suspiró cansada.

—Eric puede ponerme las cosas muy difíciles.

—Sólo si tú se lo permites, Maggie —la miró a los ojos—, y lo harás si todavía te importa.

—Eric ya no me importa —le miró fijamente a los ojos—. Hace mucho tiempo que dejó de importarme —se mordió el labio inferior para controlar su temblor. El vino y el *brandy* habían derrumbado sus defensas y estaba a merced de sus sentimientos—. Si Wendy muere, mi único consuelo será que no tendré motivos para volver a verlo o hablarle.

—¿Lo odias? —preguntó Bennet con la mirada fija en su copa.

—No —respondió ella sin vacilar—. El odio es un sentimiento demasiado intenso. Lo único que siento cuando le veo es…

¡Repugnancia al pensar que alguna vez le había tocado!, pensó.

Bennet alzó la vista, sorprendiéndola fuera de guardia.

—¿Qué sientes? —preguntó bruscamente—. Termina lo que ibas a decir.

—Tristeza —contestó y comprendió que había cometido un error al ver que la expresión de Bennet se ensombrecía.

—¿Por qué? —quiso saber y Maggie se dio cuenta de que habían vuelto a renacer todas sus dudas sobre ella. Incluso después de lo que había presenciado en el hospital, todavía dudaba de su integridad.

—Porque tú no has sido mi primer amante —reconoció, la desesperación le daba valor—, y cuando recuerdo que he hecho el amor con él, me siento sucia.

Miró a Bennet a los ojos y vio que relucían como carbones encendidos.

—Termina tu *brandy* —le ordenó. De pronto Bennet dejó la servilleta en la mesa y empujó la silla para ponerse de pie—. Este no es el lugar indicado para hablar de eso.

En el hotel había un patio con una fuente y grandes macetas con buganvillas.

—Podemos hablar aquí, o podemos subir a tu habitación o a la mía.

—Prefiero que nos quedemos aquí.

Bennet posó cariñosamente la mano en su cuello.

—Maggie —musitó, la hizo volver la cabeza para mirarla a los ojos —, una vez me preguntaste si el sexo tenía algo que ver con el amor.

—Y tú respondiste que no.

Bennet inclinó lentamente la cabeza y la besó. Bennet sabía a *brandy* y olía a madera de sándalo. En ese momento, Maggie supo que no había nadie más en su vida; que no podría querer a ningún otro hombre.

—¿Qué dirías —murmuró él, enmarcándole la cara entre las manos — si te confesara que ya no estoy seguro de nada? ¿Que, en lo que a ti concierne, ya no se trata de no confiar en ti, sino de que ya no estoy seguro de poder confiar en mí?

Entre ellos surgió el deseo. Qué sencillo sería dejar que la ensordeciera a la pasión, conforme con el deseo y tratar de que se prolongara toda una vida. Sólo el hecho de saber lo solitarias y dolorosas que serían todas sus mañanas; le dio a Maggie la fuerza necesaria para resistirse. El albergaba muchas dudas, Maggie las advertía en su tono de voz y hacía apenas media hora las había visto en sus ojos.

—Te diría que me lo preguntaras cuando estuvieras seguro — respondió sin aliento.

—Soy un hombre egoísta, Maggie, no estoy acostumbrado a compartir mi vida con nadie. Mi trabajo siempre ha sido lo primero para mí. Ha sido difícil acostumbrarme a la intromisión de un niño en mi vida, pero sabiendo que él tiene otras personas a las que puede recurrir, como la señora Marshall y tú, eso me deja en libertad de dedicarme a mi carrera. Pero con una mujer como tú… —la miró a los ojos— a veces me encuentro pensando en echar raíces en un lugar, en ser yo el hombre que te proporcione aquello que ya deberías tener… un hogar, un esposo, hijos… y no sé si puedo darte todo eso sin perder mi identidad. Me llevaría algún tiempo averiguarlo. ¿Tendrás el valor y la paciencia de esperar?

—No lo sé —replicó Maggie.

—¿Por qué nunca me facilitas las cosas, señorita Jones? En este

momento te deseo tanto, que vendería mi alma a cambio de tenerte. Podría decirte que podemos disfrutar de esta noche y olvidarnos del mañana, pero creo que ambos sabemos que ese camino no nos va a llevar a ninguna parte.

—Es cierto —respondió ella secamente, pensando que era absurdo sentirse tan decepcionada—. El alcohol hace que desaparezcan las inhibiciones, ¿no crees?

Bennet sonrió.

—Mi querida señorita Jones —le cogió una mano—, ¡tienes mucha facilidad de palabra!

Después la acompañó al interior del hotel y guardó silencio hasta que llegaron a la puerta de la habitación de Maggie.

—Es posible que no te vea mañana —le dijo con una voz increíblemente seductora—. Mi avión sale a primera hora. Quédate aquí todo el tiempo que puedas y no te preocupes por Chris, la señora Marshall lo cuidará. Tampoco te preocupes por la cuenta del hotel, ya me he encargado de eso.

Maggie abrió la boca para protestar, pero él movió la cabeza.

—Por favor, déjame hacerlo. No estoy intentando comprarte, simplemente quiero hacerlo.

—Gracias —respondió.

—Me gustaría no tener que irme.

—Tu trabajo es importante. Tú mismo me lo has dicho y hay cosas que no puedes seguir posponiendo. Además, con todo lo que está ocurriendo ahora en mi vida… bueno… —sofocó un suspiro—, será mejor que me enfrente sola a eso.

Lo echaría de menos, por supuesto, pero al igual que Bennet, ella también tenía que aclarar sus sentimientos. Necesitaba tiempo para aceptar que lo amaba. Sabía que si lo presionaba en ese momento, podría hacerlo olvidarse de sus reservas. Pero eso sería conformarse con las migajas de su amor; ya lo había hecho una vez y no cometería el mismo error. Si Bennet y ella podían tener un futuro juntos, tendría que estar basado en una necesidad y un compromiso mutuos.

—Sé que te he juzgado mal y te he herido con mis acusaciones —continuó Bennet, como si le hubiera leído el pensamiento—. No quiero volver a hacerte daño.

No sé cuánto tiempo voy a estar fuera, pero cuando vuelva, te prometo…

—¡No! —posó los dedos en sus labios para silenciarlo—. Por favor, no hagas promesas que no puedes cumplir.

—No lo haré. ¿Puedo darte un beso de despedida?

A Maggie se le llenaron los ojos de lágrimas y los cerró para

disimular su dolor.

—Pídeme que me vaya, Maggie —murmuró Bennet sobre su boca.

—Buenas noches, Bennet que tengas un buen viaje.

Maggie había tenido que hacer un enorme esfuerzo para pronunciar aquellas palabras. Entró después en su habitación y cerró la puerta.

Durante los días siguientes, Maggie descubrió que era mucho más fuerte de lo que pensaba. Pasaba los días en el hospital, enfrentándose a Eric, y volvía al hotel todas las noches. Todo terminó cuando Wendy falleció, una semana después de que Bennet se hubiera ido a Europa. Maggie se quedó al funeral, por respeto y amor a su amiga, ignorando la hostilidad de Eric y de su padre. No le importaba lo que pensaran de ella.

Después de aquellas semanas, además de triste, estaba agotada. Pensó que era debido a la tensión y que desaparecería en cuanto Bennet volviera y ella supiera lo que iba a ser de su vida.

Volvió a Sagepointe un día antes de que se iniciaran las clases y fue a visitar a Chris y a la señora Marshall. *Beau* oyó sus pasos y se acercó corriendo y moviendo la cola. El niño le enseñó todos los materiales que había comprado para la escuela. Y la señora Marshall le dijo que Bennet iba a prolongar su viaje por el extranjero, porque iba a visitar Europa Oriental.

Capítulo 12

Bennet enviaba tarjetas postales de magníficos edificios antiguos y salones de concierto barrocos desde lugares tan remotos como Praga, Budapest, Bucarest y Sofía, pero sus mensajes no eran nada personales. Llamó una vez por teléfono, pero la comunicación era tan mala, que para Maggie fue como hablar con un desconocido y la conversación no fue más satisfactoria que las postales. Su nombre aparecía de vez en cuando en las noticias.

Bennet Montgomery, director de orquesta de renombre mundial y embajador internacional de la música, está negociando la presentación en conciertos de artistas que nunca han actuado en el mundo occidental.

Las dos semanas se convirtieron en tres y luego en un mes. Maggie se preguntaba si estaría alejándose de ella voluntariamente, si Bennet estaría prolongando aquella gira para no volver a Sagepointe.

La escuela la mantenía ocupada. De lunes a viernes dedicaba todas sus energías a los alumnos, y la verdad era que los niños de nueve años no le dejaban tiempo para pensar en su triste soledad. Los fines de semana trabajaba hasta el límite de su resistencia preparando proyectos para la siguiente semana, entrenando al equipo de gimnasia y ayudando a hacer los trajes para la representación de Navidad.

Siempre que podía, pasaba algún tiempo con Chris. Su adaptación a la escuela no iba tan bien como había esperado; su capacidad de aprendizaje era superior al promedio, pero sus relaciones sociales eran deficientes. Su maestra había expresado más de una vez su preocupación por el comportamiento del niño. Era demasiado nervioso y exigía mucha atención; también era agresivo y peleaba a menudo con sus compañeros. Los repentinos cambios en su hogar habían minado su seguridad en sí mismo y se aferraba a Maggie, que tenía que mantenerlo a distancia. Por el bien de ambos, debía intentar que no dependiera tanto de ella y empezó a culpar a Bennet por obligarlos a vivir en ese limbo.

Pasó septiembre y llegó octubre. Los días eran más cortos y con la llegada del invierno el lago empezaba a cubrirse de hielo y los árboles a quedarse sin hojas.

Maggie rehuía el contacto con los habitantes de Sagepointe. Sabía que todos sentían curiosidad por saber algo más de Bennet y que la buscaban para enterarse de algunos detalles personales de su vida que no publicaban los periódicos. Pero ella prefería no hablar de eso; era mejor mantenerse ocupada y no disponer de tiempo para preguntarse si Bennet todavía se acordaría de ella.

John Keyes desaprobaba la clase de vida que llevaba.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir así? —le preguntó un

día a la hora de la comida.

—¿Seguir cómo? —preguntó Maggie mientras anotaba una calificación.

—Con ese horario agotador que te has impuesto —John puso la mano encima de la hoja en la que estaba escribiendo Maggie, para obligarla a concentrar su atención en él—. Maggie, ya no estás aquí.

—Vamos, por supuesto que estoy aquí —replicó irritada—. ¿Quién crees que está todos los días en mi clase?

—No es eso lo que quiero decir, y tú lo sabes.

Por desgracia, lo sabía perfectamente. Maggie era sólo una presencia física. Su cabeza y sus sentimientos estaban muy lejos de allí. Entre ellos había cólera, desconfianza y sólo una esperanza leve de que en el futuro las cosas mejoraran.

Cuanto más tiempo pasaba sin ver a Bennet, más iba minando su confianza en ella.

Incluso había llegado a la conclusión de que en su vida no había cabida para ella.

—Me he enfrentado a muchas cosas, John —respondió—. He estado muy preocupada por mi ex suegra…

—Olvida todo eso y empieza a preocuparte por ti —la interrumpió él con afecto

—. Si sigues así, vas a enfermar. Lo que me sorprende es que deberías tener un aspecto terrible, pero no es así. Creo que la juventud y el atractivo disimulan el verdadero estado de salud de una persona.

Fue ese extraño cumplido el que volvió a ponerla en contacto con la vida. Hacía semanas que no le prestaba atención a su cuerpo, pero las palabras de John actuaron como un catalizador sobre su subconsciente y aquella noche no podía conciliar el sueño, cuando se dio cuenta de que físicamente había cambiado.

Considerando lo preocupada que había estado, supuso que era explicable que no hubiese observado los síntomas. Sin embargo, una vez que los reconoció, no necesito que ningún médico confirmara la conclusión a la que había llegado.

Bennet se había equivocado cuando le había comentado aquella noche en Long Island, que era mejor que su relación hubiera terminado antes de que les hubiera causado algún daño irreparable. Para entonces, ella ya había concebido a su hijo y dos meses después lo sabía con toda certeza. A la una de la mañana estaba despierta, explorando con los dedos la suave curva de su abdomen. De una absoluta ignorancia se había visto lanzada a una conciencia tan completa de su condición física que estaba segura de sentir el punto exacto en el que dormía el bebé.

Al pensar en el niño, se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía por qué lloraba; no sentía tristeza, cólera o desesperación, sólo una sensación maravillosa de profunda gratitud al ver que, a pesar de lo que la habían condicionado a creer durante su matrimonio con Eric, podía tener un hijo.

Al día siguiente, la euforia cedió paso a la realidad. Era una maestra soltera y vivía en una ciudad en la que todo el mundo se conocía; dentro de poco su embarazo sería evidente. A pesar de que la gente tenía una actitud más liberal hacia las madres solteras que años atrás sabía que tendría que renunciar a su trabajo en la escuela.

Tener un hijo, sin un marido que completara el cuadro familiar, no era una alternativa aceptable.

Era imposible hablar de ello con Bennet, pues estaba segura de que la propondría casarse con ella y Maggie no estaba dispuesta a casarse en aquellas condiciones. Desde principios del verano había prometido que no trataría de atraparlo en una relación que él no deseara y no iba a recurrir al truco más viejo del mundo para comprometerlo. O volvía a su lado por su propia voluntad, o no lo aceptaría.

Aquella tarde le entregó su renuncia a John por segunda vez, asegurándolo que nada de lo que dijera o hiciera la haría cambiar de opinión. En Navidad dejaría su trabajo. Había insistido en que lo hacía «por motivos de salud», y después de estudiarla unos momentos sin pronunciar una palabra, John se había guardado la carta en el bolsillo de la chaqueta.

A principios de noviembre tuvo lugar en la escuela la reunión de padres y maestros. Durante toda la semana había hecho mucho frío y alrededor de las cuatro de la tarde empezó a nevar. Maggie se alegró de que el invierno se hubiera adelantado, pues así podría usar faldas y jerseys gruesos que le ayudaran a disimular su estado.

Normalmente disfrutaba de las entrevistas con los padres. Siempre había pensado que la comunicación entre padres y maestros era imprescindible para los niños, pero aquel año sus preocupaciones personales eclipsaron su acostumbrada alegría. Cuando terminó su última entrevista estaba demasiado cansada para reunirse con los demás maestros en el gimnasio a tomar un café. Lo único que le apetecía hacer era irse a casa y meterse en la cama.

No oyó que alguien entraba en su clase porque estaba de espaldas, apuntando en la pizarra la fecha del día siguiente. La primera indicación de que tenía un visitante fue un carraspeo y su reacción inicial fue de fastidio. Pero cuando el recién llegado habló, a Maggie se le paralizó el corazón.

—Señorita Jones —la saludó Bennet—, no tengo cita, ¿pero podría

dedicarme unos minutos de su tiempo?

La fatiga, la soledad y la incertidumbre se revelaban en el rostro de Maggie, haciéndola sentirse vieja y fea cuando más necesitaba estar atractiva.

—Has vuelto —dijo con voz ronca.

—Sí.

—¿Por qué?

Bennet estiró las manos, con las palmas hacia arriba.

—Necesito tu ayuda —respondió simplemente.

Maggie no quería mirarlo, pero sentía que Bennet la estaba taladrando con la mirada.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Porque tengo problemas serios y creo que tú puedes ayudarme.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Bennet dio un paso adelante y Maggie sintió que el corazón le latía con fuerza.

—Me lo ha dicho Edith Caverley. Al ver que se paraba un coche delante de tu casa y que alguien llamaba a tu puerta ha pensado que tenía el deber de ayudar.

Con Bennet había entrado en el salón el aire puro del invierno. Maggie posó los ojos en su rostro; los copos de nieve moteaban su pelo y el abrigo negro.

Maggie no podía dejar de mirarlo. ¿Siempre había sido tan alto, tan elegante y atractivo? ¿Sus pestañas siempre habían sido largas y sedosas, sus pómulos tan bien definidos y su boca tan sensual? La invadió una oleada de intensas sensaciones. ¿Por qué, se preguntó desplomándose en la silla, había podido soportar los dos primeros meses de embarazo sin ningún síntoma desagradable y en ese momento, cuando ya estaba en el tercero, tenía que marearse delante de Bennet?

Bennet la observaba preocupado.

—Maggie, ¿estás enferma?

Maggie negó lentamente con la cabeza.

—No —respondió con un hilo de voz—. ¿Qué quieres decir con eso de que necesitas ayuda?

Bennet suspiró; tenía la mirada fija en sus manos. Pero Maggie lo vio apretar la boca.

—Soy un hombre desesperado —le explicó— y si tú me rechazas, no sé qué voy a hacer.

—¿Se trata de Christopher? —preguntó Maggie y tuvo que dominarse para no suplicarle que fuera él el que la necesitaba.

Bennet esbozó una ligera sonrisa.

—Bueno, está muy disgustado porque no eres su maestra. Te echa de menos, pero no tanto como yo —en su rostro apareció una expresión de tristeza y se acercó a ella—. Maggie, sé que he estado fuera mucho tiempo, más de lo que pensaba. Por favor, no me castigues dejándome irme con las manos vacías.

Con qué facilidad se ganaba su simpatía. Casi con la misma con la que se había alejado de ella hacía poco más de ocho semanas, recordó Maggie y trató de mantenerse inconmovible. Había sido el período más difícil de su vida y quería estar segura de que había pasado lo peor antes de volver a albergar una esperanza.

—Y ahora que has vuelto, ¿qué quieres de mí?

¿Un bebé tal vez? Por un segundo, Maggie pensó que había pronunciado aquellas palabras en voz alta y se llevó una mano a la boca. Inmediatamente comprendió que necesitaba decidir cuál sería la mejor forma de hablarle de su embarazo. Tenía el abrigo colgado en un rincón. Pasó al lado de Bennet, lo descolgó y se lo puso antes de que él pudiera ayudarla.

—No podemos seguir hablando aquí.

—Lo sé. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo en coche? —propuso Bennet.

¿Y quedar a su merced en la intimidad del coche, donde el sonido de su voz y el aroma a cuero y madera de sándalo serían demasiado tentadores para resistirse a ellos? ¡No hasta que supiera si las respuestas que tanto tiempo le había costado encontrar a Bennet coincidían con sus propias esperanzas!

—No, prefiero ir andando. Necesito hacer ejercicio.

Seguía nevando y los copos de nieve lo cubrían todo, desde las ramas más altas de los árboles hasta la carretera.

Maggie se dirigió hacia el parque, un lugar situado lejos de su casa y de las miradas curiosas de Edith.

—Ahora —le preguntó cuando al fin se perdió en la oscuridad el último farol de la calle y sólo el reflejo de la nieve era testigo de su desconcierto—, ¿por qué no me dices por qué has vuelto, Bennet?

—Necesito una maestra —respondió él—. Alguien que tenga la paciencia suficiente para encargarse de un alumno con muchos problemas y, considerando tus excelentes antecedentes, he pensado en ti, señorita Jones.

Capítulo 13

Bennet no la miraba a los ojos y Maggie se lo agradeció en silencio. Por lo menos así no notaría su expresión de desaliento ni sabría que deseaba escuchar palabras de amor.

—¿Aceptarás el trabajo? —preguntó Bennet, con las manos

metidas en los bolsillos del abrigo.

Maggie tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y si te dijera que has estado lejos tanto tiempo que me he cansado de esperarte y he hecho otros planes?

—Te preguntaría qué haría falta para que reconsideraras tu decisión.

—No lo sé —respondió ella con inseguridad—. Para ser sincera, estoy desconectada de todo lo que debería ser importante para mí. Wendy falleció el mes pasado…

¡Por fin tenía una razón legítima para llorar! Se le quebró la voz y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—¡Maggie, lo siento mucho! Debería haberte preguntado antes por ella.

Trató de abrazarla, pero Maggie movió la cabeza y lo apartó. Necesitaba explicarle que lloraba porque estaba embarazada, que iba a tener un hijo suyo, pero por su propia paz mental, sabía que Bennet debía hablar primero. No quería que el sentimiento de culpabilidad condicionara sus palabras.

—Me ha dejado algún dinero y creo que ha llegado el momento de intentar algo diferente.

—Entiendo.

Bennet guardó silencio y ella lo miró con recelo. Estaba contemplando los arbustos y los bancos cubiertos de nieve.

—El trabajo que quiero ofrecerte sería diferente —dijo Bennet con voz persuasiva—. Estoy desesperado porque alguien me guíe de la mano, me enseñe a reír, a no tener miedo de la felicidad. Si el mundo se acabara mañana, me moriría sin haber vivido plenamente. Ya estoy cansado de huir, Maggie. Quiero volver a mi hogar. Te quiero.

Aquella vez, cuando intentó abrazarla, Maggie no se retiró. Bennet le acarició cariñosamente el pelo y le cogió por la barbilla para obligarla a mirarle a los ojos.

—No sé por qué me necesitas para ese trabajo —respondió ella, aunque estaba a punto de capitular—. Me has evitado desde el día que nos conocimos.

—¡Por supuesto! Me sacaste de mi complaciente certidumbre de que vivía en el mejor de los mundos. Por tu culpa, empecé a dudar de mis valores y a sentirme defraudado. Ese brillante y ambicioso futuro que me había trazado, de pronto me pareció vacío —le besó suavemente en los ojos y después se detuvo en la comisura de sus labios—. El hombre que creía tener todas las respuestas de pronto no podía encontrar su camino sin la ayuda de la señorita Jones.

—Pues creo que es un tonto.

—A decir verdad, es un tonto de primera.

—¿Cómo sé que no me despedirás, o que no te alejarás de mí?

—Porque he descubierto que la distancia no me ha ayudado a huir de ti. Tu recuerdo me acompaña, interfiriendo con mi trabajo, alterando mis planes, invadiendo mis sueños, mirando todo lo que yo quería hacer. Por vez primera desde que tengo memoria, mi trabajo no me atraía. Me temo que me has arruinado.

Decidida a representar el papel de abogado del diablo, Maggie lo atacó de nuevo.

—¿Qué tiene que ver Chris en todo esto?

—Chris te necesita casi tanto como yo. La diferencia es que él lo ha sabido desde el principio. Esta noche, cuando he vuelto, prácticamente ha vuelto a echarme a la calle antes de que pudiera saludarlo. Ni siquiera un «Hola, tío Bennet, me alegro de que hayas vuelto a casa», sólo «¡Ve a buscar a Maggi!» —la guió hacia un banco debajo de los árboles, sacudió la nieve de la superficie y la hizo sentarse a su lado—.

¡Debo reconocer, señorita Jones, que ese niño es muy cabezota!

Una sonrisa iluminó el rostro de Maggie.

—¿Empiezo a detectar señales de derrota? —preguntó, divertida.

—Querida —respondió él, apoyando la frente contra la de ella—. Está en juego algo más que mi vida si vuelvo sin ti. Si no te casas conmigo por amor, por lo menos hazlo por compasión.

—¿Casarme contigo? —Maggie sintió que el corazón le dejaba de latir.

—Por supuesto —corroboró él—. Pensé que así lo habías entendido.

Lo que comprendía era que él le había propuesto matrimonio sin decirle que la amaba. Una mujer con más confianza en sí misma, habría ignorado aquello, pero la confianza de Maggie había recibido demasiados golpes. Jamás volvería a aceptar el amor como algo que se daba por sentado. No dudaba que era la candidata ideal para ayudar a Bennet en la educación de Chris y menos que su hijo estaría mejor con su padre, pero no se conformaría con un matrimonio de conveniencia. Si Bennet y ella llegaban a casarse, tendría que ser por amor. Bennet advirtió sus reservas y movió la cabeza, cansado.

—He pasado la última semana ensayando cómo te diría esto y por lo visto no lo he hecho bien, ¿no es cierto? Mi única excusa es que no hago esta clase de cosas con frecuencia.

—¿Y por qué lo haces ahora, Bennet? —preguntó ella, sabiendo que estaba hablando como una maestra regañona, pero no pudo evitarlo.

—Porque te necesito, te echo de menos y no puedo vivir sin ti. Sé

que me he comportado de una manera abominable, pero haré cualquier cosa para que me des otra oportunidad —se apoderó de sus manos y las estrechó entre las suyas—.

Querida señorita Jones, es obvio que necesito una maestra durante toda mi vida, y también es evidente que esa persona eres tú. Por favor, di que te casarás conmigo y me salvarás la vida.

El escenario era perfecto, un paisaje de ensueño. En el cielo, las estrellas asomaban entre las nubes y de vez en cuando caía un copo de nieve. ¿Por qué vacilaba, cuando todo su ser clamaba porque aceptara la proposición de Bennet?

Pero ella sabía por qué.

—Bennet —murmuró—, ¿qué hay de todas esas cosas que hasta ahora se han interpuesto entre nosotros? En una ocasión dijiste que yo no era lo que tú pensabas y ahora, más que antes, las cosas no son lo que parecen ser. Tengo miedo de que tú quieras una perfección que yo no pueda ofrecerte y de que si te decepciono vuelvas a alejarte de mí.

—¡No, no será así! —insistió él—. Sé que no podemos borrar el pasado, que sólo podemos avanzar hacia el futuro —la besó desesperadamente, como si quisiera apoderarse de su alma para curar sus propias heridas—. Querida Maggie, lo único que puedo decirte es que durante los dos últimos meses he sufrido más que en toda mi vida, pero lo que importa es que te amo y que te seguiré amando durante el resto de mi vida, pase lo que pase. No me importa no ser tu primer amor, siempre y cuando…

¡La amaba! Un manantial de felicidad cobró vida en el interior de Maggie, inundando de alegría hasta el último rincón de su alma.

—¿Siempre y cuando qué? —preguntó Maggie.

Bennet le alcanzó la mejilla con ternura.

—Siempre y cuando sea el último.

—Siempre has sabido conseguir lo que quieres —murmuró ella a punto de llorar de felicidad—. Supongo que quieres que te dé una respuesta ahora.

—Naturalmente —replicó él con un dejo de su antigua arrogancia —. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Ya deberíamos estar casados, pensando en empezar a formar una familia.

Maggie comprendió que nunca encontraría un momento mejor para darle la noticia.

—Bueno —bajó la mirada—, pues resulta que ya hemos empezado.

Bennet se quedó completamente paralizado. Al cabo de unos segundos, la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies.

—¿Es cierto eso?

Maggie asintió, le cogió la mano, la deslizó entre los pliegues de su

abrigo y la apoyó sobre su cintura. Bennet la palpó con las yemas de los dedos, desconcertado.

—¿Un bebé? —murmuró como si temiera inquietarlo si hablaba en voz alta—.

¿Estás segura?

—Sí, he ido a Annisville a consultar a un médico.

—¿Por eso has aceptado casarte conmigo?

—¿Te importaría que así fuera?

—¡Sí! —replicó él—. ¡Quiero que me ames!

Maggie empezó a llorar y a reír a la vez. Ese hombre era imposible.

—¡Oh, Bennet, cómo puedes dudarlo!

—Bueno —se quejó él—, en realidad todavía no me has dicho que me amas.

—Te amo.

—¿Y quieres casarte conmigo?

—Quiero casarme contigo.

—¿Cuanto antes? —le desabrochó el abrigo y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Sí. Mañana, si así lo quieres.

—¡Oh, Dios! —gimió él, besándola en la boca—. A Edith Caverley le va a encantar enterarse de la noticia. ¿Crees que podría convencerte de que fuéramos a vivir a un lugar menos… acogedor? En realidad, no estoy hecho para la vida en una ciudad tan pequeña.

—Puedo ser feliz en cualquier parte, siempre y cuando estemos juntos.

—Podemos ir a vivir a algún lugar que no esté muy lejos de un aeropuerto internacional, como Toronto. Cuando tenga que salir de gira, me gustaría que me acompañaras, pero si crees que debes quedarte en casa… —volvió a apoyar la mano en el vientre de Maggie —. Bueno, me gustaría poder coger algún vuelo que me llevara directamente a tu lado. No sería un lugar como Sagepointe, pero podríamos comprar una casa grande en algún barrio agradable, con un jardín y muchos árboles, algo que nos haga sentirnos en el campo…

—Con mucho espacio para que los niños jueguen con *Beau*.

—Mi querida señorita Jones —murmuró Bennet con una sonrisa irresistible—, siempre has sido muy sensata. ¡Es lógico que te quiera tanto!

Fin